

LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

EXCLUSIÓN E INTEGRACIÓN EN LOS
NUEVOS ESCENARIOS SOCIALES

ALFREDO J. CARBALLEDA

PAIDÓS TRAMAS SOCIALES 14

LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

Gracias al profesor Alfredo Carballada por compartir el presente trabajo con toda la comunidad de Trabajo Social.

Este Documento provee acceso libre e inmediato a su contenido bajo el principio de hacer disponible gratuitamente investigación al público & apoyar a un mayor intercambio de conocimiento global.

Todos Los Derechos Y Créditos Íntegramente Son De Sus Autores Y Casas De Estudios
Nuestra labor es compartir y reconocer el arduo trabajo de nuestros

Colegas

Visítanos: www.mitrabajoessocial.com

TRAMAS SOCIALES

Últimos títulos publicados

Directora de colección

Irene Gojman

48. E. Saforcada y J. Castellá Sarriera (comps.)
Enfoques conceptuales y técnicos en psicología comunitaria
49. Silvia Rivera (comp.)
Ética y gestión de la investigación biomédica
50. Alfredo J. M. Carballeda
Los cuerpos fragmentados
51. Bernardo Jiménez-Domínguez (comp.)
Subjetividad, participación e intervención comunitaria
52. María Raquel Nikodem
Niños de alto riesgo
53. Miguel Ángel Álvarez González
Datos blandos para ciencias duras
54. Graciela Biagini
Sociedad civil y VIH-sida
55. Mariana Carbajal
El aborto en debate
56. Liliana Mayer
Hijos de la democracia
57. Débora Tajer
Heridos corazones
58. Carlos Eroles (comp.)
Democracia y derechos humanos
59. Enrique Saforcada y otros
Psicología y salud pública
60. María Epele
Sujetar por la herida
61. Mariela Torres Pernalet y Miriam Trápaga Ortega
Responsabilidad social de la universidad
62. Josefa Ippolito-Shepherd
Promoción de la salud
63. Daniel Míguez y Alejandro Isla
Entre la inseguridad y el temor
64. Maritza Montero e Irma Serrano-García
Historias de la psicología comunitaria en América Latina
65. Virginia Fano, Mariana del Pino y Silvia Caino
Ensayos sobre crecimiento y desarrollo
66. Silvia Duschatzky y Diego Sztulwark
Imágenes de lo no escolar
67. Aníbal Faúndes y José Barzelatto
El drama del aborto

LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

**Exclusión e integración en los nuevos
escenarios sociales**

ALFREDO J. CARBALLEDA



PAIDÓS

Buenos Aires

Barcelona

México

Cubierta: Gustavo Macri

361.25 Carballada, Alfredo J.
CAR La intervención en lo social / exclusión e intervención
en los nuevos escenarios sociales.- 1ª ed. 4ª reimp.-
Buenos Aires: Paidós, 2012.
184 p.; 21x13 cm.- (Tramas Sociales)

Traducción: Leandro Wolfson

ISBN 978-950-12-4514-1

I. Título. 1. Estado y Sociedad

4ª reimpresión, 2012

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2002 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF y Tatanka S.A.
Independencia 1682, Buenos Aires
difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Primera Clase Impresores,
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en julio de 2012
Tirada: 1.000 ejemplares

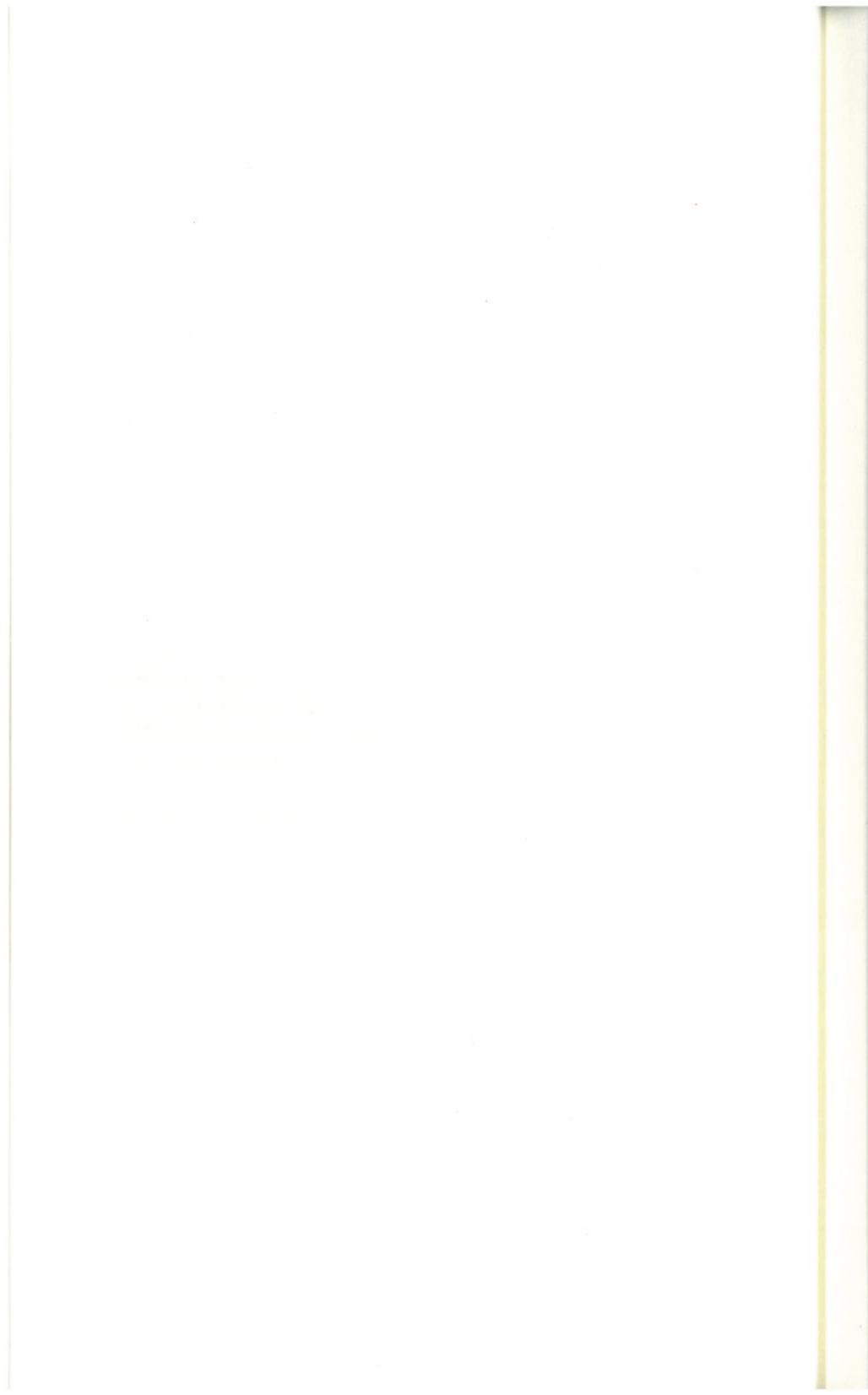
ISBN: 978-950-12-4514-1

Prólogo	13
Introducción a la segunda edición	17
Capítulo 1. La intervención en lo social: los orígenes y su sentido	21
Los inicios	21
La intervención como “búsqueda de la verdad”. Los avatares jurídicos de su historia	33
Pasado y presente de la intervención en lo social: la latencia de los discursos	37
Capítulo 2. Crisis, nuevos escenarios e intervención en lo social	41
Los nuevos escenarios de la intervención en lo social	41
Intervención y modernidad	43
Praxis e intervención en lo social	45
Una mirada genealógica	47
Praxis, emancipación e intervención en lo social: el caso del trabajo social	49
Modernidad: intervención y movimiento	51
Crisis de la modernidad e intervención en lo social	53
El impacto de la crisis en la esfera del Estado-nación....	60
Algunas consideraciones generales sobre la intervención en lo social hoy	64

Capítulo 3. Fragmentación, exclusión y ciudadanía: nuevos interrogantes para la intervención en lo social	69
El estallido de lo social	69
La irrupción de las nuevas formas de la exclusión: la caída de las ciudadanías	78
Intervención en lo social y comprensión	84
La intervención en lo social y la construcción de conocimiento	90
Crisis del Estado, crisis de las prácticas	92
El problema de la validez de las prácticas sociales	93
Capítulo 4. La intervención	97
La intervención y las diferentes maneras de comprender la problemática de la integración	97
La intervención en lo social como proceso	99
La intervención desde una perspectiva asentada en el concepto de <i>comunidad</i>	101
Algunos aportes hacia los procedimientos de la intervención desde diferentes campos de saber	107
Algunas cuestiones instrumentales	109
Algunas aplicaciones de la intervención en lo social	114
Capítulo 5. La intervención en espacios microsociales ..	119
La intervención en lo social y los espacios microsociales. El caso del trabajo social comunitario	119
El diagnóstico comunitario o el conocimiento de lo local para la intervención en comunidad	122
La observación como inicio de la intervención en comunidad.....	126
Hacia un esquema de trabajo comunitario	129
Capítulo 6. La presentación de las nuevas cuestiones sociales y la intervención en lo social.....	141
La intervención en lo social y el padecimiento subjetivo.	141
El impacto de la nueva cuestión social y las problemáticas urbanas actuales: el caso de la drogadicción	154

Índice

La intervención en lo social en la problemática de la infección por VIH y la construcción de problemas sociales	161
Capítulo 7. La intervención en lo social hoy	167
La intervención, el poder y el trabajo social	171
Una posibilidad de pensar “lo social” del trabajo social desde la intervención	173
La intervención en lo social y la política	176
Algunas perspectivas para pensar lo metodológico	177
Bibliografía	179



*A Patricia, mi esposa, y a Juan Manuel,
mi hijo, quienes todos los días hacen que
escribir sea posible.*



Escribir una introducción a un texto es siempre un desafío a todas luces; se puede pecar por exceso o por defecto, y en todo caso no deja de ser una deferencia especial toda vez que el autor elige a su prologuista. En mi caso constituye una vertiente más de un proceso de amistad que, a pesar de la asistematicidad, hemos procurado enriquecer, escuchando conceptos y visiones sobre un quehacer que nos une: la pretensión, desde determinados conocimientos, de participar en la construcción de un mundo distinto.

Conocí a Alfredo en la Facultad de Medicina, donde ambos trabajamos por más de diez años en el Fondo de Ayuda Toxicológica (FAT). En esa época él buscaba otra manera de entender y afrontar la perspectiva de su futuro profesional. De ahí en más, aquella persona que posteriormente me refrescaría dichos míos de otra época, con quien compartiría la misma inquietud (en búsqueda y ejercicio) respecto de la sociedad, produjo aproximaciones para el entendimiento de lo social en forma continua y diversa.

Hay una militancia en el ejercicio del entendimiento: el intercambio que enriquece el binomio alumno-profesor y que suele —en los buenos casos— devenir en una síntesis que se perpetúa en otras instancias, sobre todo en temas

convocantes. Ese fue el caso de la consagración de Carballada a su praxis y hoy es lo que enmarca su perspectiva en las particulares condiciones que nos tocan vivir.

A Alfredo Carballada le preocupa la remanida "crisis de la modernidad", pero la concibe como un proceso que permite nuevos horizontes desde donde es posible entenderla, incluso desde otro lenguaje. La tarea de comprensión establece orígenes (verdaderos anclajes) para entender el fenómeno de la modernidad como texto y contexto. Revisión —que de esto se trata— de lo que está dado; desconstrucción y propuesta de nueva estructuración. Una perspectiva semejante, que a un tiempo cuestiona y propone un cambio, es propia de la naturaleza humana, aunque los hombres se empeñen en desconocerla, defendiendo un saber que les impide mirarse a sí mismos.

De ahí que, y en especial para alguien en quien lo histórico es una perspectiva que influye en lo cotidiano, la búsqueda de nuevos espacios es un acontecer natural que le permite captar orígenes y concatenar acontecimientos.

Las diversas lecturas, debidamente tamizadas, iluminan una práctica que hace posible una nueva forma de razonamiento sobre lo cotidiano, en la que el esclarecimiento permite salirse de los estrechos preconceptos que la hacen funcional. Sin duda, esto constituye una nueva manera de resistencia a lo dado —molde condicionante—, a las aplicaciones que tienden a perpetuar lo establecido o aceptar al mundo como hecho consumado.

Entonces cabe preguntarse: ¿qué es lo que motiva al autor a emprender este recorrido? Diría que esta búsqueda data de un tiempo anterior, cuando muchos de sus colegas de profesión compartían un mismo interrogante: el papel que les cabe como "aliviadores" de las múltiples carencias del sistema. Ellos hoy se enfrentan a la angustia impuesta de un mundo en el cual los referentes tradicionales han perdido su eficacia. En efecto, frente a disyuntivas simplistas que culpan a los protagonistas primarios (el causante

o su medio inmediato), se pueden entrever las verdaderas causas en la pérdida de referentes tales como el Estado, las instituciones o las caras visibles de la credibilidad: políticos, jueces, mediadores religiosos o profesionales. Todos adolecen de una inconsistencia pertinaz para el hombre medio, incrédulo incluso de su propia perspectiva como ciudadano.

Ante esta situación, la intervención en lo social es inconsistente y debe a su vez –para no resultar parte del deterioro– recrear nuevas formas de intervención, previendo que la actitud tradicional no tiene sustrato y, por lo tanto, debe replantarse su rol.

Aquí surge la utilidad de un texto que puede desplazarse rápidamente desde la frialdad de lo establecido hasta la realidad que se procura construir. El análisis enhebra los datos de la crisis, dando cuenta de las dificultades pero sin perder de vista las posibles soluciones, y establece un proceso descubriendo nuevos ámbitos, definiendo prioridades y brindando oportunidades a partir de ejes que orientan la intervención como práctica de reconstrucción. Liga miradas, recrea vínculos del conocimiento y diversas praxis. Encuentra coincidencias interdisciplinarias a partir de discursos que no pueden persistir en caminos dispersos.

Algo importante: recomponer la solidaridad orgánica y mecánica, en términos de É. Durkheim, implica una unión más duradera. Valorizar el microespacio como espacio posible de conciencia y pertenencia, mediante propuestas simples, pero firmes, que tengan en cuenta el factor histórico. Significar el hoy para el mañana, pero a partir de un ayer reconocido. Incorporar el principio de la creatividad y del juego, en tanto aprendizaje y potenciación de la amalgama de saberes.

La inquietud intelectual del autor, sumada a sus prácticas laborales, le permite plantear aquellos temas que, como punta del iceberg, representan las profundas contradicciones cotidianas que él conoce bien: no provienen

de “flagelos” extraños sino que son productos del marasmo en el cual están sumidos los fenómenos sociales. Así, la drogadicción o el sida no son analizados como causas, sino como resultados que “ingieren” toda la falta de este estado de cosas.

En síntesis, ¿qué nos propone el autor? Entender para no sorprendernos, buscar adecuadamente, sustentar el trabajo de investigación en determinados pensadores que iluminan este tránsito, proponer acciones inteligentes –porque recrean propuestas y vínculos– y dar una nueva fuerza a una vieja tarea.

Aliviar un desencuentro no es ir en búsqueda de la homeostasis; por el contrario, es intentar rearmar un tejido para el crecimiento. Los actores sociales pueden ser protagonistas, y quienes asumen el trabajo social pueden replantear su horizonte. Retomar el sentido de la intervención en lo social es volver al camino del protagonismo, lo cual concierne en primer lugar a los destinatarios de una práctica de intervención, pero en realidad abarca mucho más: incluye a todos aquellos que consistentemente apuestan al destino del hombre en tanto ser social.

ALBERTO CALABRESE

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

En esta segunda edición de *La intervención en lo social* se intenta presentar una mirada aproximativa a las características actuales de los escenarios donde esta se desarrolla, y también enunciar algunas de las nuevas alternativas que pueden observarse desde su propio devenir.

Las posibilidades más recientes de este tipo de intervención, su necesaria complejidad y la aparición de diferentes perspectivas metodológicas tal vez requieran de un nuevo texto, orientado a las prácticas, a su análisis y a las contingencias de construcción y aplicación instrumental. La mayoría de los problemas presentados en la primera edición del libro se han mantenido hasta hoy sin modificaciones sustanciales, pero dentro de una serie de circunstancias novedosas que estarían construyendo un nuevo sujeto de intervención. Este poseería características ya enunciadas en la publicación original, a las que se agregarían otros rasgos singulares a partir de los cambios ocurridos en los últimos años.

Las transformaciones aquí comentadas constituyen quizás uno de los desafíos más profundos que plantea el tema en la actualidad y son, precisamente, las que lo hacen interesante y sugerente. La complejidad de lo social hoy

requiere una definición más precisa y singular sobre los modos de hacer, sobre todo en lo relativo a sus encuadres metodológicos; definición que seguramente se enriquecería con los aportes de más y nuevos diálogos con otros campos de conocimiento. Las perspectivas de intervención sostenidas en el libro, dentro de su esquema original, muestran distintas posibilidades de aplicación y adaptación a esas transformaciones.

En los últimos años, a partir de las fisuras y de una eventual caída del neoliberalismo como relato único, se construyó –y sigue elaborándose hasta hoy– una nueva agenda de temas que no son sino formas de expresión de la cuestión social. Sus efectos aún atraviesan la sociedad a través de una tenaz inscripción subjetiva, producto del giro cultural que surgió tras décadas de hegemonía de ese pensamiento: los sujetos siguen construyendo intensivamente formas de relación social en las que se ennoblece a los objetos antes que a ellos mismos.

Como vemos, este sujeto forjado por el relato neoliberal está allí, demandando en las instituciones y los dispositivos de asistencia pero, ahora, desde nuevos escenarios, donde la puja entre un discurso que se termina y otro nuevo (no del todo elaborado) construye y genera una forma de contienda compleja e inesperada.

Así, los problemas sociales se tornan enredados, inestables, transversales, múltiples, se presentan por fuera de los formatos institucionales clásicos y de las clasificaciones y requieren, por tanto, abordajes cruzados que se construyen a partir de una arquitectura singular en la respuesta. Estos problemas sociales no son más que la muestra evidente de modos de padecimiento novedosos que surgen de lo social, ya sea desde su propia configuración o desde su ausencia.

En definitiva, la intervención en lo social dialoga hoy con ciertas formas de producción de subjetividad, cuyo terreno de disputa en los procesos interdisciplinarios e ins-

titucionales pasa nuevamente por la cuestión del sentido y lo ideológico. De este modo, requiere de más y nuevos instrumentos, diálogos y conceptos que le permitan comprender y explicar el hacer desde lo singular de cada situación.

La intervención en lo social, entonces, está allí, en escenarios donde se produce el encuentro entre el contexto y el sujeto, generando más y nuevas expectativas, elaborando un proceso que se construye a través de demandas caracterizadas todavía, como mencionábamos, por la persistencia del relato neoliberal. Pero un proceso en el que aparece lo nuevo, lo complejo, lo desordenado y, pese a todo, es sumamente potente y cada vez más claro en cuanto a su condición de acontecimiento.

Por otra parte, una serie de temas han surgido en los últimos años como nuevos espacios de demanda. Los movimientos poblacionales, las características actuales de la urbanización, los cambios en las estructuras familiares, las formas recientes de violencia, la aparición de nuevos derechos, las problemáticas sociales complejas interpelan ahora, desde distintos lugares, a las prácticas y sus modalidades de conocimiento.

A su vez, como los escenarios de intervención se vuelven complicados y confusos, aparecen otras formas de hacer que se van gestando de manera inesperada, relacionadas con la necesidad de dar respuestas transformadoras. Estas cuestiones se suman a un lento retorno de la centralidad del Estado, que se convierte de nuevo en representante de los derechos de los ciudadanos, reemplazando al mercado y desvaneciendo desde la práctica la idea de ciudadano consumidor.

Si el Estado retorna, las instituciones entonces están en condiciones de devolver a la sociedad el sentido de proyecto colectivo como soporte subjetivo de la nación. Esto permitiría que el sujeto de intervención se transformara, y pudiera percibirse desde su condición histórica social y

no desde su "situación", que solo privilegia su presente. En otras palabras, sería otro, alguien a quien se podría ver como portador de derechos, como producto de una serie de condicionamientos históricos, culturales, sociales, económicos y políticos.

De este modo, el trabajo de construcción de dispositivos transversales en la praxis, los diálogos entre intervención y cultura, la recuperación de los postulados de la economía solidaria, el cooperativismo y la aplicación de nuevas tecnologías se presentan hoy como un campo nuevo de posibilidades; en definitiva, como espacios de respuesta a las demandas sociales desde más y nuevos lugares que inevitablemente implican la incorporación de otras formas de conocimiento (desde el arte hasta la tecnología), pero incorporadas al hacer, a la práctica cotidiana de la intervención en lo social, y que reparan la fragmentación, reconstruyen el lazo social perdido y marcan nuevas opciones de sentido colectivo hacia el futuro.

Tal vez, estos cambios impliquen nuevos horizontes en lo metodológico que incorporen insumos para la acción, como otras miradas a lo microsociedad y a lo territorial, la profundización de la noción de escenario de intervención, o nuevos instrumentos de intervención social, entre muchos otros.

Una segunda edición enfocada en los escenarios actuales puede resultar útil para continuar con los caminos trazados en la primera, ahora con nuevas certezas e incertidumbres. Con el objeto de aproximar algunas conceptualizaciones más recientes, se ha agregado un capítulo, "La intervención en lo social hoy", que trata de comenzar a construir algunas preguntas sobre este campo, cada vez más complejo y fascinante.

ALFREDO JUAN MANUEL CARBALLADA,
febrero de 2012

La intervención en lo social: los orígenes y su sentido

Los inicios

Una mirada hacia la *intervención en lo social* desde su construcción histórica permite acceder a diferentes vías para su comprensión y explicación. Por un lado, la intervención se vincula al origen de la denominada “cuestión social”. Este punto implica una necesaria revisión de los orígenes del pensamiento moderno.

En este aspecto, la intervención en lo social manifiesta una importante influencia del pensamiento de Thomas Hobbes (1588-1679), en especial por el hecho de que desde sus obras comienza a instaurarse la visión contractualista de la sociedad, a fin de terminar con el “estado de guerra natural”. Esta situación refleja el clima de una época de transición de lo antiguo a lo moderno, dentro de una situación conflictiva en lo político. La resolución de Hobbes a este problema será “darle poder al soberano para lograr la paz”.

Esta solución implica la llegada de la paz a cambio de una cesión inevitable y definitiva de soberanía por parte de quienes pactan o contratan, soslayándose la existencia de un conflicto previo que quedará oculto, pero que reaparecerá en los márgenes de la recién constituida “sociedad”,

o quedará latente, bajo las nociones de “problema social” o “anormalidad”.

La sociedad, en el pensamiento de Thomas Hobbes, es la negación del estado de naturaleza. Si los hombres “pactan” para franquear el paso del *status naturalis* a una sociedad civil, deben entregarse a un Leviatán (soberano representado mediante la figura de un monstruo nombrado en la Biblia), en el cual Estado y sociedad coinciden. No casualmente Leviatán es el nombre del Estado, lo que pone de manifiesto que la visión de la política y la sociedad de Thomas Hobbes está atravesada en forma relevante por su noción del Estado.

Desde la perspectiva de Hobbes, en el pacto de sujeción (*pactum subjectionis*) los hombres delegan su soberanía a un monarca, quien a cambio les restituye el derecho a la vida. En ese momento, crucial en la historia de la ciencia política, se funda el absolutismo, pero a partir de ese establecimiento también se comienzan a construir las formas para “lograr” la paz, para cohesionar aquello que se presentaba como salvaje y anárquico luego de la “retirada” de Dios del mundo de los hombres.

Pero ese instante de creación marca algo más sutil: la fundación de las formas para lograr la cohesión en el terreno de la paz, alcanzada luego del pacto de sujeción, es también el momento de construcción de los instrumentos de coerción que se relacionarán con los bordes, los márgenes de ese contrato, en definitiva con aquellos que quedaron fuera de la contienda, los derrotados de una determinada coyuntura. Al fin, serán estos quienes recibirán las más puras formas de la intervención que imponen de manera significativa el acto individual de entregar soberanía a otro que detenta poder (en tanto conocimiento), para finalizar el “estado de guerra natural” y lograr la integración de aquello que se estaba fundando y se había comenzado a designar como sociedad.

Thomas Hobbes ofrece a Occidente una de las primeras respuestas posibles a la pregunta del origen de la so-

ciudad y de las nuevas formas de ejercicio del poder, con nuevos fundamentos y justificaciones. Allí, la cuestión del poder será clave. No solo en el campo del hacer, también en el de constituir (construir) a aquellos sobre los que “se hace”. La intervención en lo social habrá de surgir en este terreno oscuro y nebuloso donde se edificarán dispositivos de relación con el “otro”, apoyados en el “derecho a la vida”. Pero en ese momento fundacional, el poder, producto del saber, es una clave que permanecerá oculta durante siglos, a veces develada y otras vuelta a cubrir hasta el presente. Se crearán formas de la intervención en las cuales, a veces en forma efímera, otras de manera evidente, Estado y sociedad civil, o poder y sociedad civil, se entrelazarán coincidiendo, articulándose, de alguna manera alimentándose, en especial en ese “entregarse” a otro que tiene el poder que le confiere el saber, dentro del espacio artificial de la intervención.

En síntesis, retomando el pensamiento de Hobbes, si librados a sí mismos los hombres aspiran solamente a “satisfacer sus impulsos”, luego de lograda la paz social será necesario mantenerla, generando formas de reorientar la acción de los hombres, de encauzarlos en una dirección, en busca de aquello que el pensamiento moderno considerará y definirá como útil para el “todo social”.

Es posible plantear, de este modo, una serie de interrogantes que intentan profundizar el análisis de la intervención en lo social, generando una suerte de disección de esta, a fin de acceder a los acontecimientos que le dieron sentido.

Los inicios de la intervención en lo social llevan, en sí mismos, una serie de interrogantes. ¿Qué fue lo que motivó el desarrollo de estas nuevas estrategias?; ¿cómo se constituyeron en discursos portadores de “verdad”?; ¿por qué las prácticas médicas tendrán un papel tan importante?; ¿dónde se dan los puntos de encuentro entre prácticas aparentemente tan diferenciadas como la medicina, la guerra, la filantropía

o la evangelización?; ¿dónde se hace transversal el discurso político en este juego? Y por último, ¿cuáles son las inscripciones jurídicas en toda esta cuestión? (Carballeda, 2000b).

Desde sus orígenes, gran parte del sentido de la intervención en lo social está relacionada con el modo como cada época construye los perfiles de la transgresión. Esto implica una forma de acercarse a este “territorio” a través de diferentes dispositivos, instrumentos y modalidades de acción en la medida en que son cuestiones que pueden afectar al “todo social” o, sencillamente, que reproducen en lo minúsculo, en pequeños espacios, algún rasgo del “estado de guerra natural”. Así surgirá la filantropía en clave moderna, como transición de la caridad hacia una intervención más ordenada y cargada del sentido de la modernidad. Es decir, lo que más tarde se conocerá como “previsión social” comienza a cobrar forma.

Aún es una época de transición. En un principio, la anormalidad era considerada como la alteración de los poderes de los hombres por la influencia del diablo. No existía todavía una puja entre lo natural y lo sobrenatural. En este aspecto, se aceptaba que el mal era producto del demonio, y que se hallaba en aquellos por quienes este tenía predilección: los espíritus a los que podía seducir, especialmente las mujeres, los melancólicos y los insensatos. Allí, en el origen de la “anormalidad”, es posible ubicar el encuentro de tres figuras: *el monstruo humano*, que implica una alteración de la ley de Dios y de la naturaleza, combinando lo imposible y lo prohibido; *el individuo a corregir*, que requiere un necesario adiestramiento del cuerpo en los talleres, la familia o el ejército, y *el onanista*, que representa la preocupación por la sexualidad infantil y a raíz de ello por la organización de la familia (Foucault, 1994).

También en esta etapa se trata de dar una explicación racional, o por lo menos causal, de los acontecimientos. Así, el demonio se “beneficiará de las condiciones del ce-

rebros, y de la luna que excita los humores". En otras palabras, se está fundando la necesidad de la intervención, justamente allí donde el contrato puede romperse, violarse o resquebrajarse: el lugar de lo que se considera débil o vulnerable. Todo aquello que no coincida con una racionalización de la sociedad en cada uno de sus espacios (locura, minoridad, enfermedad, escuela, muerte, etcétera) debe ser reordenado, racionalizado e introducido en la "vida metódica". Es decir, será ingresado a la modernidad.

Una muestra de esta racionalización es la alegoría del "torno", recogida por Donzelot: se trata de un dispositivo que, de alguna manera, refleja la transición de lo antiguo a lo moderno y representa el modo como los dispositivos, mecanismos y estrategias de intervención en lo social se resignifican en un nuevo lenguaje.

La preocupación por aunar el respeto a la vida y el respeto por el honor familiar ha provocado a mediados del siglo XVIII la invención de un ingenioso dispositivo técnico: el torno. Es un cilindro que gira sobre su eje y en el que un lado de la superficie lateral está abierto; el lado cerrado da a la calle y en sus proximidades hay un timbre. ¿Una mujer quiere abandonar un recién nacido? Avisa a la persona de guardia tocando el timbre. Inmediatamente el cilindro, girando sobre sí mismo, presenta al exterior su lado abierto, recoge al recién nacido y, prosiguiendo su movimiento, lo introduce al interior del hospicio (Donzelot, 1977).

Este dispositivo se irá transformando en clave moderna, y será reemplazado lentamente por entrevistas, exámenes y procedimientos jurídicos, pero, tal como describe Donzelot, es un dispositivo de intervención cuyas singularidades sirven como alegoría o metáfora, para dar forma y sentido a las prácticas que se estaban creando.

En principio podemos pensar este dispositivo como una forma de ingreso a la institución, a un nuevo mundo, a un orden diferente y opuesto del que se provenía. En

este sentido, se trata de un dispositivo aséptico, mecánico, que detiene y da otro rumbo a la historia de quien es abandonado. Pero, además, este nuevo mecanismo se enuncia como tal para el afuera, para los otros, para esa sociedad que precariamente se está construyendo de manera distinta. Ahora, el abandono no conlleva los riesgos que pueden pesar sobre la conciencia: el niño abandonado ya no queda librado a la voluntad divina, al azar o a la providencia. Un nuevo elemento, moderno, diferente, corta ese juego, genera nuevos significados y ocupa el lugar de aquellos. El abandono queda ligado a un nuevo dispositivo.

El torno implica un orden, traduce una idea de funcionamiento institucional. Su forma, su sentido, impactarán en las prácticas que intervienen en lo social. Estas tratarán de reproducirlo, de observarlo, de entenderlo, de parecersele. El torno es la institución, una suerte de patronato, todavía construido en forma precaria, pero que enuncia claramente sus significados e ideales. Estos se relacionan con la filantropía, pero sobre todo con el intento de sugerir que existen mecanismos de corrección frente a todo aquello que pueda disolver lo que el pacto, como producto de una victoria en el marco de una disputa, engendró. Es decir, señales en favor de quienes fueron derrotados en la contienda que dio lugar a la fundación contractual de la sociedad.

La filantropía, en muchos casos, será concebida como oposición a la caridad, en un escenario marcado cada vez más por la influencia del pensamiento ilustrado, al tiempo que tomará elementos de esta o de las instituciones donde se asentaba.

De este modo, la escuela se parecerá al convento y más tarde a la cárcel, y la entrevista a la confesión. Pero, nuevamente, la entrega de soberanía desde lo individual, en cada "acto" de intervención es hacia otro que "asegurará la paz en este mundo", reafirmando la visión secular de "salvación" que trae el pensamiento ilustrado.

También esta contraposición, muchas veces transformada en disputa, es sinónimo de pujas políticas. A su vez,

la intervención proporciona nuevas estrategias de moralización, ahora asentadas en un nuevo catecismo social. En la Argentina, la creación de la Sociedad de Beneficencia, en 1823, por disposición de Bernardino Rivadavia, arroja una señal hacia toda la sociedad de la aglutinación del poder político y especialmente de la posesión de atributos para su ejercicio. En definitiva, la intervención en lo social implica un ejercicio del poder y una ratificación de su circulación y su vitalidad en cada acto.

Así, el Estado, en ese momento histórico, hace “beneficencia”, filantropía, como acto de delegación hacia una institución, desde una concepción moral de la pobreza. La Sociedad de Beneficencia representaba parte de “lo más avanzado” de la sociedad, corporeizado en las mujeres de una clase social que día a día se fortalecía con el comercio y el contrabando. Un grupo social que se consideraba a sí mismo moderno, avanzado, frente al atraso del resto de la naciente Argentina, donde quedaban aún resabios de “oscuridad” que debían ser “iluminados”.

Pero esa filantropía recién inaugurada en Occidente construye un “otro” sobre el cual intervenir; lentamente lo clasifica y logra incluirlo en una determinada estructura de la sociedad. En definitiva, la intervención en lo social se presenta como una vía de ingreso a la modernidad dirigida a aquellos que cada época construye como portadores de problemas que pueden disolver al “todo social”. De ahí que en el contexto de la Ilustración y en relación con la problemática de la integración se define lo patológico, criminal, ilícito, desviado, sin razón, irregular, etcétera.

Como hemos señalado en otra oportunidad, la intervención también se relacionará con el utilitarismo de J. Bentham.

Desde la perspectiva de Bentham los papeles en la sociedad se deben regir por la tolerancia de dos impulsos básicos de los hombres: el deseo de felicidad y la voluntad de evitar el dolor.

La “utilidad” en Bentham es sinónimo de lo deseable, es un instrumento para conseguir la felicidad general de la humanidad. A partir de ajustarse al sentido de “utilidad”, una sociedad dispone de una normativa que le sirve para discernir acerca de qué es justo y qué es injusto, como así también lo correcto o incorrecto. Estas ideas lo aproximan al pensamiento de Kant: “Obra solo según la máxima por lo cual aquello que deseas pueda convertirse en ley universal” (Carballeda, 2000b).

En definitiva, la intervención se va ratificando en la perspectiva de los ideales vinculados a los “nuevos” valores de la Ilustración. A su vez, estas ideas se encuentran atravesadas por la “soberanía de la razón”, según la cual la libertad se restringe a unos pocos que pueden ser ciudadanos en tanto cumplen con determinados requisitos, en especial, el de ser propietarios. De alguna manera, las ideas de Condorcet, Montesquieu y Rousseau se “encuentran”, coinciden en el lugar de la intervención, y la obra de Bentham puede ser considerada como una especie de síntesis de aquellas. Este último autor “pone en acto” sus ideas a través del diseño de una figura arquitectónica, el panóptico, que enmarcará la intervención en lo social durante años, con repercusiones en la actualidad.

En este sentido, es posible analizar los orígenes de la intervención desde un diálogo con la ciencia política. Los acontecimientos de fin del siglo XVIII, en especial la Revolución Francesa, y las diferentes formas que adquieren las modalidades de gobierno durante el siglo siguiente, se singularizan en Europa continental a través de la soberanía de la razón. En el terreno de las ideas y de la aplicación práctica de las formas de gobierno se observan dos nociones de libertad: la “libertad de los antiguos” y la “libertad de los modernos”, que en definitiva remiten a la representación y la soberanía. Esta discusión se afirma a partir de las doctrinas que Benjamin Constant expone con gran claridad en una conferencia dictada en 1819, titulada “La libertad de los antiguos comparada con la libertad de

los modernos” (1823). Para Constant, la distribución del poder entre todos los ciudadanos era un camino inexorable hacia el despotismo. La libertad de los antiguos, según Constant, era la independencia de las ciudades griegas, pero no la independencia del individuo. Constant ve en el Estado a un “opponente a la libertad”. Todo esto puede leerse como una especie de desafío a las revoluciones, en tanto estas ponían en crisis las formas de gobierno pero no lograban desarticular la omnipotencia del Estado. Estas consideraciones lo llevan a plantear que la libertad no se garantiza ni siquiera a través de una limitación de los poderes. Para Constant, la libertad se expresa en las esferas donde no existe ninguna injerencia del Estado o la política, postulación que lo induce a interrogarse acerca del papel del Estado y cómo puede este garantizar la libertad.

La libertad de los modernos representaba la esfera más extensa de la actividad humana, garantizada por la ley, bajo el amparo de la libertad jurídica, consagrada exclusivamente al ejercicio espontáneo de la libertad (Botana, 1989).

De esta manera, Constant, siguiendo el camino de Montesquieu, asociaba la libertad moderna con el sentimiento de seguridad. Pero no debe existir voluntad legislativa que se introduzca en la esfera del individuo. Así, se construye una visión de lo público como un pequeño territorio que se enfrenta a lo privado cargado de atributos que definen un horizonte sin límites. A su vez, y siguiendo a Botana, es posible vincular el pensamiento de Constant al de Adam Smith, relacionando el pasado con la conquista y los tiempos modernos con el progreso que trae el comercio. En definitiva, lo que se plantea es una puja entre la libertad civil y la libertad política. Esta última es vista como cargada de inseguridad. De allí surge otra forma de construir la necesidad de la intervención, ahora para ordenar la sociedad, custodiar el orden y prevenir desbordes, como los producidos por la Revolución Francesa.

Esta discusión alrededor de la soberanía tendrá lugar con mayor énfasis en Europa continental, en especial en Francia, y también tendrá su impacto singular en el Río de la Plata. La circulación de las diferentes ideas políticas durante el siglo XIX y la influencia de los postulados de la Ilustración, la experiencia de Inglaterra y la naciente democracia en los Estados Unidos también impactan significativamente en la Argentina. En el plano de la intervención en lo social, en este país se construyen nuevos dispositivos o se recrean antiguos.

Si encontráramos una manera de dominar todo lo que a cierto número de hombres les puede ocurrir; de disponer de todo lo que esté en su derredor, a fin de causar en cada uno de ellos la impresión que se quiera producir, de cerciorarnos de sus movimientos, de sus relaciones, de todas las circunstancias de su vida, de modo que nada pudiera escapar ni entorpecer el efecto deseado, es indudable que en medio de esta índole sería un instrumento muy útil, sería un instrumento muy enérgico y muy útil, que los gobiernos podrían aplicar (Bentham, 1988).

Las disciplinas que se resignifican en ese momento de la historia deben estar atentas a las posibilidades de cambio, sobre todo a aquellos casos de deformaciones o retrocesos, para así intervenir, corrigiendo desde el cuerpo, el alma (mente) o el contexto. De esta forma, la intervención en lo social surgirá en relación con diferentes planos: en la detección de lo "anormal" y su clasificación; en la aplicación de formas de disciplinamiento, y por último en la articulación de ambas para dar una señal a la sociedad, en definitiva para construir en forma permanente a ese "otro" sobre el cual se intervendrá.

Así, los orígenes de la intervención en lo social se relacionan con la Ilustración, en especial con su orientación pedagógica, lo que impulsará una metamorfosis de los discursos, las prácticas y las instituciones en términos de

transición hacia algo que es definido como nuevo y, por ende, como mejor que lo anterior, que connota atraso y barbarie.

En sus inicios y en parte también en la actualidad, las prácticas que intervienen en lo social poseen una impronta pedagógica, por cuanto procuran que ese “otro” aprehenda la modernidad. A su vez, la actitud de “lo moderno” implica adentrarse en territorios desconocidos para iluminarlos, tal vez para reconocer en ellos, a través de una búsqueda a veces desesperada, los propios orígenes de una civilización que se consideró a sí misma la cúspide de la historia universal.

La idea de que la razón “ilumina” se impone a la cultura como el intento de incorporar la razón a lo cotidiano, cerrando las puertas al origen, al pasado y a la historicidad del sujeto, pensando solo en función del futuro y de una sociabilidad construida en forma artificial. Así, la intervención elabora sus primeros “contratos”, proponiendo desde la pedagogía formas de cohesión, preparando a los “otros” para un futuro que el clima de época visualiza como promisorio. Para esto debe “entregarse” la soberanía a alguien que pueda dirigir el desconcierto o el padecimiento. El espacio de la intervención se va naturalizando progresivamente, incorporando lo cotidiano como una necesidad para acceder a una vida mejor.

En el caso de la ciudad de Buenos Aires, los inicios de la intervención en lo social se relacionan con una institución que se dedicó a enterrar a los muertos que no podían recibir sepultura por falta de dinero.¹

Esta visibilidad de la muerte produjo la aparición de un dispositivo de intervención en lo social que paulatinamente se extendería a otras esferas, como la minoridad, la salud o la educación. Esos muertos, productos de una guerra silenciosa pero no por ello menos cruenta, llama-

1. Para un mayor desarrollo de estos temas, véase Carballada (2000b).

ron la atención como aquello que debía ser corregido, que estaba diciendo algo peligroso para el orden imperante, en un idioma aún no descifrado totalmente.

Pero lo que motiva las intervenciones es ese *desorden de los cuerpos*; cuerpos abandonados, mutilados, muertos, que están a la vista de la ciudad. No son cuerpos que tienen el heroísmo de la batalla, muchos de ellos provienen de la vergüenza del patíbulo o de la indigencia. No se trata de lo que queda luego de un campo de guerra o tal vez sí; cuerpos producto de una nueva forma de la guerra que se entromete en la filigrana de la paz; cuerpos que hoy llamaríamos de la exclusión y en definitiva se trata de no verlos, de ocultarlos. No son cuerpos que fueron mutilados por las armas de la lucha, solamente un tenebroso espectáculo de cuerpos abandonados, que no pueden ser enterrados por falta de dinero, que sigilosamente son quitados de los patíbulos, que juntando limosnas son enterrados. Es el desorden de los cuerpos abandonados una de las causas de la aparición de la intervención en lo social en el Río de la Plata (Carballeda, 2000b).

Esta nueva visión de lo social también determina la aparición de nuevas formas en los procesos judiciales. El concepto de delito social surge en este contexto, donde la importancia se centrará no solo en lo que se hizo sino en la "virtualidad de los actos", es decir, en lo que ese "otro" podría llegar a hacer, en términos de presunción de futuros delitos. Pero esta figura del delito social se corresponde también con la limitación del acceso a los recursos de los que menos tienen. Así, la puja por la supervivencia será criminalizada. La vida cotidiana, como espacio de construcción de identidad, será el lugar privilegiado de la intervención, como espacio favorito del disciplinamiento. A su vez, en esta relación con la cotidianidad de los otros, estos son construidos como sujetos de la intervención, y las primeras instituciones de reclusión fueron planteadas como laboratorios de observación, para experimentar en más y nuevas formas de conocer.

La intervención como “búsqueda de la verdad”. Los avatares jurídicos de su historia

La intervención en lo social va a significar el montaje de una nueva forma de conocer, de saber, en definitiva, de generar discursos de verdad que construirán sujetos de conocimiento. En otras palabras, ese otro será constituido despaciosamente y calladamente a través de descripciones, informes, observaciones y especialmente desde la relación que se establece con quien lleva adelante la intervención. Hospitales, correccionales de menores y mujeres, escuelas de internados servirán para conocer las conductas y costumbres de aquellos a los que se quiere transformar.

Pero también se trataba, a través de la intervención, de construir ideales a los que se aspiraba: familia, padre, madre, hijos tendrán funciones cada vez más estrechamente asignadas y hacia allí se dirigirán las prácticas del cuerpo, de la mente y del contexto.

Este entrelazamiento fundacional del Estado y la sociedad se reproducirá, luego del abandono de la fórmula de Hobbes, en el espacio de la intervención. Así, las instituciones dedicadas a indigentes, ancianos, huérfanos y delinquentes se relacionan con ideales y formas de búsqueda de la verdad atravesadas por su origen jurídico y la práctica penal. La indagación que habían hecho los griegos se transformará en el Medioevo en “*inquisitia*”, para pasar a ser sinónimo de examen en la modernidad. *Inquisitia* y examen coinciden en la necesidad de la prueba como camino a la verdad y como instancia de construcción de ella. Esa construcción se produce en oscuros entretelones donde se expresan diversas fuerzas de poder (Foucault, 1980).

Hace falta disciplinar determinadas tendencias “masculinas”, como el consumo de tabaco y alcohol, las relaciones con prostitutas o la falta de responsabilidad (Donzelot, 1977). En el caso de la Argentina, este propósito discipli-

nario se reproduce dentro del discurso médico a fines del siglo XIX.

El sujeto de la intervención ya está prácticamente construido, inventado, y desde esa “preocupación” se darán señales a toda la sociedad. Justamente es en ese período cuando surgen las primeras Ligas de Templanza, que propondrán terminar con la “cultura de la taberna” y el consumo de alcohol, prácticamente en todo el mundo, presentándose como una prolongación de las creadas a fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX en los Estados Unidos.

Las Ligas de Templanza se multiplicaban en el país y en el mundo, desde ellas se trataba de que la sociedad modelara su carácter, haciéndose hincapié en los efectos nocivos de la vida ociosa o poco productiva, en los “excesos” en cuanto a las diversiones, el tiempo libre como productivo, y en la necesidad de llevar adelante una vida “sana”, más vinculada a los procesos económicos del modelo de producción europeo que a otras modalidades de trabajo o formas de vida. El trabajo era planteado como fin y la vida debía estructurarse en torno de él. La templanza era una especie de “actitud frente a la vida” que los sectores “vulnerables” debían aprender e internalizar en nombre del “bien común” y la lucha contra las enfermedades. Una “policía” sanitaria debía enseñarla y vigilar su cumplimiento. La Eugenia se presentaba como una nueva rama de la ciencia cuya finalidad era la depuración de la raza, ahora no por métodos violentos explícitos, sino en el aprendizaje, desde la primera infancia, de normas higiénicas y en la transmisión de estas a través del médico, el filántropo o el pedagogo (Carballeda, 1994).

De esta forma, durante el siglo XIX se va construyendo un saber acerca del hombre, la individualidad, lo normal, lo patológico, que va a hacer surgir un nuevo sujeto de conocimiento, más definido, ya clasificado según parámetros científicos. Aun así, este saber no es definitivo ni estático; los discursos acerca de la anormalidad o la disfunción so-

cial llegan hasta el presente, y en muchos casos esta construcción discursiva se centra en la intervención.

Así, desde determinadas prácticas sociales, cada vez más cercanas a una intervención sistemática, organizada y fundamentada, se generan dominios de saber que imponen nuevos objetos, conceptos y técnicas de intervención que, en definitiva, construyen nuevos sujetos de conocimiento (Foucault, 1980).

Por otra parte, determinadas formas de la verdad se construyen desde la intervención, y desde una perspectiva histórica pueden ser definidas a partir de una práctica penal (jurídica).

Durante los primeros años del siglo XX, la intervención en lo social será un instrumento político de otra índole, que se relacionará con la mirada sobre determinados grupos sociales, los que paulatinamente serán constituidos como poblaciones homogéneas distribuidas en un hábitat determinado. Así, los inspectores de higiene médica deberán vigilar, en el caso de la ciudad de Buenos Aires, la higiene de la habitación en la que se hospeda el paciente, el género de vida que lleva, sus necesidades, sus recursos y, especialmente, si da cumplimiento a los preceptos higiénicos.

Tomemos un obrero cuyo trabajo está bien pago y expuesto a pocos paros, su mujer es hacendosa y gana además un pequeño salario trabajando en casa; no tienen sino uno o dos hijos. Si la sensibilidad y la inteligencia de este hombre estuviesen lo bastante cultivadas para que apreciase otros placeres que la bebida, las barajas y el café concierto, si estuviese instruido en higiene y supiese que la salud es el primero de los bienes, si para conservar la suya, estuviese resuelto a refrenar varias de sus tendencias y además de todo eso tuviese una voluntad de hierro... ¡Oh, entonces cuántos cambios en su existencia! (Bunge, 1910-1911).

De esta forma, la intervención en lo social avanzará sobre la vida cotidiana, imponiendo un orden, además de

construir y ratificar a ese "otro" en el lugar de la exclusión. Este, en ese contexto, será visualizado como alguien que padece debido a que no "comprende" los beneficios de una vida metódica, pero fundamentalmente por ser moralmente débil. En el texto de Bunge se advierte un "ideal de trabajador", que tiene pocos hijos y una mujer hacendosa, que controla sus impulsos, etcétera, y todo este discurso se fundamenta en la medicina, la cual se introduce en lo cotidiano medicalizando la vida de diferentes sectores sociales.

En este contexto, la construcción de la verdad se asienta especialmente en el positivismo y en las ciencias naturales, pero además la medicina y el derecho darán lugar a una criminología que, por ejemplo, pondrá el acento en los rasgos físicos de los delincuentes. Las ideas de Malthus, Spencer y la aplicación del pensamiento de Darwin a la lectura de lo social configurarán una serie de entrecruzamientos constructores de verdad que le darán una dirección definida, en los primeros años del siglo XX, a la intervención en lo social.

En síntesis, los orígenes de la intervención en lo social se relacionan con la modernidad y sus diferentes etapas, sobre todo con la Ilustración y el positivismo. Es entonces cuando se construye un poder disciplinario que en el caso de Europa se relaciona, en sus inicios, con el Antiguo Régimen, e irá cambiando de forma a través del tiempo, atravesando diferentes corrientes de pensamiento hasta la actualidad, es decir, desde el inicio de la modernidad hasta el Estado interventor, con su antecedente en la Alemania de Bismarck, desarrollándose en forma significativa luego de la crisis del treinta.

La articulación con lo jurídico se advierte desde los orígenes modernos de la intervención en lo social, en tanto se transforma en instrumento de búsqueda de la verdad a partir de la aparición de la noción de examen. Esto implica dos cuestiones clave: la vigilancia jerárquica y la sanción norma-

lizadora. Estos hechos producen un disciplinamiento de los saberes, jerarquizando algunos, quitándoles valor a otros. Así, saber es sinónimo de disciplina en tanto cada uno de los saberes posee una lógica propia, interna y diferenciada, como también un valor para la sociedad, donde se privilegiarán unos sobre otros. De este modo se fueron construyendo los saberes sobre el cuerpo, la mente y el contexto, cuyo encuentro tiene lugar en la intervención. Por otra parte, desde ese poder disciplinario se enderezaron conductas, a través de la vigilancia jerárquica apoyada en la visión: “ver al otro” implica un efecto de poder sobre este, pero también hace visibles a aquellos a los que se les aplica, construye diferentes donde antes había iguales (Foucault, 1975).

Pasado y presente de la intervención en lo social: la latencia de los discursos

En definitiva, de lo que se trata es de formular a través de una serie de interrogantes una cuestión considerada fundamental: ¿cómo visualizar en la intervención en lo social las relaciones entre las producciones discursivas y las prácticas sociales? Una respuesta posible es partir de la búsqueda de un orden del discurso:

El “orden del discurso”, según la expresión de Michel Foucault, está dotado de eficacia: instauration de divisiones y dominaciones, es el instrumento de la violencia simbólica y, por su fuerza, hace ser a lo que se designa (Chartier, 1996).

De ahí que interrogar el origen de la intervención en lo social implica preguntar no qué es sino qué hace, qué tipo de relaciones sociales construye, cómo se entromete en la sociabilidad, qué responsabilidad tiene en la pérdida de los lazos sociales.

Desde la perspectiva de intentar develar lo “oculto”, que está allí naturalizado y por eso se hace difícil de visua-

lizar, la intervención en lo social muestra la necesidad de incorporar la cuestión política desde una visión del poder, un poder que construye y un poder que se ejerce desde ella.

En la actualidad, las formas de intervención en lo social se presentan en un escenario de crisis que marca la necesidad de su revisión desde diferentes ángulos, a fin de conocerla en profundidad. Pero ese conocimiento se consume en el terreno de la práctica, de la acción. Se trata de una acción fundada en lo normativo, con un origen signado por aspectos contractualistas, atravesados por la idea de cesión de soberanía desde la perspectiva según la cual cada individuo actúa como un muro que "impide ver" tanto el origen como las posibilidades actuales de la intervención.

En la crisis de legitimidad y representación que atraviesan las instituciones y la intervención misma quizás se pueda buscar la posibilidad de revisar lo viejo para construir lo nuevo, considerando el pasado como constructor de sentidos.

En definitiva, la reflexión acerca de los orígenes de la intervención en tanto producción de diversos acontecimientos implica un diálogo con diferentes campos de saber como la filosofía, a la que se puede interrogar sobre la influencia del pensamiento ilustrado, la relación con el romanticismo y la emergencia del positivismo. Por su parte, las ciencias políticas proveen el marco para pensar la construcción de la sociedad en términos de contrato, y las nociones de soberanía, ciudadanía y libertad. A su vez, la historia y la sociología muestran la relación entre la búsqueda de la "verdad" y las ataduras de los hombres; por lo tanto, tratando de responder al interrogante que gira alrededor de qué es lo que se interpone entre sujeto y verdad, se hacen visibles –tal vez– las ataduras que afectan a la libertad.

En el contexto actual, la intervención en lo social se nos presenta como un "espacio de libertad", ya que se constru-

ye en pequeños hiatos, intersticios, lugares, donde es posible reconstruir historicidad, entender a ese otro no como un sujeto a moldear sino como un portador de historia social, de cultura, de relaciones interpersonales.

Tal vez la intervención en lo social no implique agregar ni quitar nada sino solamente “hacer ver” aquello que el contexto, el escenario, el clima de época impiden visualizar. Y acaso permita hacer que ese otro recupere historicidad, ubicándolo en el lugar de la verdad, corriéndolo del banquillo de la sospecha, entendiendo que se es en tanto efecto de la cultura, que es imposible pensarse separado de los otros, y que la diferenciación estriba en lo singular de las inscripciones de cada cuerpo. La intervención probablemente implicó fragmentación, aunque se presentara como dispositivo de integración. Es por eso que intervenir en lo social puede significar, o no, unir aquello que una vez se fracturó, recuperar las sociabilidades perdidas, que sumadas conducen a la reconstrucción de la sociedad. Quizás desde los otros, desde la palabra de aquellos que meticulosamente fueron construidos como “portadores de cuestión social”, la dirección de la intervención se pueda encaminar hacia la búsqueda de respuestas a las interpelaciones más actuales.

Sin embargo, si se lleva más allá la cuestión y se retoma uno de los planteos de Max Weber, es posible profundizar la indagación alrededor de la intervención.

La medicina no se pregunta si la vida es digna de ser vivida ni cuándo. La ciencia natural responde al problema de lo que debemos hacer para dominar técnicamente la vida, pero deja de lado, o da por supuesto, para sus fines el problema de si debemos o deseamos dominar técnicamente la vida, y si en última instancia ello tiene sentido (Weber, 1985).

En fin, desde la intervención en lo social se trata de buscar una forma discursiva diferente, ahora signada por el sujeto, construida en su vinculación con los otros y no

a partir de atribuciones elaboradas previamente. Así planteada, la intervención en lo social muestra la necesidad de un trabajo de *elucidación*, de indagación alrededor de la lógica del acontecimiento que se origina en el momento de la demanda hacia ella, y en el camino de reconocer la presencia de la historia en el presente, confiriéndole así historicidad al acto de intervenir.

Crisis, nuevos escenarios e intervención en lo social

Los nuevos escenarios de la intervención en lo social

En la actualidad existe una serie de nuevos y complejos interrogantes sobre la relación Estado-sociedad. Su complejidad puede ser estudiada desde diferentes perspectivas. Una posible vía de acceso es el análisis y el estudio de la intervención en lo social, la cual se transforma en una especie de “modalidad de comunicación” entre ambos espacios.

En principio, se podría afirmar superficialmente la existencia de un fuerte deterioro, tanto en la esfera del Estado como en la de la sociedad; en este aspecto, la intervención se presenta ya sea como una especie de interlocutor entre ambos espacios o como una fuente hacia donde dirigir interrogantes. En pocas palabras, la intervención puede revelar lo que ocurre tanto en el Estado como en la sociedad; de lo que se trata es de ajustar las preguntas, dirigirlas, quizás, a nuevos horizontes donde ese “otro” objeto de la intervención, constituido a partir de la modernidad, pueda hablar otro lenguaje o expresarse en el propio. De ahí podrían surgir algunas respuestas que sirvan para ubicar la intervención en lo social en relación con una sumatoria de acontecimientos que generan nuevas incertidumbres.

Los nuevos escenarios de intervención en lo social se encuentran atravesados por una serie de rasgos que es necesario analizar. Se caracterizan por ubicarse en una dimensión espacio-temporal relacionada con la denominada “crisis de la modernidad”, lo que implica una serie de fisuras y continuidades en conflicto. Por otra parte, esta nueva situación, que estaría desarrollándose desde hace aproximadamente treinta años, requiere una nueva agenda para la intervención en lo social que abarca una serie de temas relevantes: la aparición de nuevos interrogantes, el surgimiento de nuevos aspectos institucionales, la emergencia de nuevas problemáticas sociales, y la consecuente aparición de nuevas formas de comprender y explicar lo social que se transforman en otras y diferentes perspectivas en las ciencias sociales.

A su vez, todos estos cambios impactan en forma relevante en la intervención, ya que la demanda de nuevas modalidades, formas, instrumentos y métodos traen como consecuencia nuevos aspectos teóricos. Además, su revisión histórica (especialmente desde una perspectiva genealógica) implica, en definitiva, la aparición de nuevas formas de aporte que centran su preocupación en la cuestión del origen, pero especialmente en su sentido. La aparición de nuevas formas de análisis de la cuestión social abre panoramas hasta hace poco tiempo impensados e inexplorados —de ahí la relación con la historia y la genealogía—: básicamente, se “desconfía” de lo dado. Por ejemplo, el surgimiento de nuevas formas de registro —como la escritura de historias sociales por parte de los trabajadores sociales— implica una nueva modalidad de intervención. Pero, también, a partir de la crisis del carácter normativo —y, si se quiere, pedagógico— de dicha intervención, genera una serie de fuertes interrogantes acerca de su sentido, por lo cual nuevamente aquí la reflexión se orienta hacia el origen.

A su vez, algunos autores han presentado el contexto actual en términos de la aparición de la “nueva cuestión

social”, donde sobresalen especialmente la ruptura de lazos sociales, la fragmentación social y, en definitiva, nuevas formas del malestar que se expresan, entre otros campos, en la comunidad en tanto espacio de construcción de cotidianidad, certezas e identidades.

Por otra parte, los efectos de la llamada “globalización” repercuten en forma sustantiva en la esfera de los Estados-nación, en los cuales surgen inconvenientes relacionados con lo que se ha llamado “crisis de legitimidad y representación”. Crisis que, en definitiva, atraviesa a las instituciones del Estado y también a la intervención desde estas.

A todas estas cuestiones se suma en la actualidad la existencia de una revisión acerca de los problemas sociales que aborda en forma diferente los aspectos de la denominada “nueva cuestión social”, especialmente desde la perspectiva de la “construcción de problemas sociales”.

Esto último implica también la necesidad de revisar las formas de la intervención, en especial la asignación de etiquetas, rótulos y estigmas, todos los cuales serían construcciones sociales que en la intervención podrían ser sustentadas o también desconstruidas.

Intervención y modernidad

En *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Jürgen Habermas define la idea de modernidad de esta forma:

Lo moderno expresa la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, considerándose a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo.

La modernidad, en relación con la intervención en lo social, se puede abordar desde diferentes dimensiones: la política, la económica, la social, la cultural y la moral.

La dimensión política se vincula con la aparición de los Estados-nación. En este aspecto, a partir de su conforma-

ción surgieron distintas instituciones que dieron cuerpo y sentido a la intervención en lo social teniendo en cuenta la relación Estado-sociedad.

La dimensión económica implica la afirmación del capitalismo, con todas las variantes que aparecieron en el transcurso del tiempo hasta el presente. Desde esta perspectiva, la intervención en lo social se puede pensar en estrecha relación con las condiciones económicas, en especial a partir del mandato de hacer a los hombres "agentes económicamente útiles a la sociedad".

La dimensión social de la modernidad se vincula a la aparición de las nociones de individuo, ciudadano y opinión pública, que se relacionan estrechamente con la intervención, sobre todo con sus formas emparentadas con la pedagogía. Estas se orientan a la búsqueda e imposición de una vida "metódica y ordenada", que Max Weber asoció con el origen del capitalismo y a la cual le auguró en el futuro el encierro de cada individualidad en una "jaula de hierro" como expresión del malestar, la soledad y el aislamiento.

La dimensión cultural de la modernidad confluye en la autonomía de la ciencia, desde donde surgirán nuevas formas de conocimiento que en muchos casos también se relacionan con la intervención, en el sentido de la elaboración de nuevas formas de intervención, en particular a partir de su rápido desarrollo tecnológico.

La dimensión moral de la modernidad implica la aparición de nuevos valores asociados con la idea de *bien común*, especialmente desde una perspectiva de racionalidad moderna.

No obstante la importancia de las dimensiones descritas, el motor fundamental de la modernidad es la idea de *progreso indefinido*, que connota una valoración positiva del cambio. En pocas palabras: toda transformación, en tanto praxis, se presenta como necesaria y útil a la sociedad, es decir, al todo.

Praxis e intervención en lo social¹

Es posible trabajar en profundidad la noción de praxis teniendo en cuenta una perspectiva genealógica que permita una aproximación a la relación entre praxis e intervención en lo social.

En primer lugar, es en la obra de Aristóteles donde se diferencia el conocimiento de la práctica del de la teoría, como aquello que mejora la vida humana. En este aspecto el pensamiento aristotélico se aproximaría llamativamente al utilitarismo de Jeremy Bentham, en tanto también lo práctico se relaciona con lo útil, solo que en este último caso desde una perspectiva más moderna, identificada con una visión de la sociedad fuertemente ligada al capitalismo y al mercado.

En principio, el concepto de *praxis* se remonta a los pensadores griegos y latinos. Para ambos, la praxis implica una realización, pero fundamentalmente bajo la esfera de la acción, y se presenta como opuesta a la teoría. “Práctico”, entonces, es aquello que puede ponerse en práctica, pero con una utilidad tangible, en oposición a la teoría, que tendría una utilidad intangible.

Por su parte, Kant vinculó práctica y moral, circunscribiendo esa relación al ámbito de la “razón práctica”: práctico no sería lo conocido sino lo realizado por la razón. La relación kantiana entre praxis, razón y moral es un punto de inflexión que puede resultar útil para la reflexión acerca del origen de las disciplinas que intervienen en lo social, dada su construcción más significativa dentro del programa de la Ilustración. La noción de *práctica transformadora*, tan ligada a la intervención en lo social, se relaciona en forma significativa con estos orígenes.

Volviendo a la mirada kantiana, la ética es entendida como “ciencia de la praxis”. A diferencia de la razón teóri-

1. He desarrollado este tema en Carballada (2000a).

ca, que se ocuparía de cómo son las cosas, la razón práctica se ocupa de *cómo deberían ser*; y en este punto, nuevamente, es posible encontrarse con una aproximación genealógica de las disciplinas que intervienen en lo social. Una de ellas estaría relacionada con el propósito de "imprimir" en el otro nuevos sentidos en su vida cotidiana y, tal vez, especialmente en su construcción y explicación del mundo. En este punto se puede ubicar el origen pedagógico de las intervenciones de las disciplinas que surgen como saberes sistemáticos dentro del proyecto de la Ilustración.

Marx hará de la praxis humana un instrumento para la transformación del mundo. Sin oponer teoría y práctica, considerará que la praxis es la fuente de todo conocimiento. Desde esta perspectiva, se la debe entender como una unidad dialéctica entre la acción humana y el conocimiento; de allí surge la concepción marxista de la visión *ideológica* del mundo.

También en los trabajos de Antonio Gramsci (quien en sus *Cuadernos de la cárcel* evitaba el uso de las palabras *marxismo* o *comunismo* para burlar a sus censores) se encuentra la noción de *praxis*, pero entendida allí como filosofía de la historia. Gramsci resalta el sentido de la praxis como acción transformadora, en tanto articulación entre la teoría y la práctica, desde una perspectiva emancipatoria.

La noción de *praxis* también se encuentra en la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt: Horkheimer, Marcuse, Adorno y Habermas articulan gran parte de sus obras a partir de este concepto. El concepto de *teoría crítica* es introducido por Max Horkheimer, quien opone esa expresión a la de teoría tradicional, apoyada en un modelo de racionalidad que considera fines y medios. En este sentido, la racionalidad se ha mostrado como destructora de sí misma. Frente a ella, la teoría crítica propone una racionalidad crítica a todas las formas de ideología y dominación que aparecen en la sociedad actual, pero que son históricamente derivadas de la noción de razón como instrumento,

que, al buscar el dominio de la naturaleza, terminó por dominar al hombre. La raíz ilustrada de esta razón instrumental se ha mostrado en las diversas modalidades de opresión que se expresaron en el transcurso del siglo XX, y son subsidiarias de este.

Habermas, por su parte, explica que existe una relación entre ciencia e interés, dado que los intereses forman parte constitutiva del conocimiento y la razón. Distinguir tres clases de interés le permite plantear tres clases de ciencias: (a) las ciencias empíricas (ciencias de la naturaleza), que seguirían el interés técnico de la razón; (b) las ciencias histórico-hermenéuticas (ciencias del espíritu), que se corresponden con el interés práctico regulado por la intersubjetividad; (c) las ciencias emancipatorias, que relacionan el interés emancipador con la reflexión crítica. Desde esta perspectiva, la teoría coincide con la praxis. La crítica a la sociedad no implica, entonces, solamente el acto de comprender, sino también el gesto de liberarse de las formas injustas de la dominación.

Una mirada genealógica

Por otro lado, para Michel Foucault la genealogía se presenta como un modo de comprender que denuncia la existencia de aquellos poderes y luchas que dan forma al sujeto de la praxis.

Concretamente, no es por cierto ni una semiología de la vida del manicomio ni una sociología de la delincuencia, sino la aparición de contenidos históricos, lo que permitió hacer una crítica efectiva del manicomio y la prisión. De hecho, solo los contenidos históricos permiten reencontrar la eclosión de los enfrentamientos y las luchas que los arreglos funcionales o las organizaciones sistemáticas se han propuesto enmascarar (Foucault, 1979).

En el caso de la praxis del trabajo social, la medicina, la psicología, la psiquiatría, etcétera, las prácticas se vinculan inevitablemente a la intervención, y desde allí quizás sea posible tratar de invertir algunas preguntas: la práctica misma, ¿no genera sujetos de conocimiento? Es decir, los iría construyendo lenta y pausadamente, en los diferentes carriles de la asistencia, la ayuda, la orientación... Y esos sujetos, ¿no fueron construidos históricamente?

En los orígenes de la intervención en lo social existe una permanente construcción discursiva del "otro". Ese otro que en distintas etapas de la historia de la acción social fue constituido como sujeto. De ahí que con el transcurrir del tiempo se acrecienta el saber sobre aquello que se pretende encaminar, encauzar o funcionalizar. Es decir, desde las prácticas de intervención fueron construyéndose dominios de saber cada vez más tecnologizados que generan la aparición de "diferentes" donde antes había "iguales".

Es posible ubicar el nacimiento de esas concepciones en el siglo XVIII, cuando surge todo un saber alrededor del "hombre", la individualidad, la normalidad y la anormalidad. Pero este saber no se impone, sino que hace nacer un nuevo sujeto de conocimiento (Foucault, 1980).

Desde esta perspectiva, ese otro, ese sujeto de la práctica, no es ni más ni menos que una construcción. No se trataría de analizar cómo se le imprime el contexto al sujeto sino cómo las condiciones presentes y pasadas lo construyen a través de las prácticas.

Quedaría para la praxis la tarea de dilucidar qué se interpone entre los sujetos y la verdad, y qué factores constituyen esa instancia. Para Marx, esa interposición era la alienación; para Weber, la vida metódica; para Nietzsche, la moral. Por último, persiste el interrogante sobre si es posible pensar desde una perspectiva genealógica de la praxis, desde una mirada americana.

Rodolfo Kusch, en la introducción a *América profunda*, plantea que para comprender a América es necesario acceder

a una dualidad: *bedor* y *pulcritud*. Es decir, se requieren dos ejes para comprender a América en profundidad: los productos culturales y el sujeto cultural, como dice Isabel Allende.

Antiguamente los tabúes y las tradiciones eran respetados. Mis abuelos y los abuelos de mis abuelos recibieron los conocimientos necesarios. Nada cambiaba para ellos. Un hombre con buena memoria podía recordar cada una de las enseñanzas recibidas y así sabía cómo actuar en todo momento. Pero luego vinieron los extranjeros hablando contra la sabiduría de los ancianos y empujándonos fuera de nuestra tierra. Nos internamos cada vez más adentro de la selva, pero ellos siempre nos alcanzan (Allende, 1995).

En efecto, la entrada de la civilización –en tanto praxis– necesitó, en diferentes etapas de la historia, mudar el *ethos* popular. Ahora bien, en términos de intervención en lo social, esta mutación se aproxima a la noción de praxis, especialmente desde una perspectiva kantiana, ya que esa mutación, esa necesidad de cambios, es presentada como emancipatoria.

La Ilustración fue sinónimo de lo nuevo, de las Luces, de la razón, y actuó con diferentes grados de violencia según las épocas. En el siglo XVIII, a partir de los primeros procesos judiciales en la campaña bonaerense, donde se trataba de “emancipar” al gaucho para que se incorporara a la vida civilizada trabajando para los hacendados. El espíritu de la Ilustración puede verse en las leyes para “vagos y mal entretenidos”, ya que estos afectaban el ingreso al “progreso” de la Argentina como país agroexportador en la división internacional del trabajo.

Praxis, emancipación e intervención en lo social: el caso del trabajo social

Quedan algunas preguntas para formular. ¿Por qué una profesión, disciplina o técnica se atribuye a sí misma la

necesidad de que su intervención sea transformadora de la realidad? ¿No existirán en la intervención algunos retazos “emancipadores” heredados de la filantropía (como uno de los pilares fundacionales del trabajo social)? ¿Es posible pensar esas expresiones desde los orígenes ilustrados de las disciplinas en el marco de la modernidad, como otro eje constitutivo? ¿Cuál es la idea de praxis-transformación que atraviesa el trabajo social desde su intervención? ¿Cuántos aspectos del pensamiento de Talcott Parsons, como expresión de un desarrollismo que se considera superado, existen hoy en la intervención? ¿Qué se entromete en la filigrana de la transformación? ¿No será preciso revisar aquellas construcciones discursivas donde el asistente social era considerado el agente de cambio?

¿Cómo se expresan esos postulados, tan repetidos dentro de este campo en tanto praxis-transformación, en la práctica (intervención en lo social)? ¿No será que desde la perspectiva de la transformación individual, más que desde las transformaciones colectivas, se logró conformar a nuevos sujetos de conocimiento que sí serán transformados en relación con una funcionalidad acorde con la racionalidad occidental?

¿No es posible pensar que el proyecto de la modernidad, en tanto emancipación, generó más ataduras que libertades, tal vez por su inevitable e intrincada relación con el capitalismo? De ser esto cierto, la fórmula se invierte de manera dramática: la praxis, práctica, intervención, tendría una finalidad más relacionada con el resguardo del orden establecido que con la transformación de la realidad.

En otras palabras, los últimos doscientos años fueron sin duda años de transformaciones y parte de los resultados están a la vista. Hoy vivimos uno de los momentos tal vez más injustos de la historia universal. La realidad fue evidentemente transformada por los vencedores de una serie de contiendas, quienes se encargaron de manera sistemática de desintegrar sociedades e identidades. Quizás

lo más valioso sea justamente la resistencia a ese poder que construyó la sociedad injusta en que vivimos. En América, transformación y emancipación es posible que sean sinónimo de resistencia, de lucha por recuperar una integración perdida.

Modernidad: intervención y movimiento

En el campo de las ciencias, el desarrollo y la importancia de la nueva física a partir de Isaac Newton –para quien el movimiento es un tema central– da sustento a un nuevo caudal de conceptos y visiones que traen aparejados fuertes cambios y transformaciones. Esta concepción de la ciencia se opone a la visión medieval, según la cual la idea de cambio –influida por los postulados de Aristóteles– era sinónimo de corrupción. Por el contrario, el nuevo paradigma estipula que lo “por venir” es lo mejor, solo por estar adelante en la secuencia cronológica del tiempo.

A su vez, la noción de salvación se relaciona más con este mundo que con la promesa de un paraíso después de la muerte. Se produce, de esta forma, la separación entre Estado e Iglesia. En definitiva, la modernidad es el reino de la razón, y la historia es vista como una historia de la razón, en especial en el período de la Ilustración.

La razón será matemática, cuantificada, instrumental, eficaz, y las ciencias responderán a la necesidad de explicar la realidad mediante leyes, especialmente a través de relaciones causales necesarias. La razón, de esta forma, transforma los métodos de investigación en predictivos.

La razón moderna sustentará la idea de un “hombre” que se autolegista, ya desprendido de los dioses: él será el responsable de amalgamar aquello que el estado natural o la pérdida del pasado (con su connotación negativa) separaron.

En términos de intervención, durante la Ilustración comienza la aplicación de políticas públicas vinculadas a los nuevos temas sociales. En otras palabras, las formas pre-

dictivas del conocimiento permiten saber cómo enfrentar una serie de “nuevas cuestiones” tales como enfermedades, hambrunas, etcétera, que ya no pueden ser atribuidas al castigo divino. Finalmente, a partir de estos nuevos reordenamientos, los fines quedarán a cargo de la filosofía, completando así el marco de la modernidad naciente.

A su vez, el sujeto es concebido a partir de la noción de individuo, portador de las ideas de libertad, transformación y autolegislación, lo cual conduce especialmente a la objetivación de las relaciones sociales. La noción moderna que indica que el sujeto es el centro de la historia implica, además y en forma casi inexorable, que el progreso es ascendente, indefinido, ilimitado, necesario y universal.

Por otra parte, la libertad es definida como la oposición a las ataduras y los vínculos con lo antiguo, con un pasado que el transcurrir del tiempo va dejando atrás en tanto genera nuevos cambios. La libertad también es patrimonio de la economía y se expresa en la esfera del mercado. Por último, el individuo libre pacta con los demás, lo que significa el surgimiento del contrato social.

Lo que queda afuera de esta construcción es campo de la barbarie, el atraso, etcétera: un “lugar” que debe ser “iluminado por la razón”, en una especie de beneficio mutuo, tanto para el “bárbaro” como para el resto de la sociedad o, en términos de horizontes más amplios, para la humanidad. Aquello que no pueda “iluminarse” se tornará invisible, oculto, e irrumpirá a veces como un fantasma en el medio de debates y pujas entre diferentes grupos de poder.

En este encuentro confuso de ideas, la intervención en lo social será un instrumento significativo, a veces sutil, otras más desembozado: por un lado, explicará la necesidad de iluminar y racionalizar a ese otro, y por otro, aplicará cada vez más nuevas modalidades, instrumentos y métodos de dominación.

Dentro de este marco se construye también la idea de sociedad, y comienzan a desarrollarse las teorías que la ex-

plican. Asimismo, surgen los dispositivos de intervención en lo social que construyen sus propios sujetos de conocimiento. Es decir, comienzan a difundirse las clasificaciones de lo "otro", que generan "diferentes" donde antes había "iguales".

La sociedad es una construcción moderna, tributaria de la idea del contrato social, pero con una fuerte y constante tensión en cuanto a su integración y sentido. Es decir, a partir de la modernidad, la secularización de la vida cotidiana hace que "los hombres" sean los responsables no solo de lo que ocurre en el contexto en el que viven sino fundamentalmente de unir, amalgamar, soldar aquello que antes integraban la religión y la tradición. De esta forma surge otro sentido para la intervención en lo social, tal vez el fundacional y más importante: *la resolución de la problemática de la integración.*

Crisis de la modernidad e intervención en lo social

Los escenarios o el contexto de intervención actuales están atravesados por la denominada crisis de la modernidad. Diferentes autores plantean distintas visiones de los acontecimientos que ocurrieron en los últimos años, que van desde explicitar que la modernidad es un proyecto inconcluso hasta anunciar su fin. En este trabajo no se trata de sostener o fundamentar una postura o la otra, sino de analizar el impacto de los acontecimientos ocurridos en el campo de lo social, especialmente en su relación con la intervención.

En este sentido, la connotación de la palabra "crisis" puede implicar una posibilidad de revisión. Si en la década de 1960 "crisis" era sinónimo de cambio, de transformación, en la actualidad se aproxima más a la idea de fin, de terminación de una etapa, pero con una marcada incertidumbre respecto del futuro. En otras palabras, el futuro

ya no implica un estadio superior o mejor por el solo hecho de estar más adelante en la secuencia cronológica del tiempo.

La noción de crisis como expresión de límite puede ubicarse a mediados de los años setenta, cuando una serie de acontecimientos precipitan lo que en poco tiempo serán fuertes cambios en la sociedad. Por un lado, la década de 1970 se caracteriza por transcurrir en una de las coyunturas de mayor tensión entre los bloques comunista y capitalista, especialmente a partir de la carrera espacial y armamentista, la guerra de Vietnam y un sinnúmero de conflictos latentes entre ambos bloques. La posibilidad de un holocausto nuclear estaba cerca y la historia de la humanidad, cada vez más desprovista del optimismo de la Ilustración, podía terminar. A su vez, la crisis del petróleo de 1973 demostró a Occidente que por primera vez en la historia los recursos naturales podían tener un límite político. Otro dato significativo se relaciona con la naciente ecología: la preocupación por las transformaciones en el medio ambiente surgió simplemente a partir de las cada vez mayores evidencias de cambios sin retorno, sobre todo como consecuencia del estudio del impacto ambiental de la industrialización. En otras palabras, los niveles de contaminación comienzan a despertar preocupación y aparece en el horizonte la posibilidad de un "holocausto ecológico".

Estas cuestiones, sumadas a otras estrechamente ligadas a la vida cotidiana, marcan un cambio rotundo con respecto a la visión de futuro: ya no basta con estar más adelante en la secuencia cronológica para acceder a un mundo mejor. En poco tiempo, desde el campo de la economía se promociona la vuelta al liberalismo y se abandona el modelo keynesiano, fundamentado especialmente en el pleno empleo, el consumo interno y la producción.

Por último, un Estado de bienestar con dificultades para atender los problemas sociales y cuestionado des-

de diferentes perspectivas comienza a ser desmantelado, lo cual genera una nueva sombra de incertidumbre. Se lo presenta como obsoleto, ineficaz y coercitivo, bajo la promesa de que su desaparición, o su achicamiento, y una mayor "libertad de mercado" traerán nuevos niveles de equidad y libertad.

Todos estos cambios impactan rápidamente en la vida cotidiana y generan expresiones de todo tipo: en la estética cinematográfica, los escenarios futuristas son oscuros, como producto de la "nube de polvo de la guerra nuclear o como consecuencia de la contaminación"; en la música surge el fenómeno *punk*; en la arquitectura, el *loft* propone reciclar lo viejo o construir viviendas para una sola persona sobre lo que queda de las fábricas y los galpones vacíos.

En definitiva, la "visión del mundo" sufre una serie de cambios que se mantienen en parte en la actualidad. A la inversa de lo que ocurre en la modernidad, futuro es sinónimo de incertidumbre e imprevisibilidad. Es tal vez en este aspecto donde el presente se entrecruza con la intervención en lo social, sobre todo en relación con la implicancia de estos acontecimientos en la vida cotidiana.

En el caso de América latina, durante la década de 1980, las consecuencias de los cambios descritos se harán patentes: baja el valor de las exportaciones típicas, disminuye la necesidad de materias primas por parte de los países centrales, se incrementan las deudas externas, todo lo cual provoca un fuerte aumento de las desigualdades y una pérdida de presencia en el mundo en términos de relevancia política, en especial a partir de la acumulación de poder económico, tecnológico y militar de los países industrializados y los Estados Unidos.

Finalmente, los cambios ocurridos en los últimos años plantean una serie de problemas que sería conveniente mencionar. En principio, la caída del Estado de bienestar agrega más incertidumbre; el achicamiento de las políticas públicas no permite visualizar qué posibilidades existen en

el futuro o en el propio presente de cubrir los ámbitos que aquel atendía.

En América latina, y en particular en la Argentina, el Estado actuó como constructor de la sociedad. Ante su achicamiento, la crisis no solo se presenta desde una perspectiva material sino también simbólica, dado el importante papel que el Estado había desempeñado en la constitución de la identidad nacional.

El incremento del desempleo revela un descrédito similar al del Estado: más allá de la tasa de desempleo, que por cierto es alta en la Argentina, el trabajo pierde también su sentido histórico, especialmente como espacio de socialización y construcción de identidades. La aplicación de políticas neoliberales también implica un fuerte golpe a la subjetividad, dado que la lógica del mercado atraviesa a casi toda la sociedad, transformando en competitivo lo que poco antes era cooperativo o colectivo. Además, en estos años se instaló en el mundo una nueva forma de distribución de la riqueza mucho menos equitativa. No se tienen datos de la existencia de distribuciones del ingreso tan injustas en el pasado como las que se viven hoy.

Así se generaron y se siguen generando más y mayores espacios de exclusión social. El crecimiento de la exclusión no solo impacta en los denominados "excluidos" sino también en el resto de la sociedad, ya que quienes se encuentran en el lugar de la inclusión no pueden estar seguros de mantenerse allí. Esta tensión entre inclusión y exclusión se manifiesta en el mundo del trabajo y en la vida cotidiana, expresándose en forma de incertidumbre y también, desde el punto de vista del beneficio del capital, de funcionalidad. Porque, en definitiva, la amenaza de exclusión beneficia en forma relevante a la tasa de ganancias del capital respecto del trabajo y en lo cotidiano "alecciona" y "disciplina" la fuerza de trabajo.

Por otra parte, las situaciones de "caída" se multiplican en espacios sociales que anteriormente gozaban de cierta

seguridad y proyección dentro de la sociedad, sobre todo en términos de promoción social o de mantenimiento de un lugar dentro de esta. Así han surgido nuevas categorizaciones que van desde la precariedad hasta la exclusión, pasando por la vulnerabilidad.

Una posible vía de entrada a este tema es el fenómeno del empleo. Por ejemplo, la resignificación de la palabra "trabajo" en la actualidad y su relación más cercana con la supervivencia y con la incertidumbre que con la proyección hacia el futuro. El trabajo, en tanto construcción de lo cotidiano, cambia de sentido, a la vez que se transforman también las formas asociativas que lo rodean. En la actualidad, por ejemplo, se tiende más a mejorar el ingreso a través de la producción y el presentismo que desde formas organizativas o colectivas. Estas circunstancias marcan significativos procesos de individualización. El empleo había servido como factor de estructuración de la cotidianidad, en espacio y tiempo, a través de la constitución de formas asociativas en muchos casos con impacto en la comunidad, especialmente en los denominados "barrios obreros". Hoy, esa vida cotidiana se encuentra alterada dentro de la variable tiempo, porque el mismo ya no se organiza en función de la producción al estilo del modelo keynesiano de la economía.

Otra vía de entrada remite a la fragmentación de la sociedad. Una de las formas actuales de padecimiento se relaciona con la incertidumbre que se suma a la sensación de falta de pertenencia a un todo (social). La crisis trajo como consecuencia la pérdida de espacios de socialización y la crisis de sentido de muchos de ellos (por ejemplo, la escuela); la expresión más clara de ello es fundamentalmente la ruptura de lazos sociales, la conformación de relaciones sociales efímeras y de espacios de encuentro y sociabilidad novedosos que plantean interrogantes y quizás nuevas posibilidades para la intervención en lo social.

En definitiva, la demanda hacia la intervención en lo social en la actualidad pasa por una serie de viejas y nuevas

cuestiones que la vuelven a vincular a la “problemática de la integración”. El fin del siglo XIX y los últimos años del siglo XX tienen una serie de puntos en común: la pérdida de imágenes totalizadoras, la fragmentación de la sociedad y la crisis del liberalismo. La obra de ciertos pensadores de fines del siglo XIX, como Max Weber y Émile Durkheim, denuncia su preocupación por estos problemas. Lo mismo ocurre con la tradición socialista de las ciencias sociales, en especial con la obra de Antonio Gramsci, y, en el caso del psicoanálisis, con la noción de *malestar en la cultura* que desarrolla Sigmund Freud.

Por otra parte, algunos autores mencionan la dificultad de acceso a lo social: este campo se ha tornado “opaco” (Fitoussi), con una serie de implicancias que muestran grandes cambios, en principio en relación con la desigualdad. También cambian las formas de diferenciación. Las diferencias dejaron de ser estables, es decir, nadie tiene garantizada su permanencia indefinida en un lugar dentro de la sociedad.

Al mismo tiempo, existe una gran dificultad para decodificar los actos de la vida cotidiana, especialmente al presentarse un mundo cambiante en forma veloz y efímero en una gran cantidad de aspectos. Así, la sensación de incertidumbre se aproxima a la de pérdida de pertenencia y de identidad. Y por eso la transmisión de pautas y codificaciones de generación en generación se vuelve, por cierto, muy ardua. Esta conjunción de dificultades se acrecienta en tanto la “estabilidad” de las diferenciaciones —en particular a partir de situaciones de caída—, sumada a lo expuesto anteriormente, genera una pérdida de la homogeneidad de las poblaciones donde clásicamente se aplican acciones desde la esfera del Estado y se interviene.

Por otro lado, es posible que estas rupturas de la estabilidad impliquen la presencia de cierto debilitamiento de códigos y normas, que se suma a la crisis de legitimidad y de representación. De ahí que los códigos sean efímeros y acotados en determinados grupos sociales. Estas circuns-

tancias marcarían cierta reducción de los espacios sociales, en especial de aquellos que generan intercambios y reciprocidades, en definitiva, lugares constructores de socialización e identidad.

Este escenario es un gran generador de inseguridad en una enorme gama de aspectos que termina produciendo sensación de no pertenencia a un lugar, una cultura, etcétera. Y, por otro lado, genera la aparición de nuevos modos de construcción de la identidad en forma efímera, desde pequeños contextos que requieren de un “otro” –ahora connotado negativamente– que permita reafirmar identidades. Esta época se caracteriza por la coexistencia –si se quiere, contradictoria– de la aceptación de ciertas formas de lo diferente con una fuerte discriminación, especialmente hacia los extraños, los extranjeros, etcétera, o simplemente hacia los desposeídos que deambulan por las ciudades llevando, de algún modo, un mensaje de alerta que incomoda a los incluidos porque, tal vez, les sugiere que es posible estar de “ese” lado.

La relación entre la denominada globalización y la vida cotidiana trae como consecuencia una serie de nuevos problemas que se transforman en interrogantes para la intervención. Pero, en definitiva, la globalización vuelve homogéneo al sector del capital y cada vez más heterogénea y extraña a la sociedad, la cual se expresa en más y nuevas fragmentaciones.

Los medios de comunicación afectan diferentes aspectos de la vida cotidiana. Por un lado, la existencia de distintas agendas mediáticas implica que se ordenan de alguna forma los temas de discusión y conversación que se tratarán en un determinado espacio de tiempo. Los medios muestran una especie de “desocialización” en el marco de una sociedad que paulatinamente se fue privatizando e individualizando en los últimos veinte años.

Las privatizaciones no son solo hechos económicos, también se ubican con fuerza en la esfera de lo cultural;

van más allá de la entrega de empresas del Estado al sector privado y trascienden la vida cotidiana. Un ejemplo de la desocialización y de la intromisión de lo público en la esfera de lo privado podría verse en los *reality shows*, donde cada persona frente al televisor presencia el espectáculo de sus propios padecimientos e incertidumbres.

Pareciera que estos fenómenos de cambio implican la aparición de nuevas formas de malestar. Algunos autores (Fitoussi, Rosanvallon) los plantean mediante el término "malestar identitario".

Por último, el surgimiento de nuevas formas de disciplinamiento dentro de la sociedad, vinculadas especialmente a la lógica del mercado, hacen que muchos dispositivos clásicos de la intervención dejen de ser funcionales a la sociedad actual. Algunos autores, entre ellos Gilles Deleuze, plantean que se está operando un pasaje de la sociedad disciplinada a las sociedades de control, donde el *marketing* se presenta como un nuevo instrumento de control social. Ya no sería necesaria la aplicación de la disciplina desde "afuera" sino que este nuevo modelo de sociedad implica esencialmente "autodisciplina". Este pasaje puede observarse en las nuevas formas de relación que se instauran en la esfera del trabajo. Pero, además, en estas formas de la autodisciplina persiste la necesidad de "pertenecer" a nuevas formas constructivas de la identidad, que en el caso de los jóvenes y en otros grupos sociales se relaciona con sus pautas de consumo. De este modo se generan modos novedosos de relación con los objetos, y estos adquieren un fuerte valor simbólico, transformándose en "previsibles" y menos inciertos.

El impacto de la crisis en la esfera del Estado-nación

En la esfera del Estado-nación, la expresión de la crisis se observa en la credibilidad del Estado en tanto instan-

cia de representación y legitimidad. La pérdida de estos atributos, otrora constitutivos del Estado, muestra dificultades en lo que atañe especialmente a las instituciones que intervienen en lo social. El mercado "compite" con la democracia, y de alguna forma la pone en jaque, limitando la noción de ciudadanía.

El mercado no garantiza la igualdad, entonces surgen restricciones en la ciudadanía, y el acceso a los recursos básicos de bienestar que antes eran provistos por el Estado, o mínimamente asegurados por este, dependerá de la inserción de cada persona en el mercado. Inserción que se presenta en general plagada de incertidumbre. Así, la salud, la educación y la vivienda se mercantilizan y pierden el sentido social que antes les prodigaba el Estado-nación, situación que se naturaliza en este nuevo lugar. La omnipresencia del mercado en detrimento del Estado termina, de alguna manera, deslegitimando la democracia y las instituciones típicas del Estado de bienestar que aún hoy se mantienen.

Por otra parte, la constitución de los Estados nacionales implicó, durante el surgimiento de la modernidad en América, una forma de descolonización. Así, independencia era sinónimo de libertad. Pero los procesos de independencia africanos, por ejemplo, demostraron en las últimas décadas que, al mantenerse los soportes de la colonización, la independencia no necesariamente es sinónimo de libertad y bienestar.

En la década de 1980, en América latina y otros países del mundo se inició una etapa de democratización. En principio, el Estado cumplió el papel de garante de esa transición. Cumplida esta etapa, y al perder el Estado gran parte de sus atribuciones de intervención en lo social, pierde también su legitimidad por haberse transformado—más que en un mediador— en un escenario donde distintos grupos de poder económico puján entre sí en el seno de la sociedad, a la vez que intenta garantizar reglas de

juego que lo superan y que se relacionan con los aspectos macroeconómicos.

Algunos autores, como Ghéhenno, plantean una nueva serie de inconvenientes de los Estados-nación vinculados a la planetarización de la agenda mundial y los efectos económicos de la globalización. De esta forma, se resignifican cuestiones elementales de los Estados-nación, como las nociones de territorio, soberanía, fronteras, crecimiento demográfico, "valor" de los habitantes del territorio. Pareciera que en la actualidad no importa tanto la cuestión del territorio sino el acceso a las redes de comunicación o a las formas de producción rentables que trasvasan las fronteras de los Estados y que responden a la lógica del costo y el beneficio, facilitando el desarrollo de grandes empresas que son incluso más poderosas, en muchos casos, que los propios Estados-nación.

Estas transformaciones, vistas desde la esfera del Estado, implican un fuerte impacto en sus instituciones sanitarias, educativas, judiciales, etcétera, las cuales se manejan aparentemente con una lógica más vinculada a las formas de producción del keynesianismo, organizando aparatos burocráticos que muchas veces son percibidos como carentes de "sentido", tanto por los sujetos de la intervención en lo social como por aquellos que la llevan adelante. Como consecuencia, aparecen las organizaciones de la sociedad civil, que se presentan como nuevas mediadoras y desde donde surgen formas de intervención novedosas. De todas formas, las posibilidades de sustentabilidad de estas organizaciones son bastante complejas y en muchos casos sobreviven gracias a subsidios del Estado que, finalmente, terminan transformándose en deuda externa.

A su vez, la aparición de nuevas problemáticas sociales, como la violencia urbana, la drogadicción, los delitos ecológicos, las infecciones por VIH, entre muchas otras, ocasionan a las instituciones crecientes dificultades para

dar respuesta debido, en parte, a la insuficiencia de recursos. A estas cuestiones podría agregarse también que, en este escenario, los problemas clásicos que se presentaban a las instituciones y otros dispositivos para la intervención son percibidos como nuevos aunque sean antiguos. Así, por ejemplo, el alcoholismo, la violencia familiar o la tuberculosis demuestran la necesidad de nuevas formas de intervención diferentes de las de antaño.

El discurso político se torna homogéneo, la política pareciera transformarse más en una cuestión de imagen o de agenda mediática que en ideales o en diferentes modos de interpretación y comprensión de los problemas de la sociedad, asociados a los grandes relatos explicativos. Tal vez de ahí surja el cuidado en los discursos, la voluntad de no confrontación, la aparición del pragmatismo como virtud, etcétera. Gobernar equivale a "gestionar" y se privilegia la eficiencia, sin que se determinen con claridad las metas que se pretenden alcanzar, más allá de las económicas o gerenciales. La propaganda electoral se transforma en publicidad y búsqueda de formas de comunicación que respondan a las demandas de la agenda y el curso de las encuestas.

Estas nuevas modalidades de la política impactan en forma relevante en la representación y legitimación de los Estados-nación.

Por último, si presentáramos una reseña sucinta de la democracia en la Argentina, deberíamos señalar, en primer lugar, que la generación del '80 implicó la aparición de una "democracia" de notables, donde sobresalían los sectores terratenientes del país; luego se pasó a una democracia de partidos, interrumpida infinidad de veces por sucesivos golpes de Estado, y en los últimos años nos encontramos con la actual democracia de opinión, en la cual lo mediático desempeña un papel fundamental.

Algunas consideraciones generales sobre la intervención en lo social hoy

Una posible vía de entrada a la situación actual de la intervención en lo social puede contemplar “los escenarios de la intervención”. La palabra “escenario” implica ciertas tendencias y cambios conceptuales dentro de las ciencias sociales, que pueden ser útiles en la medida en que sea posible una apropiación de ellos para la intervención en lo social. En otras palabras, la noción de escenario remite a algo particular: es cambiante y también puede mudar dentro de una misma trama, es decir, dentro de un mismo guión; de este modo, la intervención en lo social se transforma en una herramienta de trabajo, en tanto pueda definir una secuencia de acciones, pero especialmente un horizonte. Ahora bien, cada visión de la intervención en lo social conlleva una serie de interrogantes y de nuevos aportes.

Dentro de un escenario hay actores que ejecutan los papeles según el guión, pero que tienen cierto (nuevo) protagonismo y una posibilidad de cambiar la trama que generalmente es producto de la interacción entre actor, papel y escenario. En este aspecto, la visión del “otro” plantea la necesidad de nuevos acercamientos donde la palabra de este, su cotidianidad y su historicidad sugieren caminos posibles en la dirección de la intervención en lo social.

Dicha intervención, observada desde una perspectiva teatral, y en especial desde el teatro isabelino, nos permite descubrir que el actor se ha transformado en una figura importante, ya que de su desenvolvimiento –y no solo del guión– van a surgir la trama y el desenlace de la obra. No ocurría lo mismo en la tragedia griega, donde “las cartas estaban tiradas desde el principio” y el papel de los actores no era más que una función o rol preestablecido que signaba la obra en la medida en que era aplicado, desple-

gando, en definitiva, lo que ya se prenunciaba en el Primer Acto: los hombres, en tanto actores, son aquí solo "juguetes de los dioses".

La utilización de la noción de "escenario" implica también cierto reconocimiento de la heterogeneidad de lo social, ya que lo que antes se consideraba homogéneo, en cuanto "escenario" previsible donde se suponía que se expresaba lo social, era caracterizado mediante el establecimiento de relaciones causales y una fuerte tendencia a construir enunciados generales. En otras palabras, el actor era un "beneficiario", su papel era su "rol" y el guión representaba la normatividad de la sociedad, de acuerdo con la concepción occidental y hegemónica de "normal y patológico". El escenario era su mundo social, no su contexto; un mundo social construido según variables, tasas e indicadores que empíricamente signaban comportamientos.

Tal vez las formas de sociabilidad eran vistas solo desde esta concepción. Es decir, la sociabilidad, en tanto relación social, lazo social, intercambio o reciprocidad, tenía, antes de la emergencia de las nociones de escenarios, actores, papeles, una dirección unívoca o universal. Planteado de otro modo: las relaciones sociales eran entendidas a partir de parámetros universalmente establecidos como normales o patológicos desde diferentes teorías sociales o visiones recortadas de estas, que determinaban en definitiva quiénes estaban en condiciones de integrar el sistema y quiénes debían ser adaptados para ingresar a él.

Actualmente existen tendencias dentro del campo del trabajo social y de otras disciplinas que intentan comprender y explicar el escenario de la intervención desde la perspectiva del actor, su presentación, su vida cotidiana, pero que atienden especialmente al modo como estos fueron contruidos a partir de los papeles que se les asignaron desde la familia, las instituciones o la sociedad.

La cuestión de la "construcción" de la subjetividad remite a una serie de discusiones que se remontan a princi-

pios de los años sesenta, cuando comienza a cuestionarse que el lenguaje sea un medio, una instancia que se interpone entre la realidad y el yo, para considerarlo capaz de construir tanto el yo como la realidad.

Aceptar estas hipótesis implica renunciar a los enunciados generales, pero fundamentalmente supone una necesidad de acceso a la singularidad, no solo del actor, sino también del papel y del escenario. Es por eso que algunos autores llaman a estas cuestiones, cuando se relacionan con la comunidad, el "estudio local". Pero, también en concordancia con el concepto de *construcción de problemas sociales*, para algunos autores, como Remi Lenoir, este tema designa el nuevo objeto de estudio de la sociología y además las dificultades que encuentra un investigador frente a su objeto de estudio. Asimismo, Murray Edelman, en su libro *La construcción del espectáculo político*, pone el acento en aquello que se construye como problema social, especialmente desde el punto de vista discursivo. Por último, Guillermo O'Donnell ubica la construcción de problemas sociales dentro de la agenda pública.

Por otra parte, el acceso a la singularidad implica en principio un giro significativo para la intervención: ya no interesaría solo lo que "sobresale" sino cómo se construye aquello que emerge en una entrevista, en una asamblea, en un trabajo grupal, comunitario, etcétera. Pero esa mirada sobre lo que emerge exige dejar de describir lo social para intentar analizarlo e interpretarlo, no solo desde una perspectiva "general de lo local", sino desde su relación con la intervención en lo social, en la medida en que esta construye y desconstruye la visión que la sociedad tiene de los problemas sociales mientras actúa sobre ellos.

Volviendo a la cuestión de los escenarios, es posible acordar que en ellos podemos encontrar inscripciones singulares cuyo conocimiento puede trocar inevitablemente una mirada descriptiva por una interpretativa. En otras palabras: permite alcanzar una concepción de lo social y,

específicamente dentro del trabajo social, una visión de la cuestión social como algo construido a través de representaciones, símbolos, signos, etcétera, visión que en definitiva intenta comprender y explicar los padecimientos de los sujetos que recurren a los servicios sociales, y desde allí darle dirección a la intervención.

Desde una perspectiva, si se quiere, epistemológica, estos cambios implican dejar de lado los enunciados generales al estilo de las ciencias naturales. Como plantea C. Geertz:

[Lo social] no se expresa mediante leyes como la de Boyle, o en fuerzas como las de Volta, o a través de mecanismos como el de Darwin, sino por medio de construcciones como las de Burckhard, Weber o Freud; análisis sistemáticos del mundo conceptual en que viven los *condottiere*, los calvinistas o los paranoicos (Geertz, 1983).

En definitiva, dentro de la intervención en lo social se pueden plantear dos tipos de horizontes: aquel que se vincula al sostenimiento de la construcción contractual de la sociedad, y aquel asociado a la construcción de la sociedad desde las relaciones, los vínculos y los lazos sociales.

Según la primera opción, es posible que la intervención se vincule al disciplinamiento a partir de una agenda temática preconcebida que pone en escena una serie de problemas sociales. En este caso, a lo largo de la historia se depositó y orientó enérgicamente la mirada hacia las cuestiones que podían “potencialmente” atentar contra la integración social desde una perspectiva normativa. De este modo, la dirección de la intervención se “ata” a una agenda temática en general relacionada con los intereses de los sectores sociales dominantes de determinada sociedad. En el caso de la Argentina de principios del siglo XX, gran parte de los dispositivos de la intervención en lo social se relacionaron con la búsqueda de una cohesión que intentaba disciplinar a los sectores inmigrantes y a las poblaciones desposeí-

das que no cumplían con los ideales del modelo de país que proponía la denominada generación del '80. En otras palabras, la preocupación de la intervención consistía en eliminar del horizonte la amenaza de la anomia social. De ahí la aplicación de modalidades normativas de intervención que se transformaron rápidamente en mecanismos de exclusión y disciplinamiento para grupos sociales predefinidos.

En la segunda perspectiva se plantea que lo social —en tanto cuestión social— se construye en forma discursiva y extradiscursiva, lo cual produce como resultado imaginarios sociales. En consecuencia, la intervención necesita acceder a los espacios microsociales donde se construye la cotidianidad de los sujetos sobre los cuales interviene. Esta mirada necesaria a la vida cotidiana presupone, en principio, que lo social se organiza en términos de símbolos cargados de significados, que la identidad de los sujetos se construye en ámbitos de intercambio y reciprocidad, y que lo social se explica desde lo singular. De esta forma, el acceso a lo macrosocial se construye desde ese “otro” que se transforma en protagonista y no en un objeto de la intervención. A su vez, si la organización de la vida social es entendida en términos simbólicos, el análisis y la intervención en lo social se orientan hacia la búsqueda de significados (acontecimientos, imágenes, expresiones, acciones, etcétera). En definitiva, los significados están inscriptos, se podría decir, en un texto que es necesario descifrar, y desde el cual el barrio, la vivienda y las instituciones pueden ser leídos.

Fragmentación, exclusión y ciudadanía: nuevos interrogantes para la intervención en lo social

El estallido de lo social

Desde fines del siglo XIX, el Estado se presentó ante la sociedad como un gran instrumento de reparación y cohesión social. En este marco comienzan a desarrollarse dispositivos de intervención que apuntan a la contribución del actor, en tanto sujeto, individuo o ciudadano, al funcionamiento del "todo social". Desde esta perspectiva, el Estado se constituyó como un fuerte constructor, o por lo menos sostenedor, de identidades de diferentes grupos sociales y comunitarios. Distintos autores sitúan el surgimiento de las ciencias sociales y en especial de la sociología en esta etapa, justamente a partir de la "búsqueda del lazo social perdido"; de ahí que planteen que la aparición de la sociología denuncia la falta de su objeto, es decir, el lazo social y, en definitiva, la sociedad. En los países latinoamericanos, el Estado es el constructor de la nación; en otras palabras, la nación lo precede y genera también una manera de cohesión que convivirá con el Estado, a veces en forma armónica, otras en un marco de conflicto y contradicción.

Según Max Weber, la pérdida del lazo social se debe a la racionalización de la vida social, originada en las *grandes profecías racionales* que habrían roto el "encanto mágico del

mundo”, creando el fundamento y las bases de la ciencia moderna, la técnica y el capitalismo (Weber, 1904). Weber desarrolla a su vez la noción de *desencanto* como efecto de los procesos de modernización, marcando algunas cuestiones que pueden ser útiles para pensar la intervención en lo social: desde esa perspectiva, la propia modernización de la sociedad hace que aparezcan las “jaulas de hierro”, que no son más que el anuncio de un lazo social que va a perderse.

La solución a esta falta de lazos sociales emergió en parte del Estado, quien se constituyó y se presentó especialmente como un reparador de estas ausencias en el marco del capitalismo. De esta forma se ratificó la dirección que la intervención en lo social había definido años antes, es decir, garantizar la cohesión social que ya no alcanzaba a ser mantenida por el contrato social.

En el caso del Estado de bienestar, también existe una significación singular en América latina, ya que este se transformó en un importante motor de la economía. En la actualidad, la “caída” del Estado, en tanto constructor y reparador de lo social, implica una serie de consecuencias.

La primera de ellas se relaciona con la identidad. El Estado se constituyó como un fuerte constructor de identidades mediante diferentes formas de intervención. Desde las empresas estatales, por ejemplo, se otorgaba, si se quiere, un sentido diferente al trabajo, ya que este asumía como propio el atributo de sostenimiento del “todo social”. En la Argentina, al igual que en otros países de América latina, un trabajador de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), empresa fundada por el Estado y actualmente privatizada, o de Ferrocarriles Argentinos, no era solo un trabajador sino que su actividad se relacionaba con el destino de la nación, de modo que la inserción laboral servía a un propósito por lo menos doble: asegurar la supervivencia y contribuir a un proyecto nacional.

Las medidas del Estado de bienestar implicaron una enorme expansión de lo público, generando identidades en diferentes modalidades institucionales, especialmente

la educativa. También podría agregarse la cuestión de la vivienda social. Los planes de viviendas estatales permitirían que un cierto grupo de personas habitara en un lugar definido; es decir, desde el Estado se conformaron, por lo menos a partir del acceso a la vivienda, nuevas formas de sociabilidad que implicaron modalidades novedosas de construcción de la identidad.

A su vez, aparecieron formas constitutivas de la identidad generadas y/o sostenidas desde el propio Estado. Otras surgieron como forma de mediación entre el capital y el trabajo. Los sindicatos, por ejemplo, generaron, además de las modalidades de mediación gremial, nuevas formas de sociabilidad como los barrios obreros, el turismo social, etcétera. Paralelamente, la intervención del Estado en la economía, además de una mejor distribución de la riqueza y una considerable disminución de las desigualdades, generó, por ejemplo, mediante el apoyo a las industrias locales, formas de construcción de lazos y redes sociales que iban más allá del lugar de trabajo. Otro dato, que surge como consecuencia de lo expuesto, se relaciona con la sindicalización creciente en algunos países, lo cual significó un elemento más de sociabilidad e integración en tanto constitución de identidades.

En términos de "calidad de vida", principalmente a partir del "pleno empleo" —hay que tener en cuenta que en la Argentina el empleo representa el principal acceso a los derechos sociales—, el Estado de bienestar también fue significativamente redistributivo, además de ser el único "freno" que tuvo el capitalismo para sus tasas de ganancias. De allí que algunos autores, cuando se refieren al Estado de bienestar y a su apogeo, hablan de los "treinta gloriosos años" en los que fue posible articular un modo de regulación con un régimen de acumulación.

A partir de los años setenta los indicadores económicos comienzan a marcar el inicio de una nueva etapa y el ingreso a una severa crisis económica donde, en términos generales, se conjugan las dificultades del "fordismo" con una disminución en el crecimiento de la tasa de ganan-

cia. Esta crisis incipiente desempolvará las viejas recetas liberales que habían sido opacadas por la crisis de los años treinta, recetas que volverán a aplicarse, ahora presentadas en un nuevo formato denominado “neoliberalismo”, que resultó más cruel y salvaje que el que lo precediera.

A partir de la irrupción del neoliberalismo y el “achicamiento” de los Estados-nación, muchas de estas formas de construcción de identidad comienzan a entrar en crisis. Así, por ejemplo, los trabajadores que compartían en la fábrica gran parte de la vida cotidiana, y tal vez el barrio o el sindicato, hoy comparten el cierre de la fuente de trabajo y la salida a un mercado laboral donde posiblemente no encuentren lugar, situación que además los obliga a competir por su subsistencia. De este modo, la identidad constituida del trabajador, que en muchos casos atravesó diferentes generaciones, hoy se encuentra en crisis, en un proceso de desintegración, modalidad que implica padecimiento tanto para aquel que ya quedó afuera como para el que todavía está dentro, debido a que la irrupción del mercado en la vida cotidiana transforma en altamente competitivos los espacios de trabajo: donde antes había cooperación hoy existe la puja por mejorar o mantenerse en el puesto de trabajo, fuertemente presionados por la incertidumbre del afuera.

En consecuencia, junto con el Estado de bienestar desapareció también uno de los dispositivos más relevantes para disminuir la incertidumbre en la sociedad.

Al mismo tiempo, los Estados-nación tienen grandes dificultades para cumplir con sus mandatos fundacionales, lo que implica un aumento de la crisis de legitimidad de estos y de sus instituciones, y una creciente dificultad en la representación de quienes las dirigen.

A comienzos de los noventa se termina de producir la reconversión del sistema productivo de posguerra y se cruza un umbral a partir del cual no hay vuelta atrás. Se derrumba el Estado de bienestar y junto con él las grandes redes sociales de apoyo (Boisier, 1992).

De esta forma, si bien cambia el sentido del Estado-nación, sobreviven las demandas dirigidas a él. Y estas cuestiones atraviesan en forma significativa las instituciones desde donde se interviene en lo social, porque el Estado ya no está en condiciones de cumplir con los enunciados generales que estipulaban sus "funciones constitucionales". El papel del Estado, entonces, queda reducido al terreno fiscal, a la promoción de los equilibrios macroeconómicos y a la apertura y competitividad de la economía (García Delgado, 1994).

Si para el Tercer Mundo el siglo XIX significó la construcción de los Estados-nación como símbolo de modernidad y descolonización, además de independencia, en la actualidad estos logros se encuentran limitados o, de hecho, fuertemente recortados en forma violenta, explícita u oculta. Más aún, los países africanos que lograron su independencia en el transcurso del siglo XX ingresaron de manera más rápida a formas de neocolonialismo, en cuyo marco la idea de independencia se desliga de alguna forma de la de bienestar.

Por otro lado, a partir de la década de 1980 la vuelta a la democracia, luego de largas y sangrientas dictaduras militares en América latina, se expresó en "democracias de mercado", que en la actualidad han acarreado fuertes desigualdades sociales, ya que la existencia de ciudadanos se relaciona con la inserción de las personas en el mercado, lo cual genera enormes desigualdades y, paradójicamente, "ciudadanías restringidas" que recuerdan los ideales del pensamiento doctrinario francés o a Benjamin Constant y el planteo de la necesidad del voto restringido o *censitare*; en definitiva, remiten a la génesis histórica de la desigualdad y a la reacción que esta generó: la Revolución Francesa y su declamación de la igualdad de los individuos en tanto ciudadanos.

Por otra parte, los Estados-nación del Tercer Mundo hoy se enfrentan con importantes dificultades de financiamiento debido al peso de su deuda externa, cuyo pago es tan improbable que pareciera más importante mantener

el endeudamiento que el pago en sí mismo, lo cual agrega nuevos condicionamientos a los Estados. Estas cuestiones, por supuesto, impactan en las diferentes esferas del Estado-nación. En términos de la intervención en lo social, complican el financiamiento, la elaboración y la gestión de las políticas sociales, pero se podría afirmar que la influencia más fuerte se observa en el plano de la distribución de la riqueza dentro de las sociedades periféricas, donde aumentan en forma preocupante los niveles de exclusión, vulnerabilidad y precariedad social. De este modo, la puja entre mercado y democracia se presenta como fenómeno preocupante, y como resultado pareciera que el mercado avanza sobre esta generando nuevas desigualdades.

Por otra parte, el Estado-nación también se enfrenta, en este escenario mundial actual, con la resignificación de la noción de territorio. En el contexto de la modernidad, el territorio se relacionaba con la organización económica del espacio. En otras palabras, custodiar el territorio implicaba contener las riquezas económicas que este poseía. Por otra parte, la cuestión de la circulación dentro de las ciudades merece una mirada aparte que será retomada en el capítulo próximo. Aquí adelantaremos que, por ejemplo, Martín-Barbero sostiene que la circulación en las ciudades está pensada para la circulación del capital y de los automóviles. A su vez, Francesco Tonucci plantea que la ciudad puede pensarse desde la perspectiva de los niños, ya que si una ciudad es accesible y habitable para ellos, lo será para todos.

La importancia de las nociones de *espacio* y de *territorio* se vincula a la revolución industrial y al modelo keynesiano de producción. En la actualidad, pareciera ser más importante el manejo de las redes de información y circulación del capital, que permiten que varios países concurren en la elaboración de un producto para que cada componente se produzca al menor costo.

Esto, sumado a la asociación de los Estados en bloques como el Nafta, el Mercosur o la Comunidad Económica Europea, instaura una tendencia a unificar las monedas,

pero, además, el desarrollo de políticas que se expresan en verdaderos recortes a la autonomía de los Estados.

En un automóvil, producto-símbolo de la industria de la primera mitad del siglo XX, las materias primas representan del 30 al 40% del valor. En un componente de la industria de informática, producto simbólico de nuestra era, apenas el 1% (Ghéhenno, 1995).

Este “nuevo” valor impuesto a las materias primas influye en forma significativa en los Estados-nación de los países periféricos, generando más inconvenientes, ahora en función de las posibilidades de entrada de divisas.

En definitiva, nuevamente esta crisis de los Estados-nación se expresa en parte en sus instituciones, en la pérdida de legitimidad, no solo de estas sino también de las disciplinas o prácticas que intervienen en ellas. Un ejemplo lo constituyen las instituciones en las que persisten viejas y antiguas lógicas de administración que entran en permanente conflicto con las demandas que llegan desde el “afuera” institucional, lo que aumenta el descreimiento en ellas. A su vez, entre los beneficiarios históricos se observan nuevos perfiles poblacionales relacionados con sectores medios empobrecidos y la demanda de los grupos excluidos de la sociedad en situaciones de extremo padecimiento.

Por otra parte, dentro de la esfera de instituciones clásicas como la familia, se reproduce el problema de la legitimidad y la representación como consecuencia de sus nuevas características.¹ En la actualidad, se observa una “vuelta” de las políticas del Estado (un “Estado activador”) hacia la esfera de la familia, pero desde una nueva concepción de esta, mucho más abierta y desligada de los ideales de la modernidad. La familia se presenta como un elemento de cohesión de la sociedad, y en este marco la

1. Véase el desarrollo de estos temas que propongo en mi artículo “Las políticas sociales en la esfera de la familia; crisis de legitimidad y representación” (Carballeda y otros, 2001).

intervención se orienta en forma diferente, ya que no iría a buscar “disfuncionalidades” sino más bien elementos que aporten al sostén de la familia, teniendo en cuenta sus nuevas características y su relación con el resto de la sociedad en tanto solidificación de lazos sociales. Schroeder, por su parte, destaca el papel de la comunidad:

La desintegración de las relaciones y los ámbitos sociales tradicionales que daban a los individuos la seguridad y los puntos de referencias necesarios hace surgir aspiraciones que la política social aún no logra satisfacer. La sociedad individualista no suprime la necesidad de seguridad e intimidad, sino que la acentúa. Hoy más que nunca las personas buscan refugio en su comunidad (Schroeder, 2001).

A su vez se visualiza cierta fragmentación comunitaria, es decir, barrios pobres y ricos conviven separados por barreras reales o virtuales, mientras intercambian miradas de desconfianza e incertidumbre. De este modo, se sustituye la idea de expansión por la de “retracción”, en el intento por cuidarse de un “otro” cuya diferencia en determinados momentos provoca distancia, inquietud y temor.

En el terreno de la política, la fragmentación de intereses trae como consecuencia un elemento de sospecha generalizada hacia esa actividad, que se suma a la desconfianza en cuanto al papel del Estado, que ya no puede cumplir con sus mandatos fundacionales. El avance del liberalismo se presenta como una “posibilidad”, en tanto propone los modelos regulatorios de la empresa, dejando al Estado sin posibilidades de mostrarse frente a la sociedad en términos publicitarios o de *marketing*, dado que en su “competencia” con la empresa este no puede posicionarse en forma diferente o favorable.

Por otra parte, la acción social se “privatiza”. Las empresas comienzan a intervenir en lo social, ya que esas intervenciones pueden significar un incremento en las ventas —una empresa que invierte en la acción social tiene en la actualidad una mejor presencia en la sociedad—. En otras

palabras, el horizonte de la cohesión de la sociedad abre paso al de la lógica del costo-beneficio, es decir, del mercado. La acción política desde el Estado pareciera adquirir la lógica de la empresa, pero la adscripción de esta nueva forma de racionalidad hace que el Estado nuevamente no pueda cumplir con el mandato recibido y entre en contradicción con sus aspectos fundacionales.

Surge, entonces, cierta homogeneidad en el discurso político: se vuelve celoso de la imagen, el pragmatismo se presenta como virtud, se hace hincapié en la eficiencia, etcétera. La propaganda electoral se transforma en publicidad. Así, el político "comunica", y la tarea de gobernar se reduce a "administrar". El gobierno pertenece ahora a los "técnicos", quienes también son visualizados en el espacio de la crisis de representación y legitimidad.

En fin, en el marco de la compleja relación entre Estado y mercado es posible observar la existencia de importantes cambios en las esferas del Estado y de la sociedad, así como también en la vinculación entre ambas. En la esfera de la política, el fin del siglo XX, al igual que el fin del siglo XIX, parecieran coincidir en una misma cuestión: la problemática de la integración.

Lo que sobresale en ambos contextos es la idea de pérdida de la totalidad que había sido construida alrededor del mercado como regulador de las relaciones sociales. Tampoco la política estaría resolviendo esta cuestión sino que, más bien, la estaría tornando más compleja. Por ejemplo, el predominio del costo-beneficio en el campo de la política transforma muchas veces la acción social como modalidad de intervención en un instrumento mezquino, generando, a través de prácticas de sometimiento, más fragmentación que integración social.

Coincidentemente, tanto en el Estado como en la sociedad la sensación es que esta "no existe", y reaparece como posibilidad de respuesta el pensamiento más ligado al subjetivismo, al comprensivismo; en definitiva, a la búsqueda de la singularidad que se había perdido o había

quedado disuelta en poblaciones construidas en forma homogénea.

Hoy también esa singularidad se expresa en la visión de la comunidad como un todo que se cohesiona a través de la cultura y la construcción o recuperación de identidades. En su texto "Borges y la comunidad", haciendo referencia a un relato de Jorge Luis Borges, Emilio de Ipola plantea algunas de estas cuestiones:

Según la leyenda, fatigados de su anarquía remota y presente, los pájaros resuelven asumirse como comunidad y acuerdan embarcarse en una empresa colectiva: encontrar a Simurg, el rey de los pájaros que habita el Kaf, cordillera circular que rodea a la tierra. Comienzan, a pesar de la aprensión de algunos, su difícil trayecto. Padecen indecibles trabajos que provocan renunciadas y muertes. Solo a treinta, sobre el fondo de una cantidad indefinida, pero que cabe suponer inmensa, les es dado acceder a la montaña. Al pisar la tierra del Simurg, al contemplarlo, descubren que son ellos; cada uno de ellos y todos (De Ipola, 1997).

Hacia fines del siglo XIX resuenan y siguen planteando interrogantes tres autores: Karl Marx, Max Weber y Friedrich Nietzsche. Sus preguntas pueden relacionarse de algún modo con el intento de explicar el origen de las dificultades de la libertad humana: para el primero será la alienación; para el segundo, la racionalidad y la vida metódica, y para el último, la moral (Foucault, 1997).

La irrupción de las nuevas formas de la exclusión: la caída de las ciudadanías

Los acontecimientos ocurridos en los últimos años abren una serie de nuevos interrogantes para las ciencias sociales y las disciplinas que intervienen en lo social.

En principio, los nuevos debates en la esfera de las políticas sociales y el Estado, se orientan en gran parte hacia

las nociones de *exclusión* y de *ciudadanía*, y muestran un plano de análisis que puede ser interesante para la intervención en lo social.

Los cambios ocurridos en la sociedad nos permiten observar también la emergencia de nuevas problemáticas, relacionadas con la exclusión, los procesos de precarización y vulnerabilidad. En pocas palabras, la sociedad se torna progresivamente más desigual, y estas desigualdades se multiplican en diferentes esferas y aspectos, y son cada vez más difíciles de captar mediante las formas clásicas de intervención. Al mismo tiempo, se enmarcan dentro de una "cadena de acontecimientos" que muchas veces se presentan como "sin sentido", pero que poseen como común denominador el aumento consecuente de la inequidad en relación con el acceso a los bienes elementales de los que depende la supervivencia cotidiana dentro de un marco de gran heterogeneidad social. Uno de los datos más importantes relacionados con las prácticas profesionales que actúan dentro de la esfera del Estado, las ONG e, incluso, el sector privado muestra que se está trabajando con una composición social fuertemente heterogénea y en un proceso de precarización y caída –real o potencial– casi permanente, que también implica la existencia de nuevas formas sociales de padecimiento.

Por ejemplo, en las prácticas de los trabajadores sociales en hospitales psiquiátricos, hoy es posible observar la relación entre la precarización y los problemas de salud mental. Un trabajo de investigación realizado en un hospital de emergencias psiquiátricas de la ciudad de Buenos Aires plantea el siguiente caso en relación con las situaciones de "caída":

Uno de los casos estudiados, A. L., varón de 48 años de edad, sintetiza de alguna manera parte de estas cuestiones: luego de trabajar durante 18 años en un banco como empleado administrativo, pierde el empleo por el cierre de esa institución. Pocos años antes se había separado de su esposa, quedando esta a cargo de los hijos. Al perder el empleo ini-

cia una recorrida de precarización, en tanto busca insertarse laboralmente. Lo logra tiempo después, pero como obrero en una fábrica. Pierde ese empleo, y comienza a trabajar en forma eventual como vendedor ambulante. En este último período, su hijo de 16 años va a vivir con él, pero con la finalidad de ayudarlo en el sostenimiento de la vivienda. A. L. hace una consulta en el Servicio de Consultorios Externos del Hospital en mayo de este año y en julio es internado luego de un episodio confuso que es interpretado como intento de suicidio. El ingreso al Hospital de A. L. es a través de una intervención judicial. Durante la internación se intentan trabajar las posibilidades de contención familiar con resultados escasos (Domínguez y Carballeda, 1998).

La influencia de la precarización sobre la subjetividad aún no ha sido estudiada a fondo, pero revela la existencia de nuevos impactos en la subjetividad de los procesos sociales. Estos generan nuevos interrogantes hacia las diferentes disciplinas. La imagen desfigurada del ya caído Estado benefactor, devenido según algunos autores en Estado postsocial (García Delgado, 1994), hasta su mutación en un organismo precarizado, muestran las dificultades de este en tanto garante de derechos sociales, como el acceso a la salud, la educación, la vivienda o la seguridad. Más aún, en la actualidad es posible observar dificultades en términos de garantizar la supervivencia de un número cada vez mayor de excluidos sociales.

La noción de *ciudadanía* no escapa a este contexto de crisis. La aplicación de modelos económicos que se expresan en una creciente desocupación produce cierta dificultad conceptual, ya que la significación de ciudadanía en este siglo, y en especial a partir de la aplicación de modelos de tipo keynesiano en la economía, se relacionaba con leyes sociales ligadas a la esfera del trabajo, y se vinculaba al concepto que asocia el Estado de bienestar con la necesidad de mejorar la calidad económica de sus habitantes para una mayor producción con bajas tasas de desempleo. A su vez, es posible observar, a partir de las diferentes modalidades

discursivas existentes en nuestra sociedad, cierta tendencia a la naturalización de la exclusión, lo cual implicaría un deterioro significativo de la noción de *ciudadanía*.

Una vez naturalizada, la exclusión implica también la impronta de fuertes construcciones desde lo simbólico sobre los sujetos más desposeídos, y esta circunstancia trae nuevas formas de estigmatización y construcción de “etiquetas sociales” a grupos y comunidades. En este aspecto se presentan interrogantes definidos para la intervención en lo social, que muestran en principio la necesidad de trabajar esas construcciones simbólicas en “ambos márgenes” de la exclusión. En otras palabras: si un excluido se construyó socialmente según una estrategia que naturaliza su condición, actuará según esa construcción, es decir, al margen de lo que llamamos sociedad. De esta manera es posible que construya nuevas formas de sociabilidad expresadas de modo consecuente con los padecimientos sociales de ese sector, y con la necesidad cotidiana de sobrevivir de la forma más elemental. Estas circunstancias determinan la elaboración de códigos y formas de identidad fuertemente volátiles, con una marcada pérdida de espacios de socialización o de su constitución efímera. Es así como la noción de *ciudadanía* se presenta quebrada y hasta sin sentido.

Por otra parte, se generan innumerables mecanismos de invisibilidad de la exclusión social, según los cuales parece reafirmarse la “no existencia” de los excluidos sociales. Estos mecanismos abarcan desde la vida cotidiana, en la cual se podría afirmar que “se ve” la exclusión pero que no se la registra, hasta expresiones estadísticas que ocultan los niveles de subempleo, desempleo o enmascaran la existencia de excluidos sociales mediante programas sociales que apenas contemplan porcentajes ínfimos del problema. Además, entre estos ciudadanos hay cada vez más sujetos indocumentados, ya sea por el aumento del subregistro o, sencillamente, porque no tienen dinero para actualizar su documentación y van perdiendo incluso desde el punto de vista formal su condición de ciudadanos.

Ambos “lados”, incluidos y excluidos, muestran la necesidad de una revisión de la intervención, que incluiría tanto la elaboración de políticas sociales como el “caso” —emblema de la singularidad—, pasando por las instituciones y sus diferentes dispositivos de abordaje de la cuestión social.

En definitiva, los excluidos están ahí, frente a los otros, transitando como espectros, sombras que circulan por la ciudad de la inclusión buscando —cuando se puede llegar al centro— formas de supervivencia.

De este modo, ambos grupos —incluidos y excluidos— se encuentran inevitablemente, pero ese encuentro implica una fuerte deshumanización en tanto no se reconoce a un semejante en los ojos de ese “nuevo otro”. Quizás el sentido de la violencia urbana se relacione en parte con esta crisis.

Uno de los horizontes de la intervención en lo social se relaciona justamente con esto: hacer visible aquello que diferentes velos, máscaras o incertidumbres no dejan ver, tal vez porque esa visualización implica el temor a estar de ese otro lado, producto de la sumatoria de inseguridades e inquietudes. Por eso no alcanza con la mera voluntad de saber o con la inquietud de “ver”, sino que hacen falta dispositivos que acerquen o que sencillamente recuerden la condición humana de unos y otros.

Desde un diálogo necesario con la ciencia política, la noción de *ciudadanía* aporta una vía histórica y social para revisar el presente y “ver” las desigualdades desde diferentes aspectos. Si bien en la modernidad, a partir de la constitución de los Estados-nación, el Estado se presenta como la garantía del bien común, en sus comienzos, el “bien común” se relacionaba con la libertad de comercio, era sinónimo de paz. En este contexto, junto con la burguesía como nueva clase social aparecen las nociones de *individuo*, *ciudadano* y *opinión pública*. El sujeto pasa a ser el centro de la cuestión. Así, la noción de *libertad* implica también transformación. A su vez se ingresa en una época de objetivación de las relaciones sociales, que ratifica el contractualismo. Pero las cuestiones relacionadas con la ciudadanía tienen expresión

especialmente en el terreno donde se disputa la idea de libertad; un campo de batalla atravesado por innumerables pujas, encontronazos y luchas de intereses, en especial luego de la Revolución Francesa.

En principio, surge la pregunta alrededor del límite de la libertad y su custodia. Si la libertad es un derecho pautado en el contrato social, lo que otorga ese derecho es la ciudadanía. Ser ciudadano implica ser libre por fuera de la esfera del Estado, de ahí el origen del concepto de *dignidad*. Pero a partir de la solución estado céntrica (donde el Estado interviene activamente en la economía y en la resolución de la cuestión social) al problema de la integración, hacia fines del siglo XIX los derechos que se vinculan a la ciudadanía comienzan a ampliarse. Secuencialmente, se podría afirmar que se va de los derechos civiles a los políticos y de allí a los sociales. En la actualidad se habla de derechos difusos o de "cuarta generación" (derechos de género, medio ambiente, del consumidor), y es llamativo que su aparición coincida con la pérdida de los derechos sociales.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (1948) actualiza la declaración fundacional de la Revolución Francesa, incluyendo derechos sociales. En definitiva, la ciudadanía se relaciona con la aparición de los Estados de bienestar, y en especial con los derechos sociales. La igualdad será entonces una "igualdad social" además de política, y el Estado se constituye en garante de los derechos sociales. Justamente es esa concepción de ciudadanía la que se restringe en consonancia con la caída del Estado benefactor, y es la parte esencial del reclamo de la población al actual Estado-nación, que se muestra cada vez más imposibilitado para responder a las demandas de esa naturaleza.

Estos cambios implicaron la ampliación de los sistemas de seguros en la Europa de posguerra y la aparición de la noción de *derechos sociales* en América latina, en especial en

la Argentina, con un fuerte impacto en la subjetividad de la población.

Intervención en lo social y comprensión

A partir de estos datos surgen algunas preguntas, sobre todo con respecto a las prácticas de intervención en lo social. Una de ellas se refiere a las posibilidades de comprensión y explicación de las prácticas frente a la presencia de nuevos acontecimientos, en particular a la necesidad de reconstruir o revisar las formas de entender lo social. En otras palabras: ¿es válido o útil el conocimiento acerca de las problemáticas sociales que se viene construyendo en los últimos años? Una aproximación posible consiste en revisar el trabajo social, donde se integran aspectos vinculados a la intervención en lo social y profesionales de este campo que intervienen concretamente en su tratamiento, que se despliega ahora en un nuevo escenario, con los condicionamientos ya marcados.

Desde una mirada histórica, el trabajo social se fundó a partir de aproximaciones hacia lo macrosocial, y una perspectiva teórica influenciada en parte por el pensamiento de Émile Durkheim, en especial su preocupación por el "orden social". En este aspecto "lo social" no es una suma de individualidades sino un todo donde las partes deben ser solidarias, mientras que la fuente de la solidaridad es la moral, producto de la medida del hombre.

Ahora bien, tal subordinación es más bien la inversión del orden natural. No puede, pues, realizarse más que progresivamente, a medida que el hombre se eleva por encima de las cosas para dictarles la ley, para despojarlas de su carácter fortuito, absurdo, amoral [...]. No puede escapar a la naturaleza más que creándose otro mundo desde el cual domine; ese mundo es la sociedad (Durkheim, 1893).

Orden, progreso y razón son, de alguna manera, los elementos fundacionales clave del trabajo social y de la intervención en lo social hacia fines del siglo XIX. La razón es el lugar desde donde se establece una interrelación entre la acción de los hombres y el sentido del mundo.

Si consideramos al trabajo social una institución, es decir en tanto que ámbito específico de la realidad social en el que se dan citas, hábitos, creencias, formas de conducta, agentes de intervención, poblaciones asistidas [...] deberíamos indagar las condiciones que hicieron posible su aparición. De hecho el trabajo social presupone la existencia de un espacio específico de intervención, un espacio especialmente acondicionado para la asistencia o tratamiento de los problemas sociales que denominamos generalmente con el rótulo de espacio social (Várela y Álvarez Uría, 1997).

La mirada hacia lo macrosocial se puede relacionar, en parte, con la necesidad de constituir poblaciones homogéneas en la perspectiva de aplicar acciones de “reparación de fracturas sociales”, llevadas adelante a partir del siglo XIX, con antecedentes en el siglo XVIII. Siguiendo a Pierre Ronsanvallon, se podría plantear que, en cuanto a la conformación de poblaciones homogéneas, el origen de las primeras acciones del Estado se produce en el contexto del nacimiento de la modernidad, a partir del pasaje de la sociedad tradicional, en la cual el vínculo social se percibía como *natural*, a la sociedad moderna. En la idea de separación de la naturaleza, presentada por Thomas Hobbes como estado de guerra permanente, la sociedad moderna busca conformar otros modos de relación que, a partir del siglo XVII, se asentarán en el contrato. El vínculo social será, entonces, voluntario y artificial. Mirabeau, siguiendo a Adam Smith, planteará que la previsión es la segunda providencia del género humano y, a partir del siglo XVII, Leibniz propondrá la necesidad del seguro social como mecanismo de justicia (Ronsanvallon, 1996).

De esta manera, Hobbes dirá que el Estado es un regulador de la incertidumbre que se desprende de lo divino o sobrenatural, y que debe ser planteada al menos en términos matemáticos o probabilísticos, lo que dará origen a la noción de *cuestión social*. En este aspecto, el nacimiento de la acción social moderna en términos de intervención tiene una fuerte marca hobbesiana: de alguna manera se entrometen en la filigrana histórica de la intervención en lo social importantes nociones que van desde la conocida frase “El hombre es el lobo del hombre”, hasta la naturalización de las desigualdades, pasando por la necesidad de “delegar la soberanía” en otro que se encargará de “ordenar” el “estado de guerra natural”. Será Rousseau quien planteará en *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* que es la sociedad la que genera desigualdades, sentencia que lo convierte en un precursor de la “desnaturalización” de la desigualdad.

Ahora bien, estos conceptos provenientes de Hobbes remiten de alguna manera a la intervención, en especial desde la perspectiva que atravesará todas las disciplinas que intervienen en lo social, que recurrirán una y otra vez, de una u otra forma, a solicitar a ese otro que se presenta como sujeto de la intervención que “delegue su soberanía”, ya sea en el médico, el pedagogo, el psicólogo o el trabajador social. Por otra parte, el seguro social sería casi un sustituto o refuerzo del contrato social, ya que “produce los mismos efectos de aglomeración y protección” (Ronsanvallon, 1996).

En la modernidad, entonces, existirían tres formas de percibir el vínculo social: el contrato, el seguro y el mercado. Mediante esas instancias de cohesión comenzarán a construirse poblaciones homogéneas sobre las cuales se aplicarán las primeras acciones del Estado desde la perspectiva de la previsión. En definitiva, lo social es entendido como un espacio, un lugar, ligado a la noción durkheimiana de solidaridad:

El objetivo era intervenir con medidas de previsión y protección social en el seno de las clases trabajadoras, y ello no tanto en nombre del sacrosanto principio de la igualdad cuanto en nombre de la solidaridad, es decir sin necesidad de reconocer a los asistidos derechos sobre el espacio político, sobre el espacio de la soberanía (Varela y Álvarez Uría, 1997).

Es conocido el texto de Karl Marx que hace referencia a estas cuestiones desde un punto de vista crítico (1844),² pero percibiendo la existencia de un “movimiento” relacionado con “reformas sociales” desde la esfera del Estado y asociando los antecedentes con Napoleón y el decreto de “supresión de la mendicidad”.

Más allá de la crítica, la constitución de los Estados en la modernidad se relacionará también con el surgimiento de diferentes dispositivos de tipo institucional y de prácticas que serán funcionales a este. Es decir, era necesario constituir a esas poblaciones como tales, y posteriormente clasificarlas. Desde esta perspectiva, los trabajos de Michel Foucault (1964, 1975), Jacques Donzelot (1977) y Robert Castel (1980), referidos a la institución psiquiátrica, la minoridad y la “sociedad disciplinada” muestran la emergencia de nuevos saberes y prácticas acerca de lo “social recientemente constituido”, en el marco de la modernidad.

Ahora bien, esta “fundación de lo social” como “dispositivo de reparación”, previa clasificación de poblaciones, se apoya en una mirada a lo macrosocial –desde donde se plantea la cuestión de la integración–, especialmente a las poblaciones problema sobre las cuales se actuará desde la esfera del Estado. La preocupación por la cohesión del todo es un tema recurrente de las nacientes ciencias sociales del siglo XIX y de las ciencias políticas.

Una mirada sobre la práctica del trabajo social, por ejemplo, en relación con sus modalidades de registro,

2. “El rey de Prusia y la reforma social por un prusiano” (Marx, 1986).

muestra la presencia de la idea de clasificación de poblaciones a fin de ubicarlas dentro de marcos homogéneos sobre los cuales se determinará la administración de recursos. Pero esta homogeneidad "construida" – inventada, diría Foucault– ya no es tal. Los procesos de precarización, empobrecimiento y vulnerabilidad, fuertemente relacionados con las formas de acumulación capitalista, es decir, con los aspectos macroeconómicos de la cuestión social, se singularizan en forma heterogénea. El saber acumulado por la práctica del trabajo social desde la intervención centrada en una visión de poblaciones homogéneas comienza a tener otro tipo de validez, por lo menos desde una perspectiva práctica. Pero, por otra parte, implica una importante acumulación de conocimiento en función de la construcción de nuevas formas de intervención en lo social.

De este modo, el trabajo social ha acumulado una forma de saber que podría relacionarse con lo "microsocial no homogéneo", saber que es adquirido al acercarse a la vida cotidiana de los sujetos sobre los cuales actúa, pero que aún no ha sido claramente sistematizado u organizado. Tal vez la impronta del denominado "paradigma subjetivista", producto de la necesidad de aproximarse de diferentes maneras a la singularidad de los nuevos padecimientos sociales, haya comenzado a abrir otras puertas en el edificio de la profesión.

Lo mismo puede observarse en los nuevos aportes en el campo de las ciencias sociales, como los que plantea Clifford Geertz en "El estudio de lo local". Este autor se refiere a estas cuestiones como "la refiguración del pensamiento social", y trata de explicarlo desde lo que denomina "giro cultural". Pero esa aproximación a lo interpretativo-cualitativo implicaría algunos cambios en cuanto a paradigmas vigentes, matrices disciplinares, etcétera. Este fenómeno podría ser leído desde la perspectiva de "obstáculo epistemológico" que plantea Gastón

Bachelard.³ En este punto, los inconvenientes estarían en la adscripción a una u otra teoría social, o forma de comprender lo social, que impediría “reconocer” lo nuevo.

Desde una perspectiva que pone el acento en la escritura en las ciencias sociales, autores como Geertz plantean la existencia de una “mezcla de géneros”, que sería la consecuencia de nuevos modos de comprender lo social, vinculados a nuevas formas de conocimiento y nuevos posicionamientos para “leer” lo social. Desde lo metodológico, estos cambios implican cierta renuncia a la elaboración de enunciados generales, que remiten al origen de las ciencias sociales y a su pretensión de dar respuesta a los interrogantes acerca de lo social, a la manera de las ciencias de la naturaleza.

De ahí la importancia de lo local, lo singular, lo micro-social, en la intervención. En este aspecto, la mirada a lo microsocioal no implica dejar de lado lo macrosocioal, sino intentar construir un marco metodológico que permita dar cuenta de la singularidad, y que pueda esencialmente desarrollar dispositivos de intervención que aproximen posibilidades de respuesta en un mundo fuertemente fragmentado. De ahí la importancia renovada que cobran los estudios de caso, la elaboración de historias sociales, ahora desde una mirada biográfica o de historia de vida.

A su vez, esta perspectiva implica entender la organización simbólica de la vida social. Desde un punto de vista que se acerca al pensamiento de Max Weber, Alfred Schütz y, en parte, a la Escuela Antropológica de Chicago, entre otros, se intentaría elaborar o transformar los diferentes dispositivos de intervención en relación con el “sentido de la acción”. En definitiva, estas cuestiones se relacionan con la intervención que intenta construir su horizonte al-

3. Este concepto designa mecanismos propios de los hombres o del desarrollo del campo de conocimiento que “obstaculizan” la adscripción o aceptación de lo nuevo, y se vincula a la percepción de ciertas dificultades por las cuales atraviesa una teoría o paradigma. Esto se asemeja también a las etapas 5, 6 y 7 de la concepción kuhniana del desarrollo de la ciencia.

rededor de la "problemática de la integración", y que pone el acento en una tarea más cercana a los lazos sociales y la posibilidad de su reconstitución.⁴

Asimismo, en lo que Geertz denomina "mezcla de géneros" también se destacan los cambios y desplazamientos en la construcción de las analogías: se sustituyen las metáforas relacionadas con la mecánica por apelaciones al lenguaje teatral, entre las que resaltan las palabras "teatro", "drama", "juego", "actor", "papel".

Estos cambios implican una apelación a la singularidad que permite comprender y explicar la construcción del mundo de los sujetos de la intervención como un aporte relevante para esta última.

La tendencia a observar, analizar y estudiar lo microsocial en relación con la intervención implica nuevas formas de aproximación a la cuestión social, donde el protagonista es el propio actor y su singularidad, el mayor aporte. A su vez, este cambio permite un acceso diferente a lo macrosocial, ahora desde la cotidianidad e historia del sujeto, la familia, el grupo o la comunidad.

La intervención en lo social y la construcción de conocimiento

Otro interrogante surge de la idea de que el trabajo social posee un cierto tipo de conocimiento acerca de la vida cotidiana de los sujetos sobre los que interviene, entendiendo "vida cotidiana" como un espacio donde se llevan adelante procesos mediante los cuales se construyen y se alimentan simbolizaciones.⁵ Por eso la forma de

4. Estos temas serán trabajados en el capítulo siguiente.

5. La noción de *vida cotidiana* utilizada en este artículo proviene de los aportes de C. Geertz, E. Goffman y A. Guiddens, que entienden la vida cotidiana "como tejido obvio y normal de la comprensión del mundo y de los otros, en el cual tales prácticas se realizan sin esfuerzo y sin atención" (Wolf, 1979).

aplicación de ese conocimiento puede dar diferentes sentidos a la intervención. En otras palabras, de acuerdo con el marco conceptual que sustente la intervención, la vida cotidiana tendrá diferente "valor".

En la actualidad, y en los distintos campos de acción del trabajo social, se puede observar que las modalidades clásicas de registro e intervención no alcanzan para dar cuenta de lo que está ocurriendo en el sujeto, la familia, etcétera, que se presenta demandando la intervención, y esto exige una transformación, en especial a partir de las características heterogéneas de las poblaciones sobre las cuales se interviene. En este aspecto ya se comienzan a observar modalidades de registro, si se quiere, novedosas.⁶ Este es un tema importante, ya que las formas de registro se relacionan directamente con la práctica. Es decir, determinada práctica posiblemente vaya a corresponderse con determinada forma de registro.⁷ En este aspecto, son interesantes los aportes de Geertz (1989) y de Hammersley y Atkinson (1983).

Pero más allá de la cuestión del registro, el trabajo social está interviniendo de hecho desde esas nuevas perspectivas, si bien aún en transición con la visión anterior relacionada con la conformación de poblaciones homogéneas.

En este aspecto, Rosanvallon reseña los cambios ocurridos en el RMI francés (Renta Mínima de Inserción), donde, a partir de la necesidad de acceder a lo singular de los procesos de precarización provocados por el desempleo, se comenzó a trabajar con lo que este autor denomina "monografías sociales", que apuntan a estudiar la

6. Tuve la oportunidad de comentar ateneos de residentes de trabajo social en dos instituciones psiquiátricas (Hospital Alvear y Hospital Tobar García), donde las modalidades de registro eran totalmente diferentes de las clásicas y hasta habían ocasionado informalmente alguna resistencia. El comentario de esos ateneos fue publicado en Carballada (1997).

7. Este tema será desarrollado en el próximo capítulo.

trayectoria de cada sujeto en cuanto a su proceso de precarización (Rosanvallon, 1995). Esta perspectiva, que se presenta como novedosa, puede ser útil siempre y cuando no implique una pérdida de visión de lo macro y de los procesos económico-políticos determinantes de la exclusión. El trabajo social, por su parte, ha tenido una tradición muy importante en la práctica de visualizar lo microsocioal —en términos de Goffman—.

En la práctica del trabajo social y la atención de pacientes drogodependientes, de pacientes externos con trastornos mentales, de menores, o ante la irrupción de problemáticas relacionadas con el sida, el perfil de demanda requiere nuevas formas de intervención que articulen, en tanto cuestión social, sus aspectos cuantitativos y cualitativos.

Crisis del Estado, crisis de las prácticas

Otra cuestión relevante se vincula al impacto de la crisis del Estado en la propia práctica del trabajo social. Un primer aspecto a tener en cuenta es que, en el caso de la Argentina, la inserción estatal de los trabajadores sociales y de profesionales de otras disciplinas es mayoritaria. Pero además, el impacto de la crisis del Estado en la esfera de la intervención en lo social se relaciona con los importantes cambios en la “visión del problema social” desde las instituciones donde se actúa, ya que esta se ha desprendido de los criterios del Estado benefactor y sus enunciados universalistas, y la administración de recursos ha comenzado a tener otras significaciones (relación con el clientelismo político, escasez, incertidumbre con respecto a su continuidad, dudas acerca de su calidad, etcétera).⁸ En este aspecto, la práctica del trabajo social y de las disciplinas que intervienen en lo social se corren de sus postulados clásicos.

8. Estos temas los he tratado en Carballeda (1996).

cos o fundacionales, ya que han comenzado a ser resignificadas de hecho, a partir de la propia crisis del Estado de bienestar, el ingreso a un Estado postsocial y la aplicación de nuevos criterios en la elaboración de políticas sociales.

En otras palabras, ante la crisis del Estado benefactor, los recursos que se administraban no solo han disminuido sino que han cambiado de sentido. Es posible pensar que ya no tienen la misma validez "contractual" que cuando fueron creados.⁹ En esta línea de análisis, el "recurso" pierde validez como tal, en especial desde el punto de vista simbólico y como instrumento de integración de lo social; es decir, pierde su impronta hobessiana.

Todo este proceso influye de modo significativo en la mirada de los sujetos sobre las prácticas en las instituciones de salud, minoridad, etcétera; es decir, esas prácticas son visualizadas de forma diferente.

El problema de la validez de las prácticas sociales

Este último punto remite a un plano de análisis que puede ser interesante, y que se relaciona con la posibilidad o validez de las prácticas dentro del contexto social donde estas se ponen en marcha. Algunos autores provenientes del campo de la filosofía plantean la existencia de cierta desvalorización de estas prácticas, ya que las características actuales de la sociedad cambiaron en cuanto a los dispositivos de control y de cohesión, o sea que estarían perdiendo validez desde la perspectiva clásica de "control social". Gilles Deleuze explica que, ante la crisis de los disposi-

9. En este aspecto es interesante la visión de lo social-moderno que plantea Donzelot (1991): "Lo social será ese conjunto de dispositivos de asistencia y de seguros constituido de manera voluntarista para mantener y sobre todo para restablecer una cierta solidaridad entre los diferentes miembros y grupos en el seno de la sociedad moderna, dirigidos principalmente hacia los más desfavorecidos de entre ellos. Aquellos a los que un autor del siglo XIX llama 'los heridos de la civilización'".

tivos de control, otras formas están ocupando el sentido disciplinador de las prácticas e instituciones. Finkelkraut (1987) plantea que la fallida promesa iluminista de que “la educación traerá la libertad”, vacía de sentido las instituciones educativas. Gilles Lipovetsky (1994) expone que los mecanismos clásicos de la acción social están siendo ocupados por la empresa, desde una perspectiva de *marketing*.

Todos estos nuevos fenómenos impactan en las instituciones y en las prácticas que allí se desarrollan. Así, las instituciones de salud, acción social, minoridad, educación, tienen dificultades para dar cuenta del mandato fundacional, sea este interpretado en clave de “control social” o de búsqueda de bienestar.

Uno de los aspectos que sobresalen es la evidencia de que se está en un período de transición de las instituciones, pero en un contexto de incertidumbre. Ello implica que, en principio, no queda clara la construcción de las nuevas instituciones desde las cuales se intervendrá, y se puede incluso especular con la desaparición de muchas de ellas —por ejemplo, el hospital psiquiátrico—. Lo que aún no se sabe es qué va a reemplazar a tal o cual dispositivo. De ahí que la inseguridad atraviese tanto a quienes trabajan en esas instituciones como a los que acuden a ellas. Y aquí nos encontramos con otro plano de la incertidumbre, ligado a ambas partes del pequeño espacio social y contractual que es la intervención. A su vez, por parte de los que trabajan y desarrollan su práctica profesional en las instituciones públicas, la incertidumbre puede, y de hecho lo hace, marcar formas de intervención que tienden a lograr estabilidad en el ámbito laboral.

De todas maneras, estaríamos frente a la construcción de nuevos dispositivos y modalidades de intervención que demuestran en varios aspectos la existencia de una transición, en la que aún convive lo viejo con lo nuevo, y de nuevos espacios de incertidumbre.

Ahora bien, en el campo de la construcción de conocimientos se generan algunas complicaciones de tipo epis-

temológico. Estaríamos frente a una crisis de validez de las prácticas y las instituciones; crisis visualizada desde la práctica del trabajo social y otras disciplinas, en cuanto a la existencia de dificultades para intervenir frente a las nuevas demandas sociales y para definir su papel en la propia institución. Pareciera que la realidad se desprende de la teoría, reivindicando para sí una suerte de autonomía relativa. Surgen de este modo nuevos interrogantes a autores clásicos dentro de los diferentes campos de conocimiento.

A todo esto se suma un contexto de fuerte presencia de la lógica neoliberal que ahora atraviesa las relaciones sociales. Esto implica algo novedoso para el trabajo social y las demás prácticas que intervienen en lo social: que se les discuta su papel en las instituciones, o que se las interroge desde otras disciplinas acerca de qué hacen o para qué sirven. Quizá la pregunta indague sobre el tipo de sociabilidad que construyen. Según esta perspectiva, la cuestión del trabajo social consiste en gran parte en redefinir de alguna manera sus postulados básicos, ya que estos se encuentran en crisis, o por lo menos más diferenciados que hace veinte años.

A partir de lo expuesto surgen algunos interrogantes que se relacionan específicamente con el quehacer profesional de las prácticas o disciplinas que intervienen en lo social: ¿deberán continuar comprendiendo y explicando lo social desde teorías sociales relacionadas con ese espíritu fundacional asociado a la guerra como estado natural y a la necesidad de reparar fracturas de una sociedad artificialmente constituida, o bien deben intentar una ruptura epistemológica que las desprenda de esas cuestiones? En el segundo caso, ¿sobre qué paradigma explicativo se apoyarían para la comprensión y explicación de lo social? ¿A qué pensamiento social deberían remitirse para tal fin? Además, ¿es suficiente el *corpus* de construcciones teóricas elaboradas en los últimos años? ¿Estos cambios no implicarían obstáculos epistemológicos (Bachelard) o revoluciones dentro de cada campo disciplinar (Althusser)? En

definitiva, ¿cuál sería la validez empírica de esas “nuevas” conceptualizaciones?

Estos interrogantes se vinculan posiblemente a muchos otros que la práctica del trabajo social y otras disciplinas que intervienen en lo social vienen formulando; de alguna manera muestran la existencia de saberes y prácticas en un contexto de crisis, pero también suponen algunas cuestiones novedosas.

En principio, todos estos interrogantes son compartidos por otras prácticas como la psicología o la medicina y, por otro lado, su resolución tal vez sirva como posibilidad de crecimiento ante la crisis de lo antiguo y de lo fundacional. En definitiva, si las formas recientes de la exclusión tienden a naturalizarse y a construir nuevas etiquetas sociales, se vuelve necesario indagar acerca de estas últimas, quizás para desconstruirlas, estudiando su conformación histórica, su relación con una identidad “impuesta”. Esta identidad impuesta, que tal vez no deje ver la propia, es la que se relaciona con la historia de esos “otros” que siempre se han presentado en el lugar de la demanda de la intervención en lo social.

De este modo, orientar la mirada hacia las nuevas formas de la exclusión y la construcción de ciudadanías, si se quiere fragmentarias, empobrecidas o fantasmáticas, implica aproximarse a lo social considerando la visión de ese otro que en diferentes aspectos demanda, a pesar de la crisis de las prácticas, la intervención en lo social. Pero, a su vez, es posible intentar otras vías de entrada al análisis y estudio de una sociedad donde la exclusión social es un dato muy significativo, tratando de mirar desde allí la posibilidad de encontrar elementos que sean útiles para pensar la intervención.

La intervención

La intervención y las diferentes maneras de comprender la problemática de la integración

Los sucesos y cuestiones que hemos trabajado previamente, y que se relacionan con los diferentes escenarios de la intervención, muestran una serie de relaciones que es posible recuperar para profundizar el estudio del área de la intervención en el presente. En principio, esos escenarios reciben singularmente el impacto de diferentes formas de expresión de la crisis, en tanto sumatoria de acontecimientos que se inscriben con rasgos particulares en la denominada "cuestión social". De ahí que sea posible indagar, entre otros aspectos, acerca de estas cuestiones en diferentes espacios microsociales donde se desarrollan la vida cotidiana, las instituciones y las prácticas fundadas en la modernidad.

Como ya fue planteado, la intervención en lo social surgió fuertemente marcada por una tradición normativa, signada por el propósito pedagógico como forma de mantener la cohesión del "todo social". Lo social en términos de intervención remite, entonces, a la idea de "conjuntos de dispositivos de asistencia y de seguros en función de mantener el orden o la cohesión de lo que denominamos

sociedad". En definitiva, la intervención se relaciona con la "problemática de la integración" y, en este sentido, es posible plantearse diferentes caminos de resolución para la integración.

Por un lado, la tradición normativa pone el eje en el orden de la sociedad. Un orden, si se quiere, constituido artificialmente y mantenido a través de dispositivos de disciplinamiento que se aplican mediante prácticas e instituciones. Según Juan Carlos Portantiero, otra posibilidad de reflexionar sobre la problemática de la integración consiste en pensar lo social desde una perspectiva diferente de la del utilitarismo o el positivismo. Estas cuestiones están presentes en los orígenes de la sociología como campo de preocupación, como así también en el "marxismo occidental", a partir de una desmitificación de lo social que generaría propuestas contrarias a las ideas de Kautski, Lenin o Bujarin.

En coincidencia con el malestar frente al optimismo racionalista, la comunidad es la respuesta al mundo fuertemente fragmentado del contrato. Así, la idea de asociación es trocada por la de lazo social o vínculo social. Ferdinand Tönnies plantea la articulación entre comunidad y asociación mediante los lazos sociales, articulación que implica un viraje tanto respecto de la perspectiva conservadora de Comte como respecto de la reivindicativa de la clase obrera proveniente de los escritos de Marx. De esta forma se marca la tensión entre la pareja individuo y progreso generada en la Ilustración y la crítica romántica a esa pareja desde el pensamiento tradicionalista.

Todo este proceso comienza a observarse en el contexto de principios del siglo XX, cuando los nuevos escenarios remiten a las masas urbanas. Max Weber sostiene que las masas deben dejar de ser un objeto pasivo de la administración, mientras que Antonio Gramsci plantea que los grupos sociales, por el solo hecho de unirse, modifican la estructura de la sociedad (Portantiero, 1998).

En la actualidad, estos aportes de los autores clásicos de las ciencias sociales pueden ser útiles para repensar la

sociedad desde la problemática de la integración, marcando un sentido diferenciado a la intervención en lo social.

La intervención en lo social como proceso

La palabra intervención proviene del término latino *intervenio*, que puede traducirse como “venir entre” o “interponerse”. De ahí que “intervención” sea sinónimo de mediación, intersección, ayuda o cooperación y, por otra parte, de intromisión, injerencia, intrusión, coerción o represión. En definitiva, en todo proceso de intervención en lo social podemos, en la mayoría de los casos, encontrarlos con ambas caras de una “misma moneda”. En otras palabras, al ser la intervención un espacio, momento o lugar artificialmente constituido como acción, desprenderla de una de las “caras de la moneda”, separarla de esa cesión “hobessiana” de soberanía, implicará cierta dificultad, sobre todo si tenemos en cuenta sus aspectos fundacionales.

Reconocer lo artificial de la intervención implica básicamente tender a su desnaturalización, entenderla como dispositivo que se entromete en un espacio, en tanto existe una demanda hacia ella. De ahí que la demanda sea el acto fundador de la intervención. En este aspecto, la demanda proviene de los sujetos que acuden a las instituciones, los organismos, etcétera. Pero, también, la demanda es generada desde las instituciones, la agenda de políticas públicas, los medios de comunicación, etcétera; en definitiva, de la visión de “problema social” que una sociedad tiene.

En efecto, la intervención en lo social implica una dirección definida desde la demanda o desde su construcción, en relación con la denominada “cuestión social”. Por otra parte, la intervención implica la existencia de una autoridad: quien interviene lo hace porque está legitimado a partir del reconocimiento del ejercicio de un derecho, o porque hay un estatuto que reglamenta su gestión, de

modo que la intervención se estaría autorizando a sí misma, a partir de un *status* legal constituido.

La intervención también implica la elucidación de los datos complejos de una situación o acontecimiento, en cuanto aproximación desde un marco comprensivo explicativo de esa situación o, sencillamente, en cuanto búsqueda de una secuencia lógica que dé sentido a lo que se presenta como demanda y a su vez plantee la posibilidad de respuesta a partir de determinados dispositivos para la acción. En otras palabras, intervenir implica la construcción de una lógica del acontecimiento fundante de la demanda desde cierto marco teórico o campo de saber.

En este sentido, la intervención desencadena una serie de expectativas y consecuencias fuertemente ligadas a la construcción simbólica y a las representaciones de quien está interviniendo. De esta forma, una modalidad de intervención se vincula a un determinado marco conceptual que, ligado a una serie de aportes teóricos y empíricos relacionados con el contexto, genera "formas típicas" de intervención.

En un trabajo de investigación realizado en la Universidad Nacional de La Plata se desarrolla la posibilidad de aplicación de la noción de *modelo* para lograr una aproximación más exacta a las formas de intervención:

Una forma posible de estudio y análisis de las prácticas que actúan dentro del campo de la salud es a través de la utilización de la noción de *modelo*. Desde esta perspectiva podrían abordarse tanto los fundamentos epistemológicos de las mismas, como así también las distintas maneras de intervención profesional, en diferentes contextos y en distintos momentos históricos (Barberena y otros, 1998).

En definitiva, la intervención es un procedimiento que actúa y hace actuar, que produce expectativas y consecuencias. Así, la intervención implica una inscripción en ese "otro" sobre el cual se interviene, quien a su vez genera una "marca" en la institución, donde desencadena una serie de dispositivos e instrumentos.

Estas características de la intervención implican algunos interrogantes. En principio, desde una visión foucaultiana, las preguntas girarían alrededor de quién tiene poder para impulsar la intervención, o, desde otra perspectiva, quién paga la intervención o a quién ambos (profesional y sujeto de la intervención) deben rendir cuentas.

La intervención implica un contrato, en la medida en que determina con precisión un conjunto de reglas prácticas relacionadas con ella. De ahí que sea un proceso fuertemente atravesado por las cuestiones anteriormente mencionadas.

Pero, en definitiva, ¿qué debe hacerse desde la intervención, en especial desde las expectativas sociales que genera? La intervención supone alguna forma de búsqueda de respuestas a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar; así, aparece una vez más la delimitación de un territorio, el espacio o lugar de la cuestión social. En este aspecto, la noción de *territorio* que plantea Michel Foucault puede ser útil, en cuanto demarcación política: "Territorio es sin duda una noción geográfica, pero es en primer lugar una noción jurídico-política: lo que es controlado por un cierto tipo de poder" (Foucault, 1980).

De esta forma, el lugar de la intervención se transforma en territorio, es decir, un espacio jurídico, *que habla de la legitimidad de la intervención*, y político, *que marca la "agenda" donde se construyen diferentes aspectos de la cuestión social*.

La intervención desde una perspectiva asentada en el concepto de *comunidad*

En principio, y retomando la visión cercana a la noción de *comunidad*, la intervención se apoya en una serie de cuestiones que es necesario precisar. La primera de ellas remite a lo social, construcción que puede presentarse

como discursiva y que genera sujetos de conocimiento. En términos de cotidianidad, lo social se construye a partir de imaginarios sociales, de representaciones, que generan diferentes impactos en la singularidad de cada grupo, barrio o sujeto. Desde la perspectiva de los imaginarios sociales, imaginario no es solo "imagen de", sino una creación incesante, indeterminada porque es atravesada por lo psicológico, lo social y lo histórico que, en definitiva, impacta en el orden de lo real.

A su vez, la noción de *representación* se relaciona con un conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo comparten en relación con ellos mismos y con los fenómenos del mundo que los circunda. A su vez, esas representaciones se resignifican en una serie de espacios microsociales que tienen como común denominador a la vida cotidiana.

Por otra parte, la visión de lo social como algo constituido de la vida cotidiana exige considerar la construcción de intercambios y reciprocidades en un grupo, familia, barrio, etcétera. Así, se intenta comprender y explicar lo social desde la singularidad, centralizando la mirada en los propios actores.

Desde esta perspectiva, la vida social se organiza en términos de símbolos, que adquieren significado según la representación de quienes construyen y recrean el mundo en que viven, el que a su vez está condicionado por influencias macrosociales que se resignificarán dentro del orden de lo real, en términos lacanianos.

Más cercanos a la fenomenología de Edmund Husserl y de Alfred Schütz, la "acción" sería la unidad de la sociedad. La acción se centra en el análisis y la experiencia personal de los individuos. De esta forma, la "verdad" de la vida social se encuentra en la subjetividad de sus participantes.

Perspectivas filosóficas como las mencionadas revelan la necesidad de aproximarse a la subjetividad de ese "otro" que se presenta en el territorio de la intervención, mediante interrogantes que van desde cómo construye su

mundo a cómo le da sentido, pasando por cómo lo explica. Es posible, entonces, acceder a una "explicación" de la vida social ubicada en último término en las experiencias vividas por el individuo. Pero la experiencia social resulta ser, en definitiva, comunitaria.

Por su parte, lo simbólico impacta en la esfera del sujeto desde una forma particular en el orden de lo real. En este aspecto, esa relación entre lo simbólico y lo real puede entenderse de dos maneras diferentes: a partir de una concepción aristotélica, y en este juego se capta el *eidos* o esencia, o desde una visión positivista, mediante la cual se capta la totalidad objetiva a partir de la memoria. Así, la "reducción eidética" permite la reconstrucción del mundo de la experiencia, en tanto elementos, "capas" de sentido, generación de sentido, horizontes de sentido espaciales, temporales y temáticos (Waldenfels, 1997).

Desde la búsqueda de acceso a la subjetividad, lo que resulta de ese juego de articulación entre los órdenes de las representaciones, lo real y lo simbólico, es lo que se denomina "registro", y este se vincula a imágenes anteriores que son retomadas, asimiladas y resignificadas. En definitiva, se encuentra en relación con un complejo de imágenes que preceden y dan forma a una nueva impresión. Las simbolizaciones se van creando a través de las mediaciones entre sujetos, en un espacio-tiempo compartido. Lo social implica una comunidad que existe y se recrea a través de símbolos mutuos. Así (especialmente a partir de las formulaciones de Alfred Schütz), es posible pensar la constitución de la intersubjetividad. Diversos autores recibieron influencias del pensamiento fenomenológico: Merleau-Ponty, Sartre, Ricoeur o Derrida; todos ellos ponderan lo subjetivo. En definitiva, la experiencia social se construye en gran parte según este juego, de modo que la conciencia humana presupone la realidad y existencia de otros. Las experiencias de las personas están mediatizadas por los modos de pensar y sentir, que se transmiten a través de los lazos sociales.

La intervención, planteada desde este lugar, implica una necesaria búsqueda de significados en las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos que en definitiva construyen lo cotidiano. Acontecimientos que de alguna manera se inscriben en un texto: así, el barrio, la vivienda, la institución, etcétera, se nos presentan como textos a develar e interpretar; textos que en definitiva remiten a un "orden gramatical", fuertemente marcado por la singularidad de quienes escriben y reescriben las diferentes inscripciones.

La importancia del vínculo entre representaciones y cotidianidad implica una necesaria mirada a la relación entre las ciencias sociales y la subjetividad.

Desde los inicios de la modernidad, la separación entre *individuo* y *sociedad* marcó toda una serie de controversias de tipo epistemológico. Individuo y sociedad fueron históricamente presentados como pares antinómicos. Luego, sobre todo a partir del siglo XX, se intentaron construir innumerables puentes, relaciones e interacciones entre ambos. Uno de estos intentos es el que llevó adelante, por ejemplo, la psicología social.

En la modernidad, el individuo era presentado como lo "interno" y la sociedad como lo "externo". En principio, la noción de *subjetividad*, dentro del campo de las ciencias sociales, implica la no separación de ambas instancias. Pero lo subjetivo, la subjetividad, no se pueden pensar en términos universales. Una vía posible de acceso a la subjetividad pasa, en principio, por el camino de la singularidad. Desde una perspectiva si se quiere metodológica, es necesario particularizar aquello que ha soportado años de universalización. De modo que esta mirada conlleva, por un lado, la elucidación crítica de una serie de nociones que intentarían "desencializar" lo social cotidiano, y, por otro, surge la necesidad de trabajar la dimensión sociohistórica de la subjetividad.

Desde la perspectiva de la desencialización, este camino implicaría des-encubrir aquello que una homogeneidad

artificialmente constituida elaboró u ocultó. En esta línea de trabajo, es posible hallar valiosos aportes en los textos de Castoriadis sobre la "elucidación crítica", en la visión de la desconstrucción de Derrida y en el análisis genealógico que propone Michel Foucault. La dimensión sociohistórica del sujeto implica, por su parte, la búsqueda de criterios multirreferenciales que permiten pensar de otro modo la separación artificial entre individuo y sociedad.

En definitiva, los sujetos construyen su identidad en un juego de articulación de los órdenes imaginario, simbólico y real. En estas condiciones es posible pensar la denominada intersubjetividad o las diversas manifestaciones del padecimiento subjetivo asociadas al atravesamiento de lo real, lo que se presenta como demanda casi constante hacia la intervención en lo social.

A su vez, la identidad del sujeto se constituye en un espacio-tiempo donde lo singular se encuentra con lo colectivo, con lo histórico, con los otros. El horizonte de la intervención en lo social, en relación con la problemática de la integración, está fuertemente ligado a la identidad, vinculada a su vez a formas de entender y explicar la historia y la cultura.

A partir de que la sociedad "construye" problemas sociales, el sujeto de la intervención mediatiza esa construcción en su vida cotidiana, según un marco comprensivo explicativo que le dará forma a su padecimiento. Pero es justamente en esa cotidianidad donde se construyen los significados atravesados por elementos del orden de lo real y de lo simbólico enmarcados en micro y macrodiscursos que atraviesan la intervención, que, en este sentido, implica un proceso de análisis que intenta comprender y explicar esas articulaciones. Esa vida cotidiana se encuentra estructurada en diferentes aspectos y visiones y de alguna manera enmarca la intervención en lo social, por eso resulta necesario comprender y explicar los aspectos significativos de la vida social, e intervenir buscando transformaciones, en suma, construyendo la

visión particular del acontecimiento que convoca a la intervención.

Desde este punto de vista, es preciso definir y abordar la noción de *identidad*, ya que la intervención en lo social se liga a la idea de *comunidad*. En definitiva, la dirección de la intervención se orienta hacia la cuestión de la identidad como un elemento articulador de la problemática de la integración. Así, la identidad desde una perspectiva social se expresa en forma contextual, o sea, se inscribe en un escenario que tiene una serie de connotaciones: es territorial, lingüística, familiar, histórica, religiosa, etcétera. La identidad se construye en la interacción, en la influencia mutua, en el espacio de la vida cotidiana; se elabora dentro de un "sistema" de símbolos. Por eso se relaciona con una serie de significaciones que abarcan el trabajo, la vivienda, la salud, etcétera. Así también se crea una posición o mirada en relación con las necesidades sociales y su impacto en la cotidianidad.

La vida cotidiana implica relaciones informales que se establecen entre vecinos, amigos, parientes, con el objeto de construir intercambios y reciprocidades. Por ejemplo, en los trabajos de E. Goffman, la mirada puesta en la vida cotidiana se apoya en la importancia de las interacciones que se constituyen en este ámbito. Los trabajos de este autor intentan describir las reglas que en diferentes épocas controlan las interacciones de la vida cotidiana. A su vez, esta puede ser entendida desde las significaciones (Geertz, 1994), como procesos de producción y reproducción del orden vigente (Agnes Heller) o como cultura de presentación en los trabajos (Goffman). En definitiva, se trata de relaciones informales que se construyen en la interacción diaria, y justamente es dentro del universo de lo simbólico donde estas relaciones adquieren significación.

Esas relaciones son vehículos de intercambios simbólicos, los cuales comprenden la disponibilidad efectiva del otro, la recreación del vínculo, el sustento de la pertenencia, el fortalecimiento de la identidad, la reconstrucción

de interacciones, el rearmado de relaciones, la memoria, etcétera.

Así, la intervención se construye desde la producción y reproducción cotidiana de la vida social, explicitada a través de múltiples expresiones de la cuestión social. Para una intervención que se orienta a una visión de lo social desde la perspectiva comunitaria, el acceso a la singularidad implica una mirada hacia los lazos sociales como elementos fundantes de esta.

Algunos aportes hacia los procedimientos de la intervención desde diferentes campos de saber

En la intervención en lo social, lo que sobresale es la presencia de relatos. Es decir, la intervención implica analizar relatos, que se recortan dentro de lo que se denomina "cuestión social" y poseen una faz material y una simbólica que se constituyen de manera histórico-social, como forma de expresión de diferentes actores sociales.

Esos relatos forman parte del núcleo significativo de los sujetos que demandan intervención. A su vez, los relatos atañen a la construcción real y simbólica de aquello que es presentado como problema. Según C. Geertz, los relatos portan en sí mismos las claves para su interpretación.

Los relatos están mediados en la intervención por diferentes instrumentos, así como también por distintas categorías de análisis. Esa construcción de los sujetos que recurren a la intervención implica ciertas cuestiones que es necesario demarcar. En principio, que desde la intervención se interpretan situaciones, se captan las motivaciones y las intenciones de los demás, se logran entendimientos intersubjetivos, a veces se actúa coordinadamente y dentro de un universo social.

Estos intentos de aproximación a lo subjetivo posibilitan la recuperación de determinadas categorías de análi-

sis provenientes de las ciencias sociales. Tal es el caso del pensamiento de Max Weber, que puede ser útil desde una perspectiva metodológica porque permite pensar la construcción de categorías de análisis y la dirección en que se realizará la intervención. Como antecedente, la escuela historicista alemana realiza algunos aportes, entre los cuales cabe destacar el planteo de Dilthey sobre la diferencia entre las ciencias histórico-sociales y las de la naturaleza: las primeras se relacionan con un objeto que les es propio y las segundas, con un objeto que les es externo. En este marco surgen las nociones de *erleben* (expresión) y *verstehen* (comprensión). Se plantea, entonces, la posibilidad de construcción de categorías dentro de las ciencias histórico-sociales, traduciendo en términos abstractos las formas estructurales de la vida. Las categorías, según las concibe Dilthey, tienen valor, significado y fin; desde una manifestación determinada por la historia llegan hasta el espíritu de los hombres que las elaboraron. De ahí que *verstehen* implica introspección. Por otra parte, las ciencias naturales expresan una relación de causa-efecto que permite construir un sistema de leyes universales desde la explicación. En síntesis, el aporte del pensamiento de Dilthey implica una relación de comprensión (*verstehen*), en tanto conexión, de la Historia y las Ciencias Sociales.

Para Dilthey, comprensión y explicación se presentan como pares antitéticos. Weber, influido en parte por el historicismo y el romanticismo, tratará de articular y unificar los dos conceptos. Desde la noción de racionalidad, tratará de investigar conexiones de sentido tomando como base la racionalidad con acuerdo a fines.

Los aportes metodológicos de Max Weber en relación con la intervención en lo social facilitan la definición del análisis, la construcción de planos de análisis que integren la comprensión y la explicación, la incorporación de la racionalidad y el logro de la autonomía de las ciencias sociales.

Para Weber, explicación y comprensión no son contradictorias. La explicación es una parte, un momento

del análisis, no un fin en sí misma, y requiere la contrastación empírica, que implica la existencia de una cadena causal que puede estar presente o no. Por otra parte, la comprensión implica un acceso a la singularidad, en tanto incorpora la racionalidad propia de cada individuo. Es en este juego de comprensión y explicación donde surge la "imputación de sentidos". Desde las conocidas conceptualizaciones de Weber que apuntan a la idea de que los hombres, para vivir, necesitan imputar sentidos a lo que hacen y que solamente algunos aspectos de los fenómenos individuales son dignos de ser conocidos y solo ellos son objeto de explicación causal, es posible pensar en la construcción de categorías de análisis, no solo para entender lo social o describirlo, sino para repensar la intervención. En este proceso emerge la idea de *uniformidades aisladas* dentro de la multitud, que abre paso a la noción de los *tipos ideales* que intentan constituir uniformidades típicas que se aproximan a los conceptos o, en definitiva, hipótesis interpretativas con una posible validación empírica: se pretende dar cuenta, en un plano individual, de los acontecimientos histórico-sociales, acceder a lo macrosocial desde lo micro, en definitiva, desde la palabra del otro.

Algunas cuestiones instrumentales

El pensamiento de Weber plantea la necesidad de distinguir las determinaciones de lo histórico en lo individual y lo digno de ser conocido. A su vez, también plantea la necesidad de encontrar las causas significativas que permiten recortar el fenómeno que podrá ser tanto explicado como comprendido (por ejemplo, la relación entre las manifestaciones macrosociales de la violencia, su expresión en lo urbano y su posible intromisión en la vida doméstica). De esto se sigue, entonces, que desde las dos últimas formas de expresión se pueden presentar demandas de intervención en lo social, lo que implica una necesaria

aproximación a los componentes del acontecimiento que se intenta comprender y la construcción de una "lógica del acontecimiento" que generó la demanda. La aproximación a la intervención, desde esta perspectiva, implica un proceso que a simple vista puede ser percibido como de individualización, cuando en realidad es un intento de aproximación a lo macrosocial desde los espacios micro-sociales.

Desde la perspectiva de los tipos ideales de Max Weber, la explicación de la esfera de lo individual presupone un saber nomológico, un conjunto de uniformidades típicas que expresan un comportamiento que puede ser comprobado desde lo empírico. Estas pueden ser elaboradas en forma similar a los conceptos a través de procedimientos de abstracción; de ahí que el resultado sea un "tipo ideal". Este "tipo ideal" se constituye a partir de aquellas uniformidades de la conducta de los hombres que están cargadas de sentido. Esas pequeñas uniformidades, empíricamente comprobables, se expresan en los tipos ideales, de modo que la comprensión (*verstehen*) puede ser útil para analizar y estudiar la conducta como "acción social".

Según Weber, la "acción social" se construye en la medida en que se encuentre subjetivamente relacionada de modo intencional con el comportamiento de otros.

Hablamos de acción comunitaria cuando la acción humana está relacionada, de una manera subjetiva dotada de sentido, con las actitudes de otros seres humanos [...]. Una acción racional ligada a un fin está orientada con base en expectativas. Las expectativas de una actitud dada de otros seres humanos, aparte de aquel que está actuando de una manera subjetivamente racional, puede estar basada en el hecho de que esa persona espera de ellos una actitud dotada de significado, con varios niveles de posibilidades (Weber, 1986).

Weber insiste en que en la sociedad existen fundamentalmente los individuos y los significados, entendidos en un sentido puramente subjetivo, significados que los indi-

viduos atribuyen a sus acciones y a las de otros, con quienes interactúan.

Para Weber, lo social no tiene existencia por sí misma; solo existen los individuos, en tanto sujetos.

Consecuentemente, para la sociología comprensiva el punto de partida son las representaciones de los actores que no remiten a otra cosa y, como resultado, son en principio perfectamente "transparentes". Esta transparencia está muy bien ejemplificada por la racionalidad de fines (*Zweckrationalität*), cuyo perfecto ejemplo es el mercado. Aquí no es necesario recurrir a las representaciones colectivas, significados extra-individuales o presiones normativas. Todo lo que se requiere es el cálculo racional de costo y beneficio. En resumen, la acción racional con un fin propuesto es el modo de acción del *homo oeconomicus*, que no puede evitar el ser perfectamente transparente porque sus razones, aunque subjetivas, son perfectamente comprensibles para cualquier observador externo. Aquí, libertad, racionalidad y transparencia están inextricablemente ligadas (Pellicani, 1995).

En síntesis, desde el pensamiento de Max Weber es posible acceder a la construcción de significados en la esfera del sujeto. De esta forma, un enfoque de tipo interpretativo, desde la perspectiva de la intervención, implica la búsqueda de motivaciones y no de causas, mediante el reconocimiento y análisis de la multiplicidad de las primeras. Las motivaciones se relacionan con nuevas codificaciones, son productos del lazo social en tanto construcción de reciprocidades e intercambios. Así también los papeles sociales pueden ser entendidos como un lenguaje, una gramática social que depende de un grupo de sujetos determinados, donde se construyen significados. Este entendimiento requiere una necesaria reflexión alrededor de las producciones discursivas y las prácticas sociales. En otras palabras, requiere articular la acción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos (Chartier, 1996).

Es posible pensar que la actitud frente a lo que consideramos problema social puede ser similar a la del lingüista o el semiólogo frente al texto, en tanto necesidad de captar el significado de la acción, de las motivaciones, para definir la dirección de la intervención.

Según la escuela crítica, la ideología, las fuerzas sociales y las presiones políticas dan sentido a la acción, además de las motivaciones. Estas cuestiones también muestran la necesidad de reflexionar sobre los acontecimientos históricos que acompañaron el desarrollo de las ciencias sociales durante el siglo XX.

La irrupción del nacionalsocialismo y el fascismo, el triunfo del stalinismo, obligaron a retomar una vez más la cuestión del sujeto. Era preciso adentrarse en lo que Georges Bataille, en consonancia con W. Benjamin y los frankfurtianos, denominó felizmente como la estructura psicológica del fascismo (Álvarez Uría, 1997).

De esta forma, los científicos sociales críticos comenzaron a indagar la subjetividad, y utilizaron el psicoanálisis para construir una aproximación a lo interpretativo.

Si analizamos la lógica de fondo de las imaginativas y esclarecedoras producciones intelectuales de C. Wright Mills, E. Goffman, L. Coser y otros sociólogos críticos norteamericanos, resulta claro que tras la elite del poder, tras la conceptualización y crítica de las instituciones totales, o la diseminación por todo el cuerpo social de las instituciones voraces, lo que está en juego es no solo la negación de determinadas libertades en determinadas coyunturas específicas sino también, y sobre todo, la perpetuación del autoritarismo y del fascismo precisamente en el interior mismo de los regímenes democráticos (Álvarez Uría, 1997).

Desde el comprensivismo se altera el orden de las causalidades (los efectos pueden estar antes que las causas), por lo cual los fenómenos histórico-sociales se presentan

como complejos y se admite la gran dificultad para acceder al todo. De ahí la necesidad de captar variables relevantes, comportamientos, interrelaciones. En definitiva, acceder al mundo del otro, al modo como lo interpreta, comprende y explica. Así, el comprensivismo cambia la noción de *causalidad* por la de *conexiones causales*, que no son leyes ni enunciados generales sino lo que constituye la imputación de sentidos a la acción social en términos de Weber.

Las conexiones causales implican constelaciones individuales e históricas de causas que conducen al fenómeno como resultado. El fin ya no es el conocimiento de las causas, sino el medio que facilita el acceso a la imputación de sentidos.

A su vez, según G. Simmel, no es posible comprender la sociedad sin tener en cuenta la existencia de movimientos que separan o acercan diferentes constelaciones. Es decir, toda sociedad vive en "acto" pulsiones que alejan o acercan a grupos, personas, etcétera. La sociedad es posible a través del lazo social en tanto acción recíproca.

Además, la consistencia de los lazos sociales depende de "regiones" de significación con reglas de pertinencia, circunscriptas por las interacciones. En definitiva, no existe la sociedad sin acciones recíprocas, y esa reciprocidad lo que se constituye como desafío para la intervención en lo social. Desde esta perspectiva, se puede acceder a una visión dinámica de la sociedad que se vincula en gran parte a las características culturales.

Es posible pensar, entonces, una relación entre comunidad y cultura por fuera de parámetros estáticos. En otras palabras, la existencia de códigos y sanciones es otra fuente de mirada para la intervención en lo social. Este sistema de codificaciones abarca diferentes esferas que incluyen lo religioso, lo moral, la ley y las costumbres, mientras que las sanciones pueden ser suprasociales (provenientes de la religión), sociales, de aplicación de fuerzas o surgidas en la esfera de la cultura.

Algunas aplicaciones de la intervención en lo social

Desde una demanda construida a partir de la violencia doméstica es posible, por ejemplo, elaborar una lógica del acontecimiento que convoque la intervención, y que permita delimitar categorías de análisis enfocadas, en principio, en la explicación y la búsqueda de "conexiones causales".

De esta forma, una demanda como la mencionada puede relacionarse con la pérdida de reciprocidades e intercambios de las relaciones vinculares de los miembros afectados. Asimismo, son múltiples las motivaciones que deben ser consideradas: la emergencia del matrifocalismo (como forma de alteración de papeles y funciones en una unidad doméstica); la caída o pérdida de grandes relatos explicativos (que implican una posible construcción de nuevas esferas de explicación para cada integrante de un grupo familiar); el impacto de la crisis económica (con su carga de incertidumbre e inquietud); dificultades para re-codificar lo nuevo como incierto; la implosión de lo paterno masculino; la crisis de las instancias sociales de contención; el deterioro de los vínculos solidarios; interrogantes como: ¿la violencia puede ser una forma de lenguaje o es un fenómeno nuevo que obstruye?.

En definitiva, se presentan cuestiones que implican la necesidad de nuevas formas de aproximación a la demanda que comienza a construir la intervención. En otras palabras, se intenta una vez más una aproximación a lo social desde la búsqueda de la comprensión y explicación de los actores en el escenario de su vida cotidiana.

De este modo, los relatos que se presentan se recortan en torno a lo que cada momento histórico propone como problema social, y forman parte del núcleo significativo de ese sujeto que demanda atención; de ellos dependen la construcción real y simbólica de aquello presentado como problema.

Así, desde la intervención se derivan diferentes aproximaciones a la misma cuestión: el relato que surge de una

historia social en un hospital psiquiátrico o general, la narración de las dificultades y posibilidades organizativas de un barrio o comunidad, las necesidades sociales, etcétera.

En suma, el relato posee un plano material y uno simbólico que se manifiestan en la demanda. Esta se construye en forma histórico-social, y es la expresión de los actores sociales. Todo este proceso es mediado por una determinada modalidad de intervención y por categorías de análisis que se van construyendo en forma permanente.

La intervención en lo social se elabora entonces como un dispositivo que intenta articular lo real con lo subjetivo, a través de lo imaginario y lo simbólico. Y en esta articulación es preciso interrogarse: ¿cómo se construyen esos órdenes?, ¿cómo se actualizan?, ¿cómo se transmiten?, y especialmente, ¿cómo se mediatizan?

Una experiencia llevada adelante a través de un programa de autoconstrucción de viviendas y ayuda mutua ilustra lo que acabamos de exponer:

La información necesaria para cubrir los casilleros de la encuesta social no era suficiente para acceder a algunos componentes de la singularidad de los actores intervinientes [...] este momento no debe ser entendido en términos morales y de present acción por parte de los involucrados de mayores carencias o méritos para poder acceder al PE. Todo lo contrario. Me estoy refiriendo solamente a la necesidad de hacer presente las trayectorias personales, familiares y colectivas de esos vecinos e incorporarlas [...] al proceso de autoconstrucción de viviendas por el sistema de ayuda mutua. Para poder lograrlo era necesario aproximarse a la subjetividad de los posibles autoconstructores y comenzar a profundizar algunos de sus componentes y la cultura (Rivas, 2001).

Otra cuestión significativa de la intervención en lo social se relaciona con la recuperación de solidaridades. La noción de *solidaridad* permite repensar algunas cuestiones relevantes de la intervención, desde donde se intenta pro-

blematizar conceptos que en definitiva remiten a la idea global de solidaridad. De esta forma igualdad, identidad, pertenencia, presencia, origen, etcétera, se relacionan con la problemática de la integración, en el sentido de la refundación de solidaridades. De modo que resulta necesario dejar de lado algunos presupuestos de tipo dicotómico, como salud y enfermedad, ya que desde la perspectiva de la integración, la no dicotomía de ambos conceptos implica una forma diferente de posicionamiento frente a esos temas, vinculándolos a la historia, la singularidad y el contexto. En definitiva, la oposición entre salud y enfermedad no es más que una "construcción", al igual que otras que remiten a la separación entre sujeto y objeto, individuo y sociedad, interioridad y exterioridad, instancias que al separarse se proponen como categorías ahistóricas y asociales, ratificando una supuesta "universalidad".

Algunas veces la presencia de la demanda desde la institución o desde el "caso social" insta a pensar la intervención en términos próximos al comprensivismo. En principio, diremos que el acontecimiento que funda la intervención a partir de la demanda puede leerse desde las motivaciones que determinan el sentido de la acción. Este proceso es atravesado por pautas culturales que a veces dan cuenta de las dificultades actuales para la transmisión de códigos y experiencias, especialmente a partir de la caída de los grandes relatos contenedores. Esto puede mostrar cierto grado de complejidad en tanto se incorpora una cultura que puede ser propia. Desde esta perspectiva, la mirada desde la intervención en lo social se puede orientar en el sentido de la acción a partir de la imputación de sentidos que da forma a la demanda.

Intervenir también implica interrogarse sobre las circunstancias, construcciones o acontecimientos que se interponen entre sujeto e identidad. Tal vez el camino más relevante de la intervención consista en aproximarse a esas cuestiones a partir de una separación entre sujeto e historia en una sociedad que se presenta como fragmentada.

Félix Guattari aporta una visión interesante de las potencialidades de este dispositivo. Se pregunta:

¿Cuáles son las posibilidades de la intervención, los márgenes reales de maniobra de los maestros, los trabajadores de la salud mental, los trabajadores sociales? Para determinarlo es necesario que se superpongan discursos de diferentes órdenes y no solamente discursos de teorización general, sino también "microdiscursos" más o menos balbuceantes, en el nivel de las relaciones de la vida cotidiana [...]. El análisis consiste en articular [...], en hacer coexistir, en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente esos discursos (Guattari, 1981).

En definitiva, la intervención en lo social implica una necesaria articulación entre la subjetividad y los procesos colectivos con un horizonte predeterminado: el de la problemática de la integración. Este proceso es accesible a través de la interpretación del acontecimiento, el análisis y el registro. Por último, la intervención en lo social expresa la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad, a la vez que recupera la importancia de los vínculos de ese sujeto con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construyó discursivamente como hegemónico. Una alteración de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real.



La intervención en espacios microsociales

La intervención en lo social y los espacios microsociales. El caso del trabajo social comunitario

El estudio y el análisis del contexto social, ya expuestos en capítulos anteriores, de alguna manera marcan una dirección a la intervención en comunidad, que puede relacionarse con la “problemática de la integración”. En otras palabras, es posible definir la intervención en el ámbito de la comunidad como un dispositivo que intenta producir modificaciones, justamente en las expresiones locales que son efecto de esa problemática.

De esta forma, el horizonte de la intervención comunitaria se vincula en principio a la posibilidad de trabajar los aspectos más significativos de la “problemática de la integración”, que se expresan en el plano local en forma de “fragmentación social”.

La expresión microsocial de la intervención es visible a través de múltiples reclamos y reivindicaciones vinculados a la calidad de vida, que muchas veces tienen un carácter reducido, acotado a una cuestión específica. En otras palabras, y en líneas generales, el reclamo producto de la organización barrial no apela al todo social en términos de su transformación, sino que quedaría dentro de los lími-

tes del espacio microsocioal. Pero esto no hace que deje de interpelar ni que pierda su carácter organizativo: simplemente, y tal vez en forma momentánea, se restringe a una dimensión menor que en épocas anteriores.

Otra expresión de la fragmentación de lo social se manifiesta a través de diferentes formas de padecimiento. Tanto la fragmentación como el padecimiento interrogan a la intervención en lo social en tanto posibilidad de intervenir sobre aquello que la crisis separó. En efecto, el trabajo comunitario puede proponerse, dentro de sus lineamientos generales, intervenir en los procesos o fenómenos de fragmentación (en tanto trama social), a partir de su expresión local, intentando reparar o reconstituir aquello que las condiciones sociales, económicas y políticas fragmentaron.

En este sentido, entonces, la intervención comunitaria se relaciona con una serie de elementos integradores, organizadores y simbólicos que pueden servir en función de la reconstrucción de identidades en un escenario microsocioal. Así, la intervención en la comunidad implica una modalidad singular, según la cual construye su complejidad a partir de la elaboración de dispositivos que van a actuar en espacios microsocioales, cuyo horizonte se relaciona con la integración, la organización barrial y la identidad.

Lo microsocioal implica una mirada a lo local y una búsqueda de la singularidad del escenario de acuerdo con sus propias características y su relación con lo macrosocioal. Por otro lado, la singularidad forma parte de una construcción histórica de esa comunidad que va a tener significados particulares. Es decir, el acceso a la singularidad permite incorporar historicidad a la intervención comunitaria, lo que implica una apertura hacia la concepción de los problemas sociales desde su construcción, ampliando de esta forma la mirada hacia la posibilidad o no de distintas formas de reparación propias de cada lugar, que pueden ser evidentes o que necesitan ser develadas desde la intervención.

La intervención en comunidad, si bien se apoya en lo expuesto, también permite hacer más operativos y factibles los diversos programas sociales que se aplican y, a través de la triangulación entre elementos cualitativos y cuantitativos, evaluar el impacto de las estrategias de intervención utilizadas. En definitiva, se trata de elaborar modalidades de intervención que puedan singularizarse en lo local.

Por otra parte, el espacio de lo barrial instaaura una serie de significaciones a través de las cuales puede observarse la tensión entre lo público y lo privado. Es posible pensar el barrio en una trama de significaciones, desde la apropiación social del espacio, hasta la construcción o el intento de constituir un orden propio que habla de la cultura e historia de quienes lo habitan.

La sociedad crea los espacios y, en muchos casos, los conflictos sociales urbanos muestran las marcas que quedan inscriptas en el territorio de lo barrial: un barrio, una comunidad, un espacio, es un texto que es posible develar. Al mismo tiempo, la sociedad es el lugar donde se expresa la complejidad de los lazos sociales, ya que es el espacio donde transcurre gran parte de la cotidianidad. Distintos elementos materiales y simbólicos le dan características definidas al espacio. Una forma de construcción de identidad pasa, en muchos casos, por los modos de apropiación de los espacios. La ciudad en general se presenta entonces como un espacio de pujas permanentes y diarias donde la marca del grafiti —llamado “tatuaje urbano” por algunos autores— puede delimitar territorios. El espacio se muestra a los otros, se nombra, se materializa y participa en la construcción de identidades, dentro de la constitución de dos órdenes: uno visual y otro lingüístico.

La ciudad se nos presenta como un sistema de significaciones que se va a singularizar en lo microsociales, lo barrial, lo comunitario. Pero la ciudad es también significación social en sí misma, producto de diferentes condiciones históricas, discursivas, valorativas, económicas, políticas,

etcétera. Hoy su expresión, o parte de ella, se manifiesta en los espacios microsociales, donde aún se construyen identidades que, desde una perspectiva contextual, presuponen el concepto de la conciencia de sí, reafirmada desde lo territorial, lo lingüístico, lo familiar, los orígenes, la religiosidad, los códigos, etcétera. Identidad que, en definitiva, se constituye en la interacción con la presencia de un "otro" que forma parte de un escenario, de un espacio microsocioal.

El diagnóstico comunitario o el conocimiento de lo local para la intervención en comunidad

Pensar en el "diagnóstico comunitario" requiere, en principio, revisar los términos que se utilizan para caracterizarlo. En otras palabras, la utilización de la acepción "diagnóstico" muestra desde el inicio, si se quiere, una medicalización del conocimiento al que se pretende acceder o construir acerca de una comunidad, barrio o localidad. Es decir, la noción de diagnóstico comunitario remite inevitablemente a las prácticas médicas en la búsqueda de "indicadores" o "síntomas" de la "enfermedad" en un determinado lugar o territorio.

Desde una perspectiva clásica, el tema del diagnóstico comunitario o la construcción de conocimiento acerca de las dificultades de determinado escenario es bastante conocido y se puede encontrar en diferentes manuales de atención primaria de salud o en textos sobre desarrollo de la comunidad, tal vez más relacionados con concepciones de tipo universal y esquemas metodológicos que fueron útiles para adaptarse a situaciones diversas pero que plantean dificultades para dar cuenta de las necesidades de intervención en el presente.

En la actualidad, y en función de lo engorroso del trabajo comunitario ante la creciente complejidad social, se

hace necesario pensar modalidades de intervención que permitan una aproximación genuina a la particularidad de lo local, en especial a partir de la fuerte heterogeneidad de lo social y las dificultades de acceso a la comprensión y explicación de diversos fenómenos. Estos son presentados en la práctica cotidiana como problemas en tanto demandas de tipo integral.

Dada la dificultad de la intervención comunitaria en la actualidad, la concepción de “diagnóstico” no sería suficiente en la búsqueda de lineamientos, perspectivas y esencialmente horizontes para la intervención en lo social desde cualquier campo. Se podría pensar esta categoría de análisis desde otras miradas, más orientadas hacia lo socio-cultural y concebidas según la noción de “microsociología local”, tomando aportes de Erving Goffman y otros autores como Geertz, Hammersley, Atkinson o Rosaldo. Sobre este aspecto, Geertz plantea:

Así, los científicos sociales han empezado a comprender que no necesitaban emular a los físicos o a los humanistas de gabinete, ni siquiera inventar algún nuevo dominio del ser que sirviese como objeto de sus investigaciones. En cambio podían proceder según su vocación, intentando descubrir un orden de la vida colectiva y determinando las conexiones de lo que habían estado realizando con iniciativas afines [...]. La explicación interpretativa –y se trata de una forma de explicación, no solo de glosografía exaltada– centra su atención en el significado que las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos y costumbres [...] tienen para quienes poseen tales instituciones, acciones, costumbres, etcétera (Geertz, 1983: 33-34).

Acceder al conocimiento de la “microsociología local”, desde un punto de vista si se quiere profundo y especialmente vinculado a lo cualitativo, supone una serie de dificultades y posibilidades. En principio, el acceso a la “microsociología local” se relaciona con un deter-

minado contexto, en el cual lo microsocioal se encuentra atravesado por lo macrosocioal, pero, a su vez, este juego de interrelaciones está signado por la historicidad del espacio o territorio y por una serie de aspectos socioculturales que en la actualidad se presentan como sumamente complejos. Desde esta perspectiva, es posible pensar la comunidad como un contexto particular de intervención, desde el cual pueden surgir algunos interrogantes referidos especialmente a la dirección u orientación del trabajo comunitario.

Es posible hacer una larga lista de los objetivos técnicos del trabajo comunitario que aspiran a mejorar la calidad de vida de la población, disminuir las enfermedades infecciosas, incrementar el número de vacunaciones, mejorar los índices de habitabilidad, bajar las tasas de analfabetismo, etcétera. A su vez, en la actualidad se suman nuevas cuestiones como la drogadicción, el sida, el desempleo, la falta de espacios de encuentro o socialización, la violencia doméstica, la violencia urbana, etcétera. Estas últimas provocan crecientes dificultades en la intervención y son las más frecuentes en las demandas locales, lo cual muestra que es necesario elaborar estrategias de intervención que puedan dar respuesta tanto a los problemas "históricos" de la comunidad como a los que se presentan como novedosos. De esta forma surge la necesidad de profundizar en el conocimiento de lo local, lo que conlleva nuevas cuestiones e interrogantes que se hace necesario trabajar previamente.

Una mirada rápida al contexto nos muestra la posibilidad de comprenderlo, pues se encuentra atravesado por una situación de crisis que, en principio, se podría analizar desde dos puntos de vista. Uno, bastante accesible y medible, es el punto de vista cuantitativo, que puede ser desarrollado en cuadros y gráficos: índices de desempleo, situación alimentaria, tasas de mortalidad infantil, datos demográficos, incidencia de enfermedades infecciosas

prevenibles, situación de la vivienda, índices de escolarización, etcétera. Esta mirada nos muestra, a través de datos concretos, la situación de las condiciones objetivas y fácticas de la cuestión social y revela la envergadura de una crisis global que va a impactar singularmente en una comunidad.

Pero, por otra parte, todo este proceso está generando diversos niveles de impacto subjetivo en toda la población, dejando marcas que a su vez remiten a otras necesidades de intervención y otros niveles de problema, lo cual requiere una mirada cualitativa. Desde el punto de vista de lo cualitativo, se reconoce la existencia de nuevos acontecimientos que no son de fácil medición: por ejemplo, por un lado, es posible medir la presencia del sida, pero es muy difícil entender el impacto del VIH sobre la singularidad de su portador y cómo esto implica una marca familiar y local. Es decir, una situación objetiva implica una impresión en la esfera subjetiva, que puede traducirse en incertidumbre, dificultades familiares, ruptura de lazos sociales, pérdida de espacios de socialización, etcétera, a partir de lo cual se producen nuevas significaciones en cuanto a la idea de enfermedad, por ejemplo, así como también la generación o búsqueda de formas de supervivencia, etcétera.

En la actualidad, la intervención en comunidad se enfrenta con ambas cuestiones, las cuantitativas y las cualitativas. La integración de ambas esferas del problema influye de manera relevante en la metodología de trabajo, generando nuevas modalidades de intervención que intentan actuar sobre ambas.

Desde esta perspectiva, la aproximación al conocimiento de la "microsociología local" implica comprender los espacios de intervención comunitaria desde la existencia de dos órdenes: uno social y otro de experiencia subjetiva. Es decir, dentro de una comunidad nos encontramos con situaciones de interacción entre diferentes actores, que pueden mostrarnos singulares y diferentes formas de

padecimiento en tanto efectos de la cuestión social. Desde la perspectiva de Goffman, es posible sugerir el análisis social de esta situación desde una posición integradora. Este proceso de análisis puede mostrar la construcción de una lógica que nuevamente se elabora en dos órdenes, uno macrosocial y otro microsociales, dentro de un contexto que es posible denominar *escenario*, donde se despliega el guión de la trama social, donde el sujeto y su entorno prueban la vulnerabilidad o eficiencia de sus lazos sociales, su inserción social, su relación con determinados espacios de socialización, la existencia de nuevos papeles en la esfera de la familia, etcétera.

En definitiva, el conocimiento microsociológico local implica la conjunción de los dos aspectos mencionados, es decir, aquello que es posible medir y el impacto cualitativo de los indicadores sociales en la singularidad del contexto donde se propone la intervención comunitaria.

La observación como inicio de la intervención en comunidad

Desde este plano de análisis y en función del conocimiento del contexto de intervención comunitaria, se hace necesario sumar una mirada cualitativa de la comunidad a la cuantitativa, aportada por los indicadores sociales, económicos, etcétera.

La observación como una de las instancias de la intervención en comunidad implica una forma de aproximación a la realidad que se pretende estudiar en términos de conocimiento de lo microsociales. Desde los aportes de la investigación-acción es posible plantear que el instrumento de observación en el trabajo comunitario es el "observador mismo", pero este está signado por representaciones y saberes previos que requieren una profunda reflexión y trabajo en equipo para dar lugar a una reelaboración

de lo observado en tanto búsqueda de interpretaciones y confrontación con lo empírico, es decir, con lo fáctico. La observación es, entonces, una instancia de un proceso de análisis que contribuye a la interpretación de lo local. Desde esta perspectiva, la observación se vincula a la mirada sobre la trama cultural del espacio microsocial. Según Geertz, dentro de una situación social pueden existir diferentes claves interpretativas, de ahí la importancia de la propia visión del actor en tanto construye significaciones en su vida cotidiana.

En definitiva, la observación se relaciona con una situación o acontecimiento estipulado con anterioridad, debe ser planificada y evaluada y es necesario remitirla a proposiciones generales.

Por otro lado, aquello que se observa tiene historicidad, forma parte de un proceso, expresa lo colectivo y se encuentra en movimiento permanente. Además, el papel del observador se vincula a la imagen que de él tiene la comunidad, lo cual construye una esfera de reciprocidades que puede ser caracterizada como intervención comunitaria, en tanto construcción de lazos sociales dentro del proceso de intervención en lo social. Este tema fue de vital interés, por ejemplo, para la Escuela de Chicago, y sobresale en los trabajos de Robert Park. Por otra parte, lo que el observador vea dependerá en gran parte de su ubicación dentro de una determinada red de relaciones locales. De ahí los aportes de la observación participante utilizada en la investigación-acción, que se relacionan con los primeros trabajos de Fals Borda, ya que este dispositivo metodológico permite registrar los medios, los símbolos y los mundos de experiencia que tienen significado para la comunidad.

En principio es necesario acceder a la comprensión y explicación del mundo que tienen los sujetos y grupos sobre los cuales se interviene, intentando aproximarse a los códigos locales, las formas de participación y en especial

las modalidades de comprensión y explicación de los problemas sociales que estos poseen.

Este abordaje, que recibe aportes de la antropología y del trabajo social, revela la necesidad de acceder a las formas constitutivas del espacio microsocioal en términos de reciprocidades e intercambios. Justamente es este plano de observación el que se vincula a la intervención. La observación se transforma en un dispositivo de intervención que se orienta hacia la reconstrucción de solidaridades, redes y formas de reciprocidad e intercambio que implican una dinámica material y simbólica en cada situación; es decir, la observación es la instancia inicial de un proceso que busca restituir una trama social fragmentada y fuertemente atravesada por formas de sociabilidad que cada vez más se orientan hacia la esfera individual. La mirada sobre las relaciones de reciprocidad e intercambio, entendidas en términos de relación social o, mejor, de lazo social, presupone esa perspectiva que intenta desde los espacios microsociales amalgamar aquello que la crisis fragmentó.

Otro plano de la mirada se relaciona con lo histórico, vinculando la historicidad y las características organizativas locales a través de determinados dispositivos de intervención que incluyen las asambleas, los espacios grupales y las historias de vida. De esta forma es posible acceder a un conocimiento profundo de la comunidad, en tanto se analizan las potencialidades de organización de los diversos grupos que la integran, así como también las formas de comprensión e interpretación de los problemas dentro de diferentes esferas (organizacionales, grupales, comunitarias, institucionales, etcétera).

Según esta perspectiva, la historia de los sujetos, familias y grupos de la comunidad es concebida desde una estrategia de recuperación de lo propio, de aquello que construye identidad y que, en definitiva, se vincula al "todo social". Resulta necesario, entonces, adaptar para el trabajo comunitario algunos de los dispositivos, técnicas e

instrumentos de intervención que las ciencias sociales han utilizado hasta el presente.

Por otra parte, la mirada hacia los aspectos lúdicos y expresivos muestra también otra posibilidad de aproximación a la comunidad. Con frecuencia, la aplicación de determinadas estrategias de juegos –reglados y no reglados– es útil si se orientan hacia la reconstrucción de una trama social segmentada por las diversas expresiones de la crisis. En muchas experiencias de trabajo de campo, la expresión plástica (por ejemplo, utilizada con niños o adultos para la descripción del barrio y de sus problemas) da cuenta rápidamente de las dificultades de integración y socialización que ese espacio posee.

En síntesis, la observación desde los aportes de la investigación-acción o la investigación participante adaptada al trabajo comunitario se transforma en una modalidad de intervención capaz de orientar futuras acciones en relación con la singularidad de cada espacio microsocioal, cargando de sentidos a los instrumentos clásicos de intervención en comunidad.

Hacia un esquema de trabajo comunitario

Las estrategias de intervención en comunidad pueden graficarse en un cuadro que nos permita ordenar lo expuesto y profundizar cada uno de sus aspectos.

Lo solidario como estrategia de intervención en espacios microsociales

Desde la intervención en los espacios microsociales, la mirada a la cuestión de la solidaridad permite reflexionar acerca de los lazos sociales y de la sociabilidad que estos fomentan. No se trata de recuperar la visión de solidaridad orgánica y/o mecánica, presente en el pensamiento

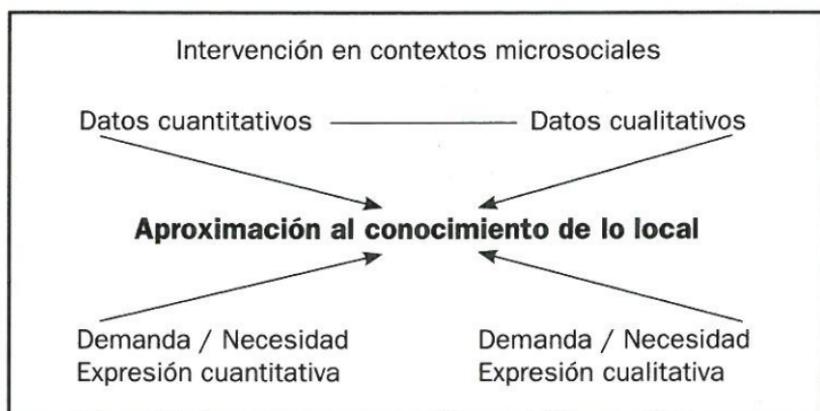
Gráfico 1



de Émile Durkheim, sino de visualizar los lazos sociales desde las relaciones informales que se construyen en el espacio de la vida cotidiana.

Considerar la importancia de la solidaridad permite intervenir en la estructura de los lazos sociales que se esta-

Gráfico 2



blecen en los espacios microsociales: desde una intervención en comunidad, la visión de la solidaridad constituye una vía de llegada a las diferentes formas organizativas que pueden encontrarse en un determinado espacio o lugar de intervención. De modo que, desde la perspectiva de solidaridad centrada en los lazos sociales, es posible una aproximación al conocimiento y análisis de la realidad local, de los significados que se atribuyen a los acontecimientos en ese medio, y de la influencia de lo macrosocial en ellos.

Dentro de esta arquitectura de lazos sociales es posible precisar el campo de relaciones de una persona, la representación del espacio y el tiempo de dichos lazos y su proyección al conjunto de lo microsociales, así como también develar las relaciones con el todo social. Esta trama arquitectónica puede transformarse, a partir de la intervención, en un lugar de intercambio material, simbólico e imaginario, que se relacionará con las reciprocidades de los integrantes de un grupo o barrio en lo que se refiere a la construcción de identidades. A su vez, posee reglas (códigos) no escritas, lo que la ratifica en un lugar de informalidad asociándola con una determinada dinámica cultural y con un sistema de códigos y valores.

Esta articulación de lazos sociales que es posible develar a partir de la intervención en espacios microsociales implica

una serie de relaciones informales que se construyen y se recrean a partir de acontecimientos significativos, como la biografía de sus integrantes, el parentesco, la vecindad o la amistad. Pero, por otro lado, esta trama de relaciones que se estructuran a partir de lazos sociales se asocia a determinados procesos colectivos y a su historia, y constituye también una circulación de intersubjetividades que exige otra vía de ingreso a la cuestión de la identidad. Las relaciones que se constituyen a través de los lazos sociales tienen un sentido integrador, organizador y simbólico. Desde la filosofía de Husserl, la relación en cuanto a las cosas es impensable sin una corporeidad constitutiva, sin un punto intermedio:

La subjetividad pasa a la esfera intermedia de la intersubjetividad, un “entre” (*zwischen*) como lo llama Martin Buber, un “mundo intermedio” (*zwischenreich*) como lo llama Merleau-Ponty, un “reino intermedio” como lo he llamado, que pertenece a todos y a ninguno en particular (Waldenfels, 1997).

Además, la construcción de sociabilidad a través de los lazos sociales significa la posibilidad de encontrarse con ciertos niveles de predicción, organización de recursos, previsión y contención. De esta forma, el mundo de lo incierto, en tanto padecimiento, puede retomar certezas, pequeñas pero significativas, que se inscriben en lo intersubjetivo.

Así, los lazos sociales no solo ratifican, en la vida cotidiana, la identidad de cada uno de los integrantes de la arquitectura mencionada y la percepción, identificación y resolución de problemas; también construyen instancias de contención y apoyo que se “salen de los carriles” establecidos formalmente en la sociabilidad del contrato, apoyándose en la cohesión del lazo. Otra vez, la problemática de la identidad se presenta como horizonte de la intervención.

Por otra parte, todo este juego de intercambios y reciprocidades no es acumulable, no está escrito (en términos de contrato), no implica rendir cuentas desde la perspectiva del “balance”, sino simplemente explicitarlo desde la

interacción a través de las relaciones sociales. Ahora bien, aunque no está escrito, este dispositivo de intercambios tiene registro en términos de inscripción y, de esta forma, construye su propia memoria.

Objetivamente los intercambios son múltiples, observables y cuantificables; de esta forma se intercambian apoyo, información, objetos, cuidados, dinero, etcétera. Cada etapa o tiempo de circulación de intercambios en esta arquitectura de lazos sociales va a relacionarse con dos aspectos relevantes: por un lado, con la constante recreación del vínculo y, por otro lado, con la construcción o legitimación de formas propias de normatividad de las acciones.

Este entramado de lazos sociales construye una forma de solidaridad, de intervención informal en la "problemática de la integración", pero también se presenta para la intervención en lo social como un interlocutor, y puede dar cuenta del estado de organización de determinado grupo o comunidad o de la relación que estos establecen con sus necesidades. Desde la intervención en lo social se plantea una serie de preguntas dirigidas hacia ese entramado o arquitectura construida a través de lazos sociales. En principio, la indagación apunta a las actividades en tanto intercambios que se puedan realizar en esa trama sociocultural. A su vez, las formas de relación y de comunicación constituyen un posible aporte para una mayor comprensión de lo local. Asimismo, la forma de construcción de esa sociabilidad se presenta como significativa, ya que puede orientar acerca de la historia del grupo o la comunidad. Desde esta perspectiva, la interrogación acerca de la historia resulta relevante para la recopilación de relatos, individuales o grupales, sobre la constitución de esa trama.

Por otra parte, los interrogantes de la intervención en lo social también apuntan a la interrupción de esa serie de tramas y/o lazos sociales, a sus obstáculos y a las posibilidades de facilitar su circulación, como así también de determinar dónde y cómo es posible, en la intervención, la recomposición de aquello que se fracturó o fragmentó.

Lo histórico como eje estratégico de intervención en lo social

La aplicación de instrumentos de intervención que consideran la historia del sujeto, grupo o microsociedad confiere, en principio, un reconocimiento que permite comprender el campo en el que se despliega la intervención desde una perspectiva histórico-social. En otras palabras, es necesario conferirle a la intervención la posibilidad de una aproximación desde lo colectivo, como estrategia para la reconstrucción de la historia.

Las entrevistas signadas por relatos de historias de vida, biografías o acontecimientos significativos implican en sí mismas una intervención, ya que permiten relacionar los acontecimientos del presente con una revisión del pasado. De esta forma, el propio relato construye un escenario de intervención, y a su vez se transforma en su instrumento. El relato biográfico o "historia de vida" es básicamente un documento humano, un relato de experiencias: da cuenta de las acciones de un sujeto, grupo o comunidad en tanto participantes histórico-sociales de la vida social.

De esta forma, la intervención vincula historia y contexto, allí donde la palabra de ese otro implica una fuerte corriente de sentidos. El relato oral abre una serie de posibilidades de acceso al mundo de significaciones de los sujetos sobre los cuales se interviene. En la tradición aborigen de América, por ejemplo, el registro de los relatos orales restituye los valores significativos de la comunidad y nos enseña acerca de la persistencia de esos valores en la actualidad.

El nombre que me dio mi padre es Walimai, que en la lengua de nuestros hermanos del norte quiere decir viento. Puedo contártelo porque eres como mi propia hija y tienes mi permiso para nombrarme, aunque solo cuando estamos en familia. Se debe tener mucho cuidado con los nombres de las personas y de los seres queridos porque al pronunciarlos se toca su corazón (Allende, 1995).

Desde esta perspectiva de recuperación de lo oral,

utilizando como elemento básico el idioma y la palabra, “hablar es también ser”. Hablar es nombrar, y el habla se relaciona con el orden constitutivo de la sociabilidad.

Esta recuperación histórica, en tanto intervención, implica también una construcción de lo vivencial, que hace posible articular los acontecimientos personales, sociales y comunitarios con un sentido histórico, resignificando o encontrando nuevos sentidos a cuestiones actuales.

En definitiva, la intervención que utiliza como instrumento las biografías o historias de vida va a circunscribirse a la “cuestión social”; es decir, se enfrentará a relatos históricos que se refieren a acontecimientos de tipo social.

Desde una perspectiva más instrumental, las biografías describen momentos de inflexión de la vida de los sujetos, a través de recuerdos o fuentes documentales que pueden ser cartas, diarios, fotografías, etcétera.

Las cartas atadas con la cinta rosa cayeron al fuego y se quemaron sin desparramarse. En cambio el otro grupo de cartas, sin la cinta celeste que lo uniera, se encrespaba y se desparramaba por el horno incineratorio. Se soltaban las hojas y la llama que había de ennegrecerlas y destruirlas antes las iluminaba fugazmente “... ya mañana termina la semana...” “... que desconfiara de las rubias ¿qué le vas a consultar a la almohada?...” “... unas lagrimitas de cocodrilo...” “... al cine? ¿quién te va a comprar los chokolatines?...” (Puig, 1969).

Este párrafo de la novela *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, muestra la fuerte carga de sentidos de lo dicho, en este caso en el marco del género epistolar: la recuperación de las palabras alguna vez escritas o pronunciadas “revive” una historia del pasado que continúa inscripta en el presente pero, tal vez, opacada por otros acontecimientos que no dejan que la memoria se exprese. Así, la recuperación de lo histórico como estrategia de intervención en lo social muestra la posibilidad de actualizar una mirada del pasado que organice o clarifique situaciones significativas en una comunidad, grupo, institución, etcétera.

En definitiva, se trata de una estrategia de recuperación de aquello que el sujeto, grupo o comunidad portan. Desde esta perspectiva, la recuperación de la historia como instrumento de la intervención en lo social constituye otro plano de acceso a la construcción de identidad. La historia muestra una posibilidad concreta de intervención, que recupera la memoria colectiva, poniéndola en escena a través de espectáculos teatrales o audiovisuales, o por medio de muestras fotográficas que representen la historia de un lugar, grupo o territorio.

En definitiva, la recuperación de la historia como estrategia de intervención trata de desentrañar los aspectos simbólicos de la vida social, desde las significaciones individuales o desde las narraciones que hablan de lo colectivo. A su vez, puede dar cuenta de historias de vida en determinados contextos, explicitando pautas de relación y construcción de sociabilidad.

Así, es posible proponer la intervención en comunidad como recuperación de la historia a partir de una serie de estrategias útiles desde una perspectiva instrumental: en primer lugar, la posibilidad de lo grupal como instancia de trabajo donde el grupo comparte el relato, que se orienta hacia la historia del lugar, sus problemas en el pasado y la búsqueda de soluciones en el presente; en segundo lugar, la recuperación de las formas solidarias y autogestionadas que ocurrieron en el pasado y se resignificaron o no en el presente.

El trabajo con grupos heterogéneos puede ser útil debido a la diversidad de representaciones de aquello que se recupera, ya sea desde la perspectiva de los actores que estuvieron presentes o de los miembros de generaciones posteriores que de alguna manera reprodujeron o conservan la inscripción de esos acontecimientos. La posibilidad de acompañar los relatos con objetos o imágenes potencia los atributos de la memoria "corporizando" la historia y da cuenta de los acontecimientos que la comunidad, grupo o institución considera significativos o relevantes. Como recurso para facilitar lo grupal y la relación con el resto de

La intervención en espacios microsociales

la comunidad, algunas experiencias intentaron poner en escena obras teatrales o muestras de objetos, fotografías, etcétera, articulando pasado y presente en un movimiento de integración signado por el fortalecimiento de lazos sociales, la recuperación histórica y la expresión.

Por último, la recuperación de formas lúdicas o creativas que se desarrollaron en el pasado y su expresión en el presente atañen a la construcción de un relato histórico donde el protagonista es la propia memoria colectiva.

Lo lúdico expresivo como estrategia de intervención

Solo en sueños, en la poesía, en el juego —encender una vela, andar con ella por el corredor— nos asomamos a veces a lo que fuimos antes de ser esto que vaya a saber si somos.

JULIO CORTÁZAR

Jugar implica “fundar un orden”, desarrollar actitudes y conductas diferentes de las habituales que posibilitan otra forma de vinculación con el mundo, la vida social y su trama de significaciones. Cada acercamiento lúdico a la realidad genera interrogantes, origina nuevas inquietudes e impulsa formas de relación o construcción de lazos sociales. Un acercamiento lúdico a la vida cotidiana presupone, entonces, tanto la generación de interrogantes como, especialmente, la creación de nuevas formas de relación con los otros.

Mucha gente termina huyendo del barrio, y necesitamos más propuestas que reviertan esta situación. Propuestas que desarrollen un conjunto de actividades. No solo para que comuniquen a la gente del barrio entre sí, sino para que también expresen y permitan el protagonismo de su creatividad. ¿Por qué no convertir la tarde del domingo —tradicionalmente lugar de muchas depresiones— en una tarde de fiesta en el barrio? (Belziti, 1992).

Cada juego o actividad expresiva abre la posibilidad de que lo inesperado se presente, que lo inédito entre en escena. En algunas experiencias en el campo de la salud mental, el juego o la expresión creativa impulsaron la construcción de espacios grupales donde antes no existían. A partir de la irrupción de las problemáticas actuales es posible pensar estos instrumentos como modalidades de intervención que permiten incluir aquello que las desigualdades sociales excluyeron, es decir, separaron del todo social.

El juego aparece como una posibilidad de instalar nuevas reglas, que instauran lo que antes no estaba presente, o, sencillamente, muestran que es posible esa construcción. En algunas prácticas de intervención en comunidad se apela a dispositivos lúdicos. Es posible pensar que, si se trata de trabajar con determinada técnica, lo interesante reside sobre todo en la articulación de sus sentidos. Desde esta perspectiva, el trabajo se orientaría hacia la búsqueda de cohesión del grupo. Es por eso que resulta importante determinar quiénes juegan, para qué lo hacen y cuáles son los efectos de las actividades en el orden de lo simbólico. Efectos que, en definitiva, se van a relacionar con la recuperación de lazos sociales, pero también con la posibilidad de aumentar la confianza en las capacidades de quienes participan de ese espacio de intervención.

Para nosotros juego viene de *jocum*, palabra de origen latino que significa broma o burla. El juego es, pues, lo diferente de lo cotidiano, lo diverso, lo establecido: es la variante, la creatividad misma. Desde la perspectiva occidental, juego y trabajo pertenecen a esferas distintas del quehacer, como la burla, lo serio o la diversión y la vida cotidiana. En las lenguas indígenas americanas no hubo nunca una palabra [...] que pudiera traducirse por lo que llamamos "trabajo". A nadie se le podía ocurrir que no fuera placentero, que no fuera cocreativo con la naturaleza, con Dios, con la sociedad, con lo humano; por ejemplo, construir una casa, pescar, tallar una piedra, pintar una roca [...] eso nunca podía ser "trabajo" (Magrassi, 1985).

Lo lúdico se presenta así como estrategia de recuperación desde un punto de vista instrumental, pero también como una manera de alterar el orden de lo cotidiano, demostrando la posibilidad de resignificar o reconstruir situaciones. El juego permite suspender o desplazar las determinaciones que parecen infranqueables en el sistema de convenciones de la vida cotidiana. Desde una perspectiva de intervención en lo social, lo lúdico no implica solo un instrumento de encuentro o un "pasatiempo" sino una intervención que puede cargarse de sentido en la medida en que se defina con claridad su horizonte.

A su vez, el juego define su propio espacio-tiempo, ajeno a los acontecimientos que se insertan en la temporalidad lineal, no exenta de fatalismo, de la vida cotidiana. Así, las jerarquías, los valores, las leyes, las normas, no funcionan en el espacio consagrado al juego:

Jugar es fundar un orden o improvisarlo y someterse gozosamente a él en el caso de los juegos tradicionales, desde el más simple y espontáneo, como el balero, hasta el más complejo y racional, como el ajedrez. Y es el orden lúdico —sin el cual no hay juego— el que define y limita la libertad del jugador (Scheines, 1985).

Lo creativo como instrumento de intervención se presenta como otra manera de aproximación cualitativa a la dinámica cultural de lo microsociales. Se trataría de articular determinados factores individuales o subjetivos en relación con los diferentes estímulos del medio, desde una visión histórico-social del sujeto. Desde esta perspectiva, lo creativo formaría parte de un proceso que surge y sustenta la propia identidad. A partir de lo grupal, si se entiende al grupo como un lugar transitorio, este, a través de la expresión de la creatividad, ratifica su inserción en el lugar y construye formas que en definitiva apuntan a sentir y sostener su propia inclusión. Para Freud, el arte se presenta como un terreno intermedio, entre la realidad

que se opone a nuestros deseos y el mundo de la fantasía que intenta satisfacerlos plenamente.

A su vez, lo creativo se presenta como la posibilidad de construir y elaborar nuevas respuestas ante nuevas situaciones, desde el sujeto, el grupo o la comunidad. Por otra parte, la creatividad como dispositivo de intervención implica el redescubrimiento de la importancia de lo grupal, la relación entre lo grupal y lo comunitario, la promoción de nuevas formas de comunicación y, por último, la posibilidad de explorar posibilidades expresivas del cuerpo en relación con el espacio.

Lo creativo solo es posible como estructura de valores a través de un grupo humano; esos valores se sitúan y expresan en el presente, pero tienen un correlato histórico significativo.

En definitiva, lo creativo como estrategia de intervención lleva, en otro plano, a crear, sustentar o reconstruir la identidad. Así se conjuga una serie de factores individuales que hacen a la configuración histórico-social del sujeto en permanente relación con las influencias del escenario.

Desde una perspectiva instrumental, existen diferentes técnicas de intervención que se apoyan en distintos medios expresivos: los plásticos, cuya finalidad es la expresión y el desarrollo de la imaginación; los dramáticos, que permiten poner en escena situaciones o problemas de solución compleja; los literarios, que proponen la reconstrucción y construcción de tramas discursivas.

Por último, la intervención en espacios microsociales se presenta como una posibilidad de revisar el trabajo comunitario desde una perspectiva que le permita dialogar con otros campos del saber. Pero tal vez lo más significativo sea definir con claridad el horizonte de la intervención dentro de la singularidad de lo local.

La presentación de las nuevas cuestiones sociales y la intervención en lo social

La intervención en lo social y el padecimiento subjetivo

Una sociedad que se presenta compleja para su análisis e interpretación produce una sensación bastante certera de inaccesibilidad. Si a esto se le suma el incremento de los problemas sociales, como así también la emergencia de otros acontecimientos que hacen ver la aparición de hechos novedosos, en muchos casos inesperados, la situación de la sociedad se torna sumamente engorrosa: acontecimientos que muchas veces son impredecibles van a traer como consecuencia una nueva visión y construcción de los problemas sociales y nuevas formas de expresión del padecimiento, lo cual genera una gran sensación de incertidumbre.

Las características de la crisis, en especial en relación con el aumento de fracturas de lo social, implican la aparición de más y nuevos malestares que son acompañados por un fuerte derrumbe de las certezas que parecían conseguidas para siempre y que funcionaban como punto de apoyo para la construcción de proyectos futuros. En definitiva, es cada vez más dificultoso aprehender lo social; la sociedad se torna indescifrable y esta circunstancia interroga en forma permanente a la intervención y pone en cuestión, especialmente, la dirección que debe seguir. Por

esta razón, la intervención en lo social resulta una forma necesaria de conocimiento de la realidad.

A su vez, la crisis de las diferentes formas de la política crea un escenario de desesperanza y desencanto que recuerda casi como en una profecía las afirmaciones de Max Weber (1904). Lo social se ha tornado inestable y se promociona superficialmente el predominio de las trayectorias individuales por encima de los procesos colectivos. El convencimiento apuesta a lo individual, pero no es más que una jugada, una posibilidad, donde el azar y las condiciones de expoliación de un grupo social o una sociedad entera marcan el rumbo de los hechos. Contradictoriamente, y si se quiere en forma paradójica, nunca ha sido más homogénea la tendencia de concentración del capital y la apropiación de ganancias a escala mundial.

Aun así, las diferenciaciones sociales –casi siempre en dirección a la vulnerabilidad y la exclusión– se han tornado fluctuantes y movibles, generando más sensación de inestabilidad e incertidumbre.

Desde una perspectiva centrada en la intervención, los interrogantes apuntan a la necesidad de ajustar las formas de construcción de categorías de análisis para una aproximación a lo microsocia. En definitiva, salud, enfermedad, trabajo, familia significan en forma diferente y específica en estos nuevos escenarios y están fuertemente atravesados por la singularidad de los actores.

La pérdida de certezas complica las formas de aproximación a los problemas desde la propia vida cotidiana. De aquí la necesidad de trabajar desde la intervención en función de variables biográficas, con un conocimiento profundo de la construcción en tanto comprensión y explicación del mundo de quien se presenta en el lugar de la demanda, por ejemplo, desde una institución que intenta intervenir en lo social.

En un ateneo que tuvo lugar en el Hospital de Emergencias Psiquiátricas Torcuato de Alvear, un caso presentado por una trabajadora social ilustra algunos de los aspectos considerados en nuestra exposición:

La presentación de las nuevas cuestiones sociales

Conozco a Marta en octubre del '96, cuando se inicia su etapa de admisión. En el momento de la primera entrevista no conozco casi nada acerca de ella. Priorizo la concreción de un encuentro a la lectura de su historia clínica. Me sorprende su aspecto, más similar a una paciente de internación que al de alguien que circula por Hospital de Día. Muestra una imagen de descuido y abandono; parece lejana, como ausente, en otro lugar. Lo primero que surge en su presentación es la relación conflictiva que mantiene con su familia. Menciona recriminaciones, presiones, gritos y golpes sobre los que no quiere hablar: "Estoy enganchada con los problemas familiares y siento que no puedo escaparme de ellos" (Ponzzone, 1999).

En algunas oportunidades, la presentación de la persona abre una puerta para pensar una forma de aproximación que le restituya su propia historia y que permita que demande y "hable" de más cosas, a diferencia de lo que ocurriría en una entrevista que buscara construir perfiles de categorías estables. En otras palabras, la mirada y la escucha centradas en la presentación de ese "otro" pueden determinar, orientar y muchas veces marcar un rumbo a la intervención. En los aportes de E. Goffman es posible encontrar algunas claves, especialmente a partir de la idea de "presentación de la persona":

Creía entonces, y sigo creyendo, que cualquier grupo de personas –sean presos, integrantes de un núcleo primitivo, miembros de una tripulación o enfermos hospitalizados– forma una vida propia que, mirada de cerca, se hace significativa, razonable y normal; y que un buen modo de aprender algo sobre cualquiera de esos mundos consiste en someterse personalmente, en compañía de sus miembros, a la rutina diaria de las menudas contingencias a la que ellos mismos están sujetos (Goffman, 1987).

Es decir, se trata de buscar formas de aproximación que puedan dar cuenta de la construcción y explicación del mundo de quien se presenta en un espacio de intervención.

En el ateneo mencionado se plantearon además algunas cuestiones que demuestran el impacto de lo macrosocial en el plano subjetivo, el que se presenta como indescifrable si se buscan explicaciones generales o se lo intenta descifrar a partir de leyes universales, pero que puede ser develado en el espacio de la intervención en lo social.

Marta ingresa a Hospital de Día. Relativiza persistentemente la eficacia del tratamiento haciéndose eco de las presiones de su familia. Habla de una angustia que no puede controlar, que la hace permanecer en la cama, y de un desgano que la paraliza. "No tengo ganas de enfrentar el mundo... No tengo fuerzas para modificar la realidad." "Antes tenía ilusiones, ahora tengo solamente frustraciones." En este tiempo afianza su amistad con Diana, a quien conoce de Consultorios Externos del Hospital y, ante una agresión física por parte de su familia, decide pasar una semana en su casa (Ponzzone, 1998).

La sensación de pérdida de identidades colectivas o la inestabilidad en su construcción convierten la vida cotidiana en un espacio donde estas circunstancias se presentan en términos de padecimiento, angustias y temores. Una espiral de pérdidas de referencias y puntos de apoyo las enmarca:

No quiere permanecer allí más tiempo: "Tengo miedo de volver a mi casa y que me hagan sentir culpable... pero no quiero ser una carga para Diana". "Me siento un gran paquete y no sé qué hacer conmigo." Su discurso oscila permanentemente entre la denuncia hacia su familia y el sentimiento de culpa que esto le genera, apropiándose de las palabras de su madre y su hermana para con ella: "Ale fui de mi casa con el cuerpo pero no con el alma"; "No sé si los demás esperaban mucho de mí o yo prometí demasiado... Ale siente como si le hubiera fallado a todo el mundo" (Ponzzone, 1998).

La pérdida de certezas en relación con el presente muestra, si se quiere, una nostálgica mirada hacia el pa-

sado, donde lo estable predominaba, por lo menos en el escenario significativo del mundo social de la paciente. En este aspecto, lo singular podría estar reflejando lo macrosocial. En otras palabras, las frecuentes apelaciones al pasado desde diferentes ámbitos de expresión en nuestras sociedades recuerdan de alguna manera tiempos mejores en los que predominaba la confianza:

Habla de una Marta pasada y omnipotente que se contrapone a “una Marta viejita” que no puede responder a “... un para qué tan grande que me frena”. Transmitía en las entrevistas una sensación de impotencia y desasosiego. A este inicio del tratamiento de Marta yo traía algunas cuestiones que, en ese momento, pensaba me bastarían para organizar la dirección de mi intervención. Todos se oponen a su tratamiento. La preocupación central que marca Marta en este momento es la de obtener un empleo, poder autosostenerse económicamente (Ponzzone, 1998).

El sostenimiento económico se transforma también en un motivo de incertidumbre que impacta en diferentes dimensiones del padecimiento subjetivo. La visión del trabajo como espacio idóneo y sostenedor de la identidad y como constructor de espacios de socialización marca en forma terminante gran parte del siglo XX. Es en este sentido que determina gran parte de su inscripción, lo cual excede el hecho concreto de poseerlo, ya que se presenta como posibilidad cierta en la elaboración de proyectos de vida o trayectorias, especialmente en el mundo juvenil. La idea de que tener trabajo “resolverá” las tensiones se relaciona con la intensa carga simbólica que se le atribuye. En otras palabras, se le pide más de lo que realmente puede ofrecer. A su vez, las transformaciones en el mundo del trabajo se inclinan hacia una nueva forma de sumisión, enmascarada en una entrega y compromiso hacia la empresa dentro de la perspectiva de la búsqueda de calidad total, en un marco de fuerte y encarnizada competencia. “Ser el mejor”, y no el más solidario, es el mandato actual. La

empresa se empapa de ideología y busca que se internalicen sus objetivos. Ya no hace falta un capataz que controle los cuerpos: cada uno controlará su espíritu y le dará la dirección de la productividad y la competencia, buscando eficiencia y “calidad total”.

Aun así, el trabajo sigue constituyendo una opción válida entre las alternativas o posibilidades de construir sociabilidad, repercutiendo en la imagen que se tendrá de quien lo posee:

Según ella, esto [el trabajo] permitirá disolver las tensiones en su casa. Tiene 30 años y su historia laboral es extensa: trabajó como administrativa, dio clases, tuvo un comercio propio. Interrumpió sus estudios de Derecho a raíz de su primera crisis por la que fue internada en el Moyano.¹ Menciona a una pareja con la que convivió y rompió hace un año y medio pero de la que tampoco quiere hablar. Se refiere a Hospital de Día como su última esperanza. Viene caminando porque no dispone de dinero para el pasaje. Dice haberse quedado con pocos amigos y recurre a ALCO (Asociación de Lucha contra la Obesidad) para obtener algunos. “Quiero ponerme en actividad, pero una actividad organizada, donde haya un orden... Me gustan los lugares donde no hay despelote.”² (Ponzzone, 1998).

Los grupos de “autoayuda” funcionan como construcción “ortopédica” de espacios de encuentro, intercambios y reciprocidades, donde lo que convoca es simplemente un objetivo común que apela a sí mismo y puede dejar de lado la mirada al todo social. De esta forma, es posible reconstruir precariamente espacios de socialización que ignoran la visión de la sociedad, en especial su visión sociohistórica.

Volviendo específicamente al ateneo, puede también observarse que la dirección de la intervención en lo social

1. Hospital neuropsiquiátrico para mujeres, donde las pacientes tienen internaciones prolongadas que muchas veces duran años.

2. “Desorden” en lunfardo argentino.

se relaciona con la recuperación de aquello que se perdió, es decir, aquello que construyó identidad y sociabilidad.

Mi intervención estaba dirigida a sostener a Marta en su proyecto de independencia y su decisión de quedarse en Buenos Aires a pesar de las exigencias de su familia; oponerle a sus temores la afirmación de su capacidad de gestión y obtención de recursos, que mantuvo a lo largo de toda su historia personal. Desde un inicio la estrategia de tratamiento se orientó a desarticular los mandatos familiares allí donde Marta lograba esbozar su cuestionamiento (Ponzzone, 1998).

En muchos casos, lo que se presenta es una “carrera” que va a ir ratificándose, etapa tras etapa, según la cual se construirá la identidad psiquiátrica del sujeto, acosado por un fatalismo que le impedirá “torcer el rumbo”, que continuará interviniendo, poniendo el acento en lo normativo, logrando el cumplimiento de un mandato, construido histórica y socialmente. De ahí que la intervención en lo social intente desconstruir aquellos acontecimientos históricos que atraviesan al sujeto y que determinan su frustración presente.

Por otra parte, debido al debilitamiento de las normas no aparecen formaciones totalmente coactivas, lo que ratifica la expresión de la crisis de legitimidad y representación, ni tampoco formaciones satisfactorias, dada la flexibilidad de las normas o lo efímero de los códigos.

Se trataba de resquebrajar un entramado de disposiciones familiares en el que ella refería sentirse atrapada. La cuestión implicaba desandar los puntos significativos del modo en el que Marta fue constituyéndose como sujeto moral a partir de prescripciones que, emanadas de su familia, se amparaban en una serie de valores y conductas sustentadas por su adscripción religiosa [...]. A partir de las instancias donde Marta emitía su queja se podía perfilar un reposicionamiento frente a lo que se le presentaba como un imperativo. Creía necesario, como ya lo señalé, incidir en el lugar donde Marta

se desdibujaba en la figura de su madre y su familia, acompañándola a hilvanar una historia propia y posible. Dentro de las sensaciones de opresión y angustia en las que ella se describía podía encontrar la brecha desde donde resistir al mandato que se le imponía y construir otra mirada sobre sí misma (Ponzone, 1998).

Situaciones similares pueden observarse desde la emergencia psiquiátrica:

Surgen algunos interrogantes sobre la relación sida/emblemización. José logró ser internado hace dos días. Ser portador de VIH le sirvió como “emblema” para lograr la internación. Consiguió que su familia –que según él lo había expulsado– vuelva a verlo ahora en el hospital. Él ahora expulsa a las visitas que recibe y determina quién puede visitarlo. La madre se muestra angustiada, quiere que José vuelva a la casa, llora; este ahora pone condiciones, especialmente que le acepten convivir con su pareja homosexual (Carballada, 2001).

Es decir, el estigma, la marca del VIH, tiene diferentes formas de inscripción y atraviesa la singularidad. En definitiva, lo que José logra es muy poco o es enorme: ser internado en una institución psiquiátrica y posicionarse de manera diferente en su entorno. Tal vez desesperadamente intenta resolver situaciones o mínimamente lograr que se acepte su condición en el ámbito familiar. Pero la internación lo proveerá de otro estigma, otra marca, una forma más de ratificar su condición entre quienes construyen junto con él su cotidianidad. En síntesis, se sale de una forma de padecimiento para lograr momentáneamente algún alivio, pero el resultado es sumamente complejo, porque agrega una nueva etiqueta a José.

En los trabajos de E. Goffman, en especial en su libro *Internados*, la interpelación hacia las “instituciones totales” no consiste en preguntar “¿qué son?” sino “¿qué tipo de relaciones construyen o facilitan en su constitución?”. A su

vez, el ingreso a un hospital psiquiátrico implica la “mutilación del yo” –según la terminología de Goffman– y es en la cotidianidad del hospicio donde esta será llevada a cabo. En definitiva, las fragmentaciones de lo social pueden repercutir en las mutilaciones subjetivas que se pueden producir en las instituciones. Y aquí se presenta otra situación compleja para la intervención, cuya orientación se vincula a la disminución del padecimiento subjetivo. El sujeto internado es construido previamente, a partir de una conjunción de relaciones, hechos y acontecimientos que preceden a la internación. De esta forma, lo social puede ser entendido como una construcción histórica.

Otro caso, fuera de la institución psiquiátrica, ilustra estas cuestiones. Jorge tiene 16 años, fue detenido cuando andaba por la calle con una motoneta a la que le sonaba la alarma antirrobo. Desde los 9 años tuvo convulsiones y fue tratado por neurólogos que lo medicaron hasta que cumplió los 14 años. Los padres lo notaron “raro” luego de una pequeña intervención quirúrgica que le hicieron cuando era niño. El médico dijo que tenía “problemas de nervios”. Empezó un tratamiento psicológico que duró un año y medio, al que no concurría seguido. Los padres lo llevaron a un psicólogo de otro hospital. Pensaban que consumía drogas, porque a la vuelta de la casa “hay gente rara que creemos que es drogadicta”. Por esa razón fueron a un programa de “orientación familiar”. Jorge cursa el 5º año de la escuela secundaria, y posiblemente se lleve una materia. Desde aquellas convulsiones a los nueve años los padres sospechan que tiene “algo”. Nunca le hablaron de ese tema, pero lo convencieron de que estudiara en una escuela comercial, aunque Jorge quería hacer el bachillerato. Muestran una carta escrita por Jorge en la comisaría en la que estuvo detenido: “No hice nada, pero perdónenme”.

Jorge tiene episodios asmáticos, que los médicos y los padres atribuyen al cigarrillo. El médico que lo atiende por el asma le escribe en las recetas “Dejá de fumar”; también le recetaron un psicofármaco. Es retraído, callado;

convivió durante dieciocho meses con la abuela materna y los padres. Ella estuvo internada treinta y tres años en el Hospital Melchor Romero. Hace once días que la abuela no vive con ellos: "No podíamos cuidarla por los tratamientos de Jorge". Jorge se llevaba muy bien con ella. Además tenía dos amigos del barrio a los que dejó de ver cuando ellos abandonaron la escuela. Los padres nunca faltan a las reuniones que se hacen donde estudia Jorge. Dicen que a Jorge le gusta la mecánica: "Teníamos un auto, pero lo vendimos, porque Jorge lo desarmaba". Tal vez, Jorge "tenía" algo a partir del primer electroencefalograma. La "salud mental" no alcanzó. Ahora robó una moto. Tal vez le faltaba ejecutar este hecho para cumplir con el papel que, lentamente, en forma prolija y ordenada desde diferentes lugares, le fueron construyendo. Ahora, la tutela no será tan sutil. Quizás de lo que se haga en adelante dependerá su futuro. Probablemente las situaciones se "focalizarán" en la tutela, y las complicaciones irán avanzando progresivamente hacia el cumplimiento de un nuevo perfil. El neurólogo estudió el sistema nervioso, el psicólogo el aparato psíquico, el psiquiatra la conducta, el fisiólogo los pulmones, el "grupo de familias", la familia, y el trabajador social su inserción y sus vinculaciones sociales. Todo dividido, escindido de una totalidad que a su vez se separa de lo que denominamos sociedad. Lo social, en definitiva, en cuanto intervención, se orientó a la tutela (Carballeda, 2001).

Pero aún podemos observar otras formas que asume el padecimiento subjetivo dentro de un escenario cada vez más complejo e inaccesible. La historia de Raúl es contada por su hermana. Su relato me sitúa en un escenario vertiginoso en el que tiene lugar una especie de carrera detrás de las sustancias. "Vendió hasta su mesa de luz, una frazada, todo lo que tenía a mano, para comprar drogas." Raúl dice que necesita 20 o 30 pesos por día para comprar drogas, especialmente cocaína. Eventualmente consume marihuana. Surgen las ideas de "compulsión", "velocidad",

“corrida”. No quedan en la esfera de Raúl otros vínculos sociales que los familiares o las redes de compra de drogas. Las relaciones sociales se construyen a través de la “venta” de sus pertenencias o la compra de sustancias; la hermana relata que Raúl también roba lo que puede para comprar drogas: “Nos robó a nosotros”.

Desde una lectura social, el sentido de la acción se orientaría hacia una “racionalidad con arreglo a fines” –desde la perspectiva weberiana–, pero hacen falta otros planos de análisis, ya que esta perspectiva, por otra parte, implica una fuerte disolución de los códigos, o por lo menos una construcción y disolución efímeras del código. Los fines generan una forma de desprenderse de los valores. Y Raúl reproduce la esencia de nuestra cultura en la actualidad. Los “fines” económicos, en cuanto a la racionalidad de los modelos económicos, se presentan como lo más importante. Los fines construyen su propia esfera de valores, y pueden llegar a constituir una cultura en sí mismos. Los antiguos “valores” y “códigos” quedan eclipsados por esta nueva racionalidad. La historia de Raúl habla, de alguna manera, del “todo” social. Un todo signado también por la velocidad, por la compulsión vertiginosa de la apropiación de ganancias en los mercados (Carballeda, 2001).

Lo complejo de la cuestión social requiere la construcción de esquemas de trabajo que involucran varias disciplinas, las cuales otorgan aportes peculiares y definidos. Los comentarios que siguen, a propósito de otro caso, ratifican la importancia del trabajo interdisciplinario:

Una característica de este tratamiento fue la necesidad de replantearnos en forma permanente la pertinencia de nuestras intervenciones y su dirección. En esto, el intercambio posibilitado por el trabajo en equipo cobra un rol fundamental. El equipo está conformado por una terapeuta individual, médica y un equipo de familia integrado por una trabajadora social y una psicóloga (Gómez y Olcese, 1999).

La apelación a diferentes saberes constituye una de las tendencias más significativas en la intervención en lo social, ya que esta se hace sumamente compleja sin la posibilidad de diálogo entre diferentes campos de conocimiento. Por otra parte, ante el desmantelamiento de una modalidad de intervención clásica, asociada con el Estado de bienestar, lo que estaría quedando de este sería la mera ritualidad de las instituciones y las prácticas, que estipula que para determinada situación “debe” cumplirse un procedimiento definido.

Estas cuestiones implican la necesidad de introducirse en la “lógica del acontecimiento”, donde las posibilidades de racionalidad se resignifican.

A. tiene 15 años y es internado en el hospital a principios de septiembre, por orden judicial, a raíz de un pedido de intervención al Juzgado realizado por su madre. Esta decía que A. volvía a la casa a altas horas de la noche sin avisar y que estaba agresivo; además, sospechaba que se drogaba [...]. La cuestión es que A., luego de una discusión con sus hermanos —una situación habitual en esta familia— es echado de la pieza y duerme en un colchón en la terraza (en pleno invierno). Su madre, asesorada por terapeutas (Hospital B...) pide intervención al Juzgado. A raíz de esto, un médico forense va al domicilio y al ver al paciente durmiendo en un colchón en la terraza indica la internación (Gómez y Olcese, 1999).

En la intervención que plantea el equipo de tratamiento se toma en cuenta la historia de vida del paciente, los acontecimientos significativos y su dimensión en el presente. Allí, la intervención cobra un nuevo significado, ahora más relacionado con las propias vivencias de A.; en definitiva, con el sentido de la acción y con la construcción y explicación del mundo de los actores.

Pasado un mes de la internación, A. cambia notablemente de posición. Pasa de estar preocupado por salir del hospital, volver a trabajar, retomar el estudio, a un estado de abandono de sí mismo. Se niega a irse del hospital. Comienza a decir que

La presentación de las nuevas cuestiones sociales

“está bueno no hacer nada, no trabajar; hay chicas...”. Pide pastillas para dormir. En una primera etapa de la internación, hubo varios factores que nos llevaron a una cierta precipitación de nuestras intervenciones, que tuvieron como consecuencia que tanto los permisos de salida como los intentos de externación fueran interpretados por A. como una expulsión. En primera instancia, nuestro desacuerdo con la internación. Lo que motivó la internación fue una conflictiva familiar y nos preguntábamos, y aún lo hacemos, sobre su pertinencia. También se puso en juego una presión institucional: como no es un “paciente psiquiátrico” debía salir rápidamente, de lo contrario sería un paciente psiquiátrico y debía ser medicado como tal. A su vez, la “psiquiatrización” estaba facilitada por la identificación con la madre, que se hizo manifiesta durante la internación (Gómez y Olcese, 1999).

En las situaciones actuales, el contenido simbólico de las instituciones se expresa de manera diferente. Un hospital puede significar algo hoy, y tener un trascendental sentido opuesto mañana, según la singularidad de cada caso. Las diferencias entre “salas” o “servicios”, las lógicas constitutivas de cada equipo, etcétera, revelan la heterogeneidad de las instituciones donde, para quien concurre a ellas, es el azar el que determina en gran parte la modalidad de la asistencia. Estas cuestiones también se presentan como nuevos interrogantes para la intervención.

La propia crisis del Estado de bienestar se pone de manifiesto, como también las críticas que este ha recibido. Un ejemplo de esto sería la cuestión de la “psiquiatrización”: una institución de “captura” puede convertirse en “refugio” o lugar novedoso de intervención, donde se pueden expresar otros factores por encima o paralelamente al disciplinamiento. Si la institución es útil en tanto recupera historicidad y reconoce al otro desde una perspectiva histórico-social, es posible que parte de sus aspectos fundacionales se encuentren en crisis, encubiertos o cambiando en forma novedosa y todavía no del todo conocida para quienes intervienen en ella.

El impacto de la nueva cuestión social y las problemáticas urbanas actuales: el caso de la drogadicción

A partir de la heterogeneidad del impacto en los nuevos escenarios sociales de las nuevas formas de padecimiento, tal vez sea posible invertir las preguntas y reflexionar acerca de cómo se inscribe lo social en cada escena y acontecimiento. Por ejemplo, el caso de la drogadicción implica la existencia de fuertes impactos de la sociedad en la subjetividad. Pero, al mismo tiempo, marca la necesidad de plantear una serie de interrogantes. Estos van desde cómo es visualizada socialmente la noción de ciudadanía de los drogodependientes o los consumidores, hasta los derechos de estos. En ese aspecto, estaríamos frente a un espejo que refleja las condiciones de la exclusión social, a veces dentro del mundo de los incluidos y otras en el marco de la vida cotidiana de quienes fueron expulsados de la sociedad.

De esta forma, por ejemplo, los drogadictos o los usuarios de drogas prohibidas poseen, al menos en el imaginario social, una ciudadanía deteriorada, recortada, flexible, a veces inestable o efímera. Desde esta perspectiva, se podría plantear que las nuevas formas de etiquetamiento, relacionadas con las clásicas formas de exclusión social o no, implican una tendencia a la naturalización de las etiquetas. En otras palabras: un reconocimiento, por lo menos tácito, de que las desigualdades “deben” expresarse de alguna manera y que hasta pueden ser útiles para resguardar a la sociedad de potenciales elementos disolventes.

En definitiva, la expresión de las denominadas “nuevas problemáticas urbanas” envía una señal al todo social. Desde esta perspectiva, cualquier habitante podría perder su condición de ciudadano y el resto de la sociedad encontrar ante este hecho una justificación adecuada a los parámetros vigentes en un determinado momento histórico. Así, la intervención en lo social podría transformarse en una manera de ratificar los espacios de las nuevas proble-

máticas. Por eso es necesario reflexionar en forma profunda acerca de su sentido en cada circunstancia, revisando tanto los enunciados generales como el abordaje concreto de los temas que abarca.

Ahora bien, por otra parte, la intervención en lo social tiene también la posibilidad de otorgarles nuevos sentidos a esos espacios. En este aspecto, es posible afirmar que la penetración de los imaginarios sociales o las políticas públicas y sociales no es mecánica o automática. Siempre existe un espacio, a veces importante, otras reducido, donde se lleva adelante y se desarrolla la intervención, que puede entonces presentarse como una posibilidad de reconstruir lo dado en otro lenguaje, aplicando otra gramática u otro orden, que a veces puede constituir una alternativa en relación con el orden dominante. En definitiva, el espacio de la intervención es, de alguna manera, un lugar de libertad que puede operar en esa fisura entre el “programa”, el imaginario social y la realidad.

La construcción de un discurso social etiquetante que abarque grupos o comunidades será, entonces, una señal para el resto de la sociedad. Una parte de ella posiblemente reaccione resignificando los discursos dominantes y otra, reproduciendo la estructura y los valores con que fueron contruidos. Slavoj Žižek introduce nuevos elementos en las posibilidades de análisis del discurso político hegemónico: un juego de articulaciones entre interpelaciones y reconocimientos. De esta forma, el discurso hegemónico va reconociéndose en la medida en que logra interpelar a los sujetos, y los sujetos se reconocen en esa interpelación. De ahí que un sujeto social que no es interpelado no se reconoce como tal.³

De esta manera, en la actualidad los excluidos sociales son presentados desde una perspectiva que marca una ma-

3. Estos aportes provienen del trabajo de disertación para la obtención del título de magíster en Trabajo Social del profesor Mariano Barberena (y cols.).

nera de vivir y habitar un territorio signado por un “estado de guerra natural”, donde la posibilidad de intervención pasa por volver a discutir modelos hobessianos de cesión de la soberanía y de la libertad a alguien que se propone a sí mismo como el constructor del orden y la paz social, sea una persona, una institución, una práctica o una ley.

Además, ante la falta de verdaderas estrategias de reparación, estas poblaciones muchas veces son “utilizadas” para el desarrollo de experiencias de diversa índole que van desde la asistencia compulsiva hasta el abandono luego de terminada una experiencia piloto. Esto quizás se deba a que su catalogación como “inviabiles” permite la alteración de su *status* de ciudadanos, *status* que se flexibilizará de acuerdo con los intereses vigentes en el momento de la aproximación a ellos. La inviabilidad implica, en definitiva, desinterés, resultado quizás de un fatalismo que recuerda algunos postulados positivistas:

Hay dos temas económicos y políticos que deben ser tomados en consideración. Primero, las estimaciones macroeconómicas de la industria de la cocaína calculada en 50 a 70 mil millones anuales [...], la cantidad de dinero que moviliza debe ejercer un impacto significativo en toda nuestra sociedad. Segundo, el costo del uso indebido de drogas para la sociedad norteamericana en términos de dólares de tratamiento, hospitalización y pérdida de productividad y ganancias por enfermedad, incapacidad y muerte, crimen y otras consecuencias del consumo de cocaína [...]. Desde una perspectiva económica fría y racional, la productividad y las pérdidas para la sociedad por la muerte prematura de un callejero adicto a la heroína, pueden ser muy pocas. Es más cierto aún si el adicto ha sido un desempleado crónico, entrando y saliendo del tratamiento y de la cárcel, frecuentemente implicado en criminalidad para sostener su adicción. En cambio, piénsese en la muerte prematura por sobredosis de cocaína de un corredor de bolsa, un ejecutivo de publicidad o un abogado de una gran firma. En este caso, desde la misma perspectiva, la pérdida para la sociedad sería considerable (Clayton, 1989).

La presentación de las nuevas cuestiones sociales

Desde la intervención en lo social se genera así una serie de problemas en las prácticas, a partir de la desconstrucción de los discursos “generadores de verdad”. Este propósito desmitificador pone en cuestión las metodologías clásicas de intervención en tanto prevención en este campo. Un investigador afirma lo siguiente:

Por donde el discurso de la droga pasa, la droga queda. Porque el discurso contribuye a construir realidades sociales, porque la palabra es un operador de transformación: transformador del mundo, de los otros y de sí mismo [...]. Construyamos un discurso bien hecho: el mundo obedecerá (P. Fabri).

Por otra parte, las formas clásicas de intervención en la prevención ya han mostrado su propia ineficacia:

Al crear pánico, el resultado es que los jóvenes ya no nos toman en serio [...] cuando los organismos oficiales pretenden afirmar que todas las drogas son igual de peligrosas, los jóvenes prefieren experimentar por sí mismos con las consecuencias que todos conocemos (Grinspoon, cit. en Carballeda, 1999b).

En las circunstancias actuales, la creciente emergencia y desarrollo de problemas con gran impacto en lo social impone reflexionar acerca de las posibilidades reales de la prevención dentro del campo de la drogadicción. A su vez, las características culturales y sociales de la época marcan claras singularidades, en especial a partir de múltiples y diferentes formas de entender el problema. Además, la evaluación de los distintos programas y propuestas que se han llevado a cabo, más las características actuales de nuestra sociedad, muestran, por lo menos, la necesidad de estudiar con mayor profundidad el contexto sobre el cual se aplicarán las acciones preventivas y su posible impacto.

Esto nos lleva a plantear una serie de nuevas cuestiones que se relacionan con el intento de conceptualizar el problema en la actualidad desde una perspectiva de análisis

local. Se presenta un sinnúmero de interrogantes que provienen de las interpelaciones más elementales que podrían enunciarse. Las preguntas “¿qué significa prevenir la drogadicción?”, o “¿cómo es posible pensar la prevención de la drogadicción en la actualidad?”, se presentan como un primer segmento de una larga secuencia. Intentar dar respuesta a esas preguntas implica, de alguna manera, definir la cuestión de la prevención desde su posible aplicación en diferentes áreas de trabajo (Carballada, 1999a).

La intervención en lo social dentro del campo de la drogadicción requiere una inevitable mirada a la singularidad, lo que exige a su vez un mayor conocimiento del contexto, en tanto el problema puede ser considerado como un signo, una expresión del malestar, del desencanto en esta sociedad.

Por otra parte, las sustancias tienen una serie de atributos construidos socialmente que es necesario tener en cuenta. Hasta cierto punto son predecibles: no ocultan lo que son, son presentadas como “importantes” y “activas”, pueden dar algo que no se tiene, constituyen un objeto de consumo y a veces generan sociabilidad. La intervención debe tener en cuenta estos discursos, en especial por su impacto en territorios microsociales, fragmentados, cargados de singularidad, donde el horizonte de la intervención, sea en relación con la asistencia o con la prevención, se vincula nuevamente con la problemática de la integración, es decir, con el nivel de los lazos sociales, reparando no solo lo que la crisis fragmentó sino también aquello que esta construyó. Porque, en definitiva, el fenómeno de la drogadicción se relaciona estrechamente con la construcción de identidades:

La importancia de la temporalidad –percepción de la experiencia en términos de tiempo que cambia, conciencia de un tiempo propio de deseo que comienza a regir la vida– aparece como armazón narrativo fundamental en las autobiografías de los aficionados a las drogas (Sissa, 1998).

La presentación de las nuevas cuestiones sociales

Aun así, existe una doble postura que se aplica a toda la sociedad y que tiene un fuerte carácter contradictorio, lo que implica un mayor nivel de complicaciones frente al problema: conviven el discurso de la reducción del daño, la tendencia a la despenalización –por lo menos en los discursos oficiales de muchos países–, con una visión moralista que plantea la lucha contra las drogas.

Nuestras sociedades no revitalizan el discurso de los deberes morales hacia uno mismo, pero estigmatizan a aquellos cuyas prácticas atentan contra la integridad de su cuerpo; ya no tenemos obligaciones morales individuales ostensibles, tenemos prohibiciones legales y sanciones penales; no glorificamos ya las normas ideales de los deberes individuales; tenemos la ética mínima de la defensa del otro y de la sociedad, los reflejos de supervivencia y de urgencia, el pánico puro y la represión (Lipovetsky, 1994).

En el terreno de la construcción de dispositivos frente a un problema social, la intervención implica una serie de problemas que orientan nuevamente la mirada a la singularidad de las poblaciones sobre las que se pretende intervenir. Por una parte, se hace necesario un mayor conocimiento del contexto, lo que implica una profunda mirada hacia lo local. Por otra parte, se hace necesario, hacia dentro de los equipos de trabajo, generar una serie de acuerdos mínimos, en función de definir qué es la drogadicción, cuál es la modalidad de tratamiento a la que se adscribe y qué tipo de prevención se propone. En definitiva, implica optar por el lugar al que se le asignará el protagonismo de las acciones, esto es, la sustancia “droga” o el sujeto insertado en un contexto histórico social.

A su vez, la construcción de los discursos acerca de las drogas presupone y representa pujas económicas, políticas y sociales en diferentes contextos, que hacen que el tema se cargue de significados. Por ejemplo, durante la década de 1960 el consumo de drogas era asociado a una moda exótica, ajena y relacionada con sectores medios y altos.

Por otro lado, también expresaba cierta forma del malestar en tanto emblematicaba actitudes contestatarias. Reflexionar sobre estas cuestiones no implica un camino hacia la drogadicción, sino la mera expresión del consumo de estas en la sociedad de aquellos años. En la actualidad, la drogadicción puede ser entendida como la expresión de lo que está ocurriendo en nuestras sociedades, y esto requiere una mirada hacia los nuevos escenarios sociales. Así, el consumo de drogas sería de alguna manera una expresión del malestar social, tal vez del desencanto, de esa sensación de pérdida de la totalidad que dio origen al pensamiento social de fines del siglo XIX.

De ahí que la intervención implica nuevamente la mirada hacia un determinado territorio microsocio, comunitario, fragmentado, que se encuentra cargado de singularidad. Estas cuestiones remiten necesariamente a la identidad de aquel sobre quien se pretende intervenir: ¿sobre los drogadictos?, ¿sobre los usuarios?, ¿sobre la población en general?

Cada instancia requeriría diferentes dispositivos de prevención, orientación y asistencia, los que a su vez demarcarían puntos de encuentro donde los límites de unos y otros no están tan claros como tiempo atrás, por lo cual resulta necesario esclarecer el sentido y la dirección de la intervención. En la actualidad existe una tendencia a no delimitar esquemáticamente los espacios de la prevención y la asistencia, para integrarlos dentro de un mismo dispositivo.

Por otra parte, es necesario preguntarse qué se sabe acerca del tema: sobre los grupos o sujetos involucrados, sobre su territorialidad, la existencia de subgrupos, la comprensión y explicación del fenómeno, la construcción de relaciones sociales, la circulación de referencias, la constitución de identidades, el modo como es percibido el problema en el lugar donde se llevarán adelante las acciones de intervención, los niveles de consenso y las regulaciones existentes dentro de las propias pautas.

A su vez, a partir del contacto con los usuarios de drogas que concurren a un servicio de asistencia surgen más preguntas: qué conocimiento tienen de las instituciones y, viceversa, qué conocimiento tienen las instituciones para construir un contrato de tratamiento, cuál es la capacidad de estas, dónde se encuentran sus limitaciones, qué ocurre cuando se sale de la institución, etcétera. En definitiva, es necesario observar el fenómeno desde diferentes aspectos, sin ignorar sus características más específicas, abarcando esferas que van desde lo social hasta lo psicológico, pasando por la filosofía o la política e, incluso, la relación entre drogas, placer y deseo.

No hay que tener miedo de ver ese placer. Por el contrario, sería mejor detenerse y mirarlo de cerca. Porque todo el problema, el único problema, reside en su estructura negativa que se va revelando en la medida en que los procesos contrarios se desarrollan (Casanova, 1990, cit. en Sissa, 1998).

Intentando incorporar la mayor cantidad de puntos de vista al tema, tal vez la intervención pueda orientarse con el propósito de determinar sus direcciones y objetivos, en especial alrededor de estas cuestiones que implican una serie de significaciones muy relevantes desde la visión social de los problemas.

La intervención en lo social en la problemática de la infección por VIH y la construcción de problemas sociales

La relación entre sida y drogadicción tiene un correlato histórico en el vínculo entre el alcoholismo y las enfermedades venéreas. Pareciera que existe cierta latencia discursiva que se mantiene “expectante”, para expresarse en el momento “oportuno”. El origen de las Ligas de Templanza a fines del siglo XVIII y la incorporación de esas formas discursivas por parte del saber médico de los ini-

cios del siglo XX muestran de alguna manera la presencia de estas cuestiones. Discursos “constructores de verdad” que rotularon a diversos grupos poblacionales durante el desarrollo del siglo XX.

En este caso, la aparición de la infección por VIH es posterior a la construcción de la drogadicción como problema social. Estos datos influyeron de manera relevante para caracterizar a la infección como un producto de conductas no deseadas y ratificar el contenido moralista de los discursos que rodearon la aparición del sida.

En este aspecto, la infección por VIH es una forma de integración de angustias, ansiedades, incertidumbres, prejuicios y conceptualizaciones que en un primer momento coincidieron en el carácter “moral” del problema y su prevalencia en los discursos sociales actuales. Desde esta perspectiva, la infección por VIH se construye como problema social, reforzando la clasificación y rotulación de determinados grupos sociales. Esta construcción se propone en términos de peligrosidad, es decir, a partir de un conjunto de atributos que se les imponen a ciertos sectores de la población, pero a su vez implica el surgimiento de imágenes culturales y estereotipos. Según Antonio Escohotado, alrededor de las drogas se constituyó un complejo cultural que generó una serie de atributos apoyados en creencias, mitos, fantasías, valores, normas, conductas, hábitos y estereotipos, e incluso estéticas.

A su vez, este complejo cultural es funcional al sida y trae como consecuencia una criminalización de usuarios y sustancias. Estas conductas, convertidas en antinormativas, generan de algún modo atracción, y al mismo tiempo alarma, estigmatización, etcétera, en la sociedad.

Susan Sontag, en sus trabajos *La enfermedad y sus metáforas* y *El sida y sus metáforas*, hace referencia a estos temas. En principio, alude al lenguaje militar que atraviesa la mirada médica de las enfermedades. Así, un microorganismo es presentado como un invasor y el cuerpo responde como si fuera una “guerra”, desarrollando sus propias defensas

que convierten el estado de enfermedad en una operación militar. La enfermedad se plantea como invasora de la sociedad, y las metáforas giran alrededor de la pelea, la lucha y la guerra.

Pero, en términos moralistas, la guerra contra una enfermedad involucra a toda la sociedad. La autora misma sostiene que las enfermedades “construyen” atributos a quienes las padecen, y que pueden ser diferentes en distintos escenarios histórico-sociales.

En el caso del sida, el “enemigo” es un agente externo, que “burla” las defensas, y las “células invadidas” se transforman en “invasoras”. En este aspecto, las metáforas del sida recuerdan a la Doctrina de la Seguridad Nacional, planteo político de los gobiernos que ejercieron el terrorismo de Estado en América latina, según el cual había un enemigo “interno” con una capacidad potencial de destruir la sociedad.

A su vez, las metáforas de guerra recuerdan el pensamiento de Karl von Clausewitz, quien, en su famoso tratado *De la guerra*, proponía que en la guerra todo el cuerpo social se encuentra involucrado y, en especial, la presenta como un medio para lograr un objetivo (imponer la voluntad) y llevar adelante un propósito (desarmar al enemigo). De ahí que la guerra continúe en los intersticios de la paz y muchas veces las acciones de intervención desde diferentes instituciones se dirijan a aquellos que son construidos discursivamente como disolventes de la sociedad.

Todas estas cuestiones significan que la intervención en lo social debe reflexionar sobre su propio sentido. Desde las representaciones sociales y la construcción de enfermedades, la infección por VIH implica una articulación de significados que se presentan como una posibilidad de análisis para la intervención en lo social.

Desde la perspectiva de los imaginarios sociales, de acuerdo con las definiciones de Fernández (1989),⁴ es po-

4. “Conjunto de significaciones por las cuales un colectivo, una so-

sible plantear formas, mecanismos o dispositivos de intervención desde los cuales se intente revisar esas construcciones, resignificándolas en la singularidad de cada actor, de cada sujeto que padece su impacto subjetivamente. En definitiva, en el intento de desconstruir –siguiendo en parte a Derrida– aquello que determinado contexto-esenario construyó, se trataría de no destruir una tradición sino de observar aquello que esta ha omitido. Desde esta perspectiva, desconstruir es desmontar, desnaturalizar, increpar la solidez de ese discurso o esa modalidad discursiva, problematizando la relación de las construcciones de los acontecimientos desde otro tipo de mirada, que pone el acento en la visión histórico-social de esa construcción:

Tenemos que imaginar y construir lo que podríamos ser para desembarazarnos de esta especie de doble imposición política consistente en la individualización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno (Foucault, 1986).

Desde la intervención en lo social, es posible identificar, construir o reconstituir lazos de significación que atraviesan a diferentes grupos sociales y desde allí elaborar estrategias que formulen una posibilidad de desarmar los discursos estigmatizantes alrededor de determinados problemas, lo que implica, en principio, una posibilidad de reducción del padecimiento de quienes son afectados por esas formas del discurso. En otras palabras, desde un dispositivo, por ejemplo grupal, es factible llevar adelante este tipo de intervenciones, cuyo horizonte se vincula a la reducción del

ciudad, un grupo se instituye como tal [...], debe inventar sus formas de relación social, sus modos de contrato, sus figuraciones subjetivas. Constituye sus universos de significaciones imaginarias que operan como los organizadores de sentido de cada época sociohistórica, estableciendo lo prohibido y lo permitido, lo evaluado y lo devaluado, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, y dan atributos que delimitan lo instituido como legítimo o ilegítimo, acuerdan consensos y sancionan disensos” (Fernández, 1985).

padecimiento de aquellos que son estigmatizados desde los discursos dominantes vigentes, teniendo en cuenta que las representaciones en la esfera individual son un producto de los imaginarios sociales que “impiden” ver lo propio, lo que se tiene, aquello que la crisis fragmentó y tal vez ocultó.

Esta experiencia es posible porque un grupo de personas portadoras del VIH han decidido dejar de ser “pacientes” según el modo convencional, para pasar a ejercer un rol protagónico [...]. Porque han aceptado el desafío de agruparse, de vincularse, de quererse (Beovide y De Marco, 1993: 11).

Se trata de pensar una genealogía de la intervención en lo social como forma de aproximación a los interrogantes del presente. Tal vez desde esa perspectiva se puedan construir más y nuevos dispositivos de intervención que den cuenta de las demandas actuales. Por otro lado, para Michel Foucault, la genealogía se presenta como una forma de comprender que denuncia la existencia de los poderes y la lucha constitutivos del sujeto de la “praxis”:

Concretamente, no es por cierto ni una semiología de la vida del manicomio ni una sociología de la delincuencia, sino la aparición de contenidos históricos, lo que permitió hacer una crítica efectiva del manicomio y la prisión. De hecho, solo los contenidos históricos permiten reencontrar la eclosión de los enfrentamientos y las luchas que los arreglos funcionales o las organizaciones sistemáticas se han propuesto enmascarar (Foucault, 1986).

Si se retoman los interrogantes de la genealogía, quizá sea posible la construcción de dispositivos de intervención que, en definitiva, no agreguen ni quiten nada a ese otro que recurre al lugar de la demanda. Se trataría de pensar modalidades de intervención que simplemente “hagan ver” aquello que el otro tiene, porta, como sujeto, pero que una serie de construcciones históricas, políticas y sociales le impiden develar.

Alfredo J. Carballada

La intervención en lo social es posible si se la piensa en torno al “lazo social perdido”, aquello que fundó un campo de conocimiento y que hoy reclama nuevas interpelaciones, tanto al pensamiento clásico como al propio devenir histórico de la intervención, pasando por sus aportes actuales.

La intervención en lo social hoy

Durante los últimos años, se han producido importantes transformaciones en los escenarios de la intervención en lo social. Estos cambios comprenden los signos múltiples que dan cuenta de una nueva crisis del capitalismo, en especial del modelo neoliberal, así como la persistencia de su relato a través de sus diferentes formas de inscripción en la vida cotidiana. Las transformaciones contextuales vividas son, así pues, singulares y fuertemente heterogéneas, y todo indicaría que en los espacios microsociales conviven diferentes lógicas, a veces con preeminencia inestable de unas por sobre otras.

Pareciera que cada lugar de intervención se convierte en una contienda entre paradigmas nuevos y viejos: ahora es posible entender la fragmentación social desde la lógica neoliberal o bien desde una mirada que la resiste e intenta (y logra) construir formas alternativas de respuesta. Estas nuevas formas de fragmentación, que abarcan en la actualidad lo social y lo cultural, tal vez son más accesibles en términos de visibilidad si se las analiza desde el impacto intersubjetivo que producen: en la intervención, se las puede observar a partir de una gran heterogeneidad de representaciones sociales, de la comprensión y explicación de los problemas en los que se interviene, de las diferentes

lógicas resolutivas y de la superposición de nociones también fraccionadas respecto de sus formas de conocimiento.

Las instituciones estatales, paraestatales y no gubernamentales presentan abordajes múltiples desde una gran variedad de marcos teóricos, muchas veces en pugna, que reflejan de alguna manera una nueva forma de politización de la sociedad. A un ritmo más bien lento, la crisis del neoliberalismo ha puesto otra vez en escena la política, la necesidad de apelar al sentido y la ideología, más allá del ámbito del fracaso y del pragmatismo de las prácticas, los protocolos y los análisis situacionales centrados en el presente que no interpelaban a la construcción histórica del padecimiento y las desigualdades.

De este modo, la intervención en lo social plantea en la actualidad una serie de nuevos interrogantes ligados a la aparición de otros escenarios de intensa singularidad, a partir de la transición entre la caída del relato neoliberal y la emergencia de uno nuevo, aún no escrito por completo. En otras palabras, la intervención hoy implica la convivencia en un mismo contexto de diferentes lógicas –y sus respectivas formas de entender y revelar– en tensión permanente, lo cual genera pujas inéditas para la época, que remiten a la persistencia de lo “viejo” y su lucha con lo que está llegando, todavía no del todo conformado.

En los resabios de la lógica neoliberal, aún se puede reconocer la permanencia tenaz de la desigualdad (y sus justificaciones de índole individual), que insiste en verse a sí misma como algo dado –es decir, en “naturalizarse”–, en proponerse como ordenadora de la sociedad y, sobre todo, en presentarse como inmodificable.

En tanto efecto del liberalismo, la fragmentación social hoy también se expresa en las dificultades para volver a engarzar la tríada igualdad, libertad y fraternidad que dierra sentido a los estados sociales surgidos tras la Segunda Guerra Mundial. Sus postulados neoliberales, anunciados desde el terrorismo de mercado, implicaron un conflicto

ineludible: optar por la igualdad o por la libertad, pues su coexistencia era imposible. Oponiéndola a la libre acción individual, que prometía el aumento del bienestar social a partir de la teoría del “derrame” y de la “mano invisible del mercado”, no quedaba sino plantear la desigualdad en términos irrevocables; en otras palabras, que era “necesaria”. De este modo, la promesa neoliberal surgida a mediados de los setenta, y ratificada con la caída del Muro de Berlín, proponía dejar de premiar a los ineficientes y castigar a los diligentes (Friedman, 1966). El obstáculo principal de esta fórmula era el poder distributivo y protector del Estado, con sus dispositivos de intervención, motivo por el cual se propuso su desmantelamiento, transfiriendo a la sociedad civil sus responsabilidades sociales.

El abandono de los sistemas de protección social nutrió y construyó formas de subjetividad que han sostenido en parte hasta nuestros días el giro cultural generado durante décadas por sociedades violentas, en las que se ha hecho una ostentación obscena de la desigualdad, impactando en los modos de socialización, pertenencia y construcción de sentido. Este registro también se ha inscripto en los cuerpos, transformados por las producciones de sentido de las últimas décadas, cuando la falta de proyectos colectivos en los que involucrarlos ratificó uno nuevo, bajo una forma novedosa de individualidad. El neoliberalismo construyó una corporalidad indolora, es decir, un cuerpo en el que el dolor no es posible; de este modo, cayó en un sinsentido que le impidió cualquier tipo de simbolización. Con el retorno de la política y de lo social, las transformaciones de los últimos años implicaron también un desafío para la intervención en lo social, que incluye hoy la recuperación de la simbolización, de lo corporal. De ser así, se requerirán tal vez más y nuevas formas de conocimiento que construyan ese camino como una búsqueda anclada en lo actual, y que tengan asimismo la capacidad de encontrar, en lo ya dicho antes de la catástrofe neoliberal, los aportes útiles para recorrer ese trayecto.

Los cuerpos se ubican en los escenarios atravesados por diferentes contradicciones, allí donde formas nuevas y masivas de participación social y política conviven con discursos desde los cuales intenta sostenerse lo efímero, la deslegitimación de lo colectivo y la idea de felicidad como algo intimista, individual y material.

En nuestro continente, las democracias todavía están condicionadas por discursos hegemónicos de diversa índole que intentan inclinarlas hacia ya viejos pragmatismos y éticas reducidas que formaron, tal vez, la parte más relevante del núcleo del pensamiento neoliberal. El crecimiento económico no ha logrado redundar en mejores distribuciones de la riqueza, lo cual termina naturalizando la desigualdad. Esto ha contribuido a sembrar el temor en sociedades inequitativas; temor que se ha instalado como nuevo y desesperado sinónimo de la tranquilidad de los mercados, y que se ha erigido en el argumento más frecuente para sostener la paz social.

No obstante, el fin de las democracias de mercado ha signado de un tiempo a esta parte la construcción de un nuevo relato de características singulares: el Estado adquiere una nueva centralidad, así como rasgos policlasistas; se conjugan formas democráticas clásicas de participación con movimientos sociales gestionados a partir de una estructura más bien plebiscitaria; hay un retorno de lo político —como disputa entre proyectos opuestos que abarcan las decisiones de los gobiernos—, que se entromete en la vida cotidiana. Sobre este último punto, cabe destacar que la crisis del neoliberalismo generó la paradoja de una nueva y múltiple preocupación por lo político: su propia dificultad hizo renacer aquello que intentó demoler imponiendo un discurso único apoyado en el temor.

Todas estas cuestiones, en suma, se expresan de diversos modos en lo microsocia, lo singular y lo intersubjetivo. El neoliberalismo transformó profundamente nuestras sociedades, al punto de poner en riesgo las formas de relación social y convivencia en democracia. La persistencia

de las formas de subjetividad surgidas como efecto de la violencia del mercado atraviesan de diferentes maneras e intensidades los escenarios de intervención en lo social, más allá de los cambios macroeconómicos o políticos. La inscripción social del neoliberalismo todavía sostiene y construye subjetividades que nutren en parte los cambios culturales de las últimas décadas en sociedades donde aún se hace ostentación obscena de la desigualdad.

Es en este encuentro entre los nuevos rasgos del contexto y su expresión en la vida cotidiana que transita hoy la intervención en lo social; de allí la complejidad de las problemáticas sociales actuales. No solo cambió la sociedad, los sujetos de intervención también son otros; en ellos, prevalece una singularidad enmarañada, inestable, donde conviven tres aspectos histórico-sociales: el pasado de sociedades estables, las décadas de crisis del neoliberalismo y un presente con nuevas formas de relación social, lazos, vínculos y tramas sociales en permanente elaboración.

La intervención, el poder y el trabajo social

Las relaciones que se construyeron entre poder e intervención social en las últimas décadas se dieron en sociedades fragmentadas, en territorios arrasados por la economía de mercado, en instituciones que no encuentran su sentido y perdieron lazos de mutua solidaridad. Esta trama se erigió en ámbitos que dieron lugar, a su vez, a nuevas formas de expresión del padecimiento: desde la pérdida de espacios de socialización, hasta el malestar de no sentirse parte de un todo social.

Así pues, hoy se interviene en espacios donde se han mutilado, de manera sistemática, infinidad de capacidades y habilidades, sencillamente por efecto de la desigualdad social, la injusticia y el hambre. Escenarios recientes de intervención, en definitiva, en sociedades signadas por relaciones violentas, por el enfriamiento de los lazos so-

ciales, por la desconexión con los otros, con la historia, con la memoria colectiva; pero también muchas veces encaminadas en procesos de reparación de lo perdido, que implica en sí nuevas demandas y horizontes dirigidos a las prácticas que intervienen en lo social. En otras palabras, demandas ahora, quizás, más claramente construidas desde la necesidad de una reparación del daño generado por décadas de injusticia y desigualdad que comienzan a incorporarse inevitablemente como proceso en la escucha, el acompañamiento y la transformación.

Como disciplina clave en los procesos de intervención en lo social, el trabajo social se ha constituido en un dominio de saber que, por su dirección histórica, ha estado comprometido con la defensa de los ideales democráticos, de libertad, de justicia social y de los derechos humanos. Así, se reafirman y construyen desde allí nuevos compromisos en su campo que, en los equipos interdisciplinarios, necesariamente repercuten en los otros, y que pueden expresarse en una serie de interrogantes orientados a la práctica cotidiana: ¿cuál es su aporte a la soberanía popular? ¿Cómo se articula con lo económico, en términos de justicia redistributiva? ¿Cómo desarrolla lo sociocultural (identidad, pertenencia social, inscripción, reinscripción, socialización)? ¿Desde dónde recupera capacidades y habilidades (artísticas, tecnológicas, creativas, científicas)? ¿Cómo se relaciona con los recursos naturales y el medio ambiente?

Responder a estas preguntas implica recuperar y reconstruir una visión estratégica de la intervención en lo social, es decir, definir claramente su sentido, dentro de las posibilidades y limitaciones que muestran sus contradicciones actuales y fundacionales. Pero, más allá de estas limitaciones, lo que sí cabe destacar es que la intervención está atravesada por todas estas cuestiones, no solo por algunas; de allí que su ejercicio y estudio se presente hoy como algo sumamente interesante.

Como vemos, la intervención en lo social permite vislumbrar las contradicciones de una civilización que, desde

sus propios límites, logró una victoria a lo Pirro, adueñándose del planeta, sus recursos naturales y, desde esa dominación, tal vez generó las condiciones para su propia destrucción.

Una posibilidad de pensar “lo social” del trabajo social desde la intervención

En términos de intervención del trabajo social, lo social se puede pensar según tres planos que se superponen e interactúan de forma singular en cada situación. En el primero, relacionado con sus aspectos fundacionales, la acción y la práctica cotidiana de esta disciplina se desenvuelve, dialoga y entrelaza con diferentes dispositivos de protección social. En otras palabras, la intervención del trabajo social incluye, en mayor o menor medida, una forma de encuentro, diálogo y transformación mediante una articulación compleja de los diferentes mecanismos que componen el sistema de protección social en una sociedad. Implica, como vemos, una acción heterogénea y singular de instituciones, políticas, planes y programas que, en las circunstancias propias de cada situación, tendrán diferentes tipos de expresión e impacto objetivo y subjetivo.

El segundo plano, relacionado con los aspectos intrínsecos del trabajo social, se vincula con la intervención en las tramas y tejidos sociales que rodean, construyen y se generan desde la elaboración singular del sujeto de intervención. Desde una mirada sociológica, a estas tramas se las puede relacionar con la noción de *lazo social*, en cuanto elemento de articulación e integración del sujeto al todo societario. El lazo social, de este modo, construye subjetividad por medio de diferentes modos de relaciones, intercambios y reciprocidad entre individuos. Así se produce, a partir de lo microsociedad, el encuentro entre sujeto, sociedad y cultura en cada circunstancia singular de la intervención.

Por último, el tercer plano, que sirve para delimitar “lo social” del campo del trabajo social, se vincula con la relación constituida y articulada entre las nociones de *necesidad social* y *problema social*. En su devenir histórico como disciplina, el trabajo social se funda según un paradigma vinculado con la resolución, mediante diferentes dispositivos de protección, de las necesidades sociales de poblaciones clasificadas y predeterminadas. El propio desarrollo de la disciplina, sus aportes teóricos —además de su participación en cuestiones que van más allá de las necesidades—, hizo que, desde la intervención, se actuara también sobre los problemas sociales.

En las últimas décadas, el trabajo social se ha relacionado, desde diferentes aspectos de su intervención, con una gran diversidad de problemas sociales (que pueden contener necesidades) y de necesidades (que pueden contener problemas sociales). Tal vez en la actualidad el “problema social” se ha tornado más visible como lugar de demanda hacia la intervención, que hacia la resolución de necesidades.

En síntesis, a partir de un análisis del trabajo social en su práctica cotidiana, sobre todo en cuanto disciplina que concibe la intervención como un proceso con características históricas y sociales, se pueden encontrar estos planos con diferentes maneras de presentación e importancia, según la singularidad de la intervención en lo social.

A su vez, esta mirada centrada fundamentalmente en la praxis cotidiana puede implicar una reflexión más allá de los discursos ampulosos que se agotan en la denuncia de los “determinantes” sociales: revisar sus prácticas permite dar cuenta de que la *intervención en lo social es posible*, a pesar de sus contradicciones fundacionales y actuales. A fin de cuentas, se trata de una práctica que demandan las personas que concurren a los servicios sociales. En el hacer cotidiano, la realidad de las desigualdades sociales y los nuevos padecimientos interpela día a día y, desde allí, se crean, se construyen y se intentan abordar las diferentes expresio-

nes de la cuestión social, compartiendo y aprendiendo con los "otros" en un espacio de diálogo y encuentro.

Según la perspectiva de la intervención, el trabajo social "imputa" desde su práctica, porque visibiliza el padecimiento como expresión de la desigualdad social en los espacios de lo microsocia, y a veces construye, desde ahí, reordenamientos en la agenda pública. En otras palabras, la intervención todavía es una forma de *hacer ver* (al otro, a la institución, a la sociedad, a la desigualdad y sus efectos).

El trabajo social está allí, en innumerables lugares donde el desconcierto, las nuevas formas de subjetividad y el padecimiento se comparten con ese otro sufriente, en instituciones y espacios de intervención atravesados muchas veces por el sinsentido. Es por esto que la sola presencia de un trabajador social en un hospital, una escuela, un tribunal significa que hay algo más que un cuerpo enfermo, un sistema educativo en crisis o una ley deslegitimada.

En estos escenarios de intervención complejos y turbulentos se construyen las preguntas sobre el sentido de lo que hacen los trabajadores sociales, y es precisamente ahí donde estas preguntas resuenan con mayor fuerza y estruendo. La intervención es, en suma, un ámbito de gestación de nuevas preguntas, en el que aquello construido desde la injusticia, la desigualdad y los problemas sociales puede desarmarse, rehacerse y básicamente transformarse.

Vemos cómo, entonces, desde esa perspectiva la intervención genera acontecimiento e instala un nuevo espacio que interpela de forma intensa a la desigualdad, a su sinrazón y a sus justificativos, a partir tanto de los determinantes "naturales del medio" como de la lógica del mercado. A su vez, la intervención reconoce su propia contradicción fundacional y despliega en la práctica cotidiana su propia puesta en escena que la hace posible, pero para superarla junto con ese "otro" que construye su realidad y sostiene las identidades de los campos disciplinares.

La intervención va más allá de los mandatos fundacionales de la institución, en la medida en que visibiliza lo que

la injusticia oculta. Su realización depende de que pueda *decir* con otra gramática, de que pueda establecer otro orden alterando el establecido, transformando lo dicho, abriendo nuevos espacios para el hacer.

Intervenir es intentar reescribir los textos y guiones heredados, expresando una escena, marcada por el determinismo del naturalismo, en que los caminos de lo necesario se muestran como lo imposible.

La intervención reinscribirá siempre y cuando sepa qué decir, qué recuperar; en otras palabras, siempre y cuando escriba textos nuevos que marquen una orientación hacia lo propio, lo genuino, en la que lo "otro" se presente como lugar de verdad.

La intervención en lo social y la política

La intervención dialoga intensamente con la política, cuando su orientación se relaciona con la identidad. La pregunta por la identidad surge en momentos de crisis, de cambio histórico y social, y en nuestra América, tal vez se ha tornado el campo de conflicto más importante, pues nuestras identidades han sido masacradas, fragmentadas, diluidas por diferentes formas de dominación a lo largo de la historia.

Dada su relación con lo microsocioal y lo cotidiano, con la presencia ahí donde lo macrosocioal atraviesa lo subjetivo y deconstruye el padecimiento y la desigualdad, la intervención tal vez permita reconocer que nos encontramos en una América donde se es "lo otro", lo innombrable para los dispositivos de dominación. En la medida que volvamos a hablar para nosotros mismos como americanos y podamos definir nuevamente nuestro lenguaje, el horizonte de la intervención, con nuestra historia de resistencias culturales, luchas y dominaciones, podrá representar una guía posible hacia un camino a recorrer.

Tal vez, la intervención en lo social sirva para promover nuevas formas de subjetividad que se enfrenten y opongan

al tipo de individualidad que nos han impuesto durante siglos, lo cual nos permitiría renovar algunos mandatos fundacionales.

En América, la intervención en lo social quizás se trate de una reconexión con los otros, con nuestra historia, con nuestro propio mestizaje americano, interpellando a la fragmentación cultural desde la memoria histórica, relacionando la intervención con el desarrollo de lo propio, de lo que el otro tiene. Es decir, una intervención que no agregue ni quite nada, sino que simplemente permita hacer ver aquello que tenemos inscripto en la memoria.

En definitiva, la intervención puede ser un intento de superar las premisas impuestas por un mandato moderno que arrastra la tradición fundacional entre coerción y emancipación; una oportunidad a partir del derrumbe actual de esos postulados; la certeza de que es posible un pensamiento americano a partir del cual lo "otro" posee un esfera diferente, tanto como lugar de reparación como de verdad.

Algunas perspectivas para pensar lo metodológico

En los escenarios actuales, la intervención en lo social muestra una gran complejidad respecto de la demanda. Esa maraña puede transformarse en posibilidad si se logra reconocer que en la demanda está la respuesta, lo cual permitiría escribir la intervención en lo social a la inversa, es decir, iniciando el proceso por el final. Para esto, tal vez sea necesario buscar caminos de conocimiento que permitan acceder a esa respuesta, quizás escondida, y a su resolución, que está allí esperando ser reconocida desde el primer momento de la intervención. Pensar un camino inverso implica una serie de cambios en la praxis, en las diferentes modalidades de conocer, de comprender y de explicar.

La intervención se transforma de esa manera en un relato a ser reescrito, dilucidado y reconstruido; es decir, en

un proceso metodológico mediante el cual se elabore una narrativa circular que permita llegar al punto de partida con otra gramática en cuyo seno esté la posibilidad de respuesta. Como relato, implica un camino que se inicia en una demanda construida según la idea de que la situación a transformar muchas veces es prácticamente inalterable, pero todo proceso de intervención presupone un llamado a hacer que en sí erosiona esa sensación de condición inalterable.

Es entonces cuando se decide transitar ese itinerario que puede implicar una serie de acontecimientos, complejidades, cambios de dirección, descubrimientos, y que acaso llevarán nuevamente al inicio con una situación transformada, no solo en función de la resolución, sino también del camino transitado.

En suma, pensar lo social en términos de intervención implica la elaboración de un punto de encuentro entre sujeto y cultura en el que los aspectos contextuales dialogan, se entrecruzan y elaboran diferentes tipos de demandas ligadas a la cuestión social, un punto en el que es necesario ver los problemas sociales como procesos históricos concretos y, por lo tanto, actualizarlos en cada circunstancia.

- Allende, I. (1995): *Cuentos de Eva Luna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- AA.VV. (1988): *Propuesta y planes de trabajo*, Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires, Dirección de Salud Mental.
- Barberena, M.; M. C. Belzitti; M. Capelo y A. Carballada (1998): *Informe final. Proyecto de investigación "Los modelos de intervención del trabajo social en salud. Obstáculos y posibilidades de actuación"*, Universidad Nacional de La Plata, ESTS (mimeo).
- Belziti, M. C. (1992): Reportaje, *Margen*, n° 1, Buenos Aires.
- Bentham, J. (1989): *El panóptico*, México, Premiá.
- Beovide, A. y De Marco, P. (1993): "Sida: una experiencia grupal desde el trabajo social", *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 4, Buenos Aires.
- Boisier, S. (1992): *La descentralización: el eslabón perdido de la cadena de transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, ILPES.
- Botana, N. (1989): *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2001): *El siglo del miedo y la libertad*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bunge, A. (1910-1911): *Las conquistas de la higiene social*, ci-

- tado en Héctor Recalde, *La higiene y el trabajo*, Buenos Aires, CEAL, 1988.
- Carballeda, A. J. (1991): *La farmacodependencia en América latina, su abordaje desde la atención primaria de salud*, Washington DC, Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud, Organización Panamericana de la Salud.
- (1994): “Génesis del discurso de la acción social y medicalización de la vida cotidiana”, *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 5, Buenos Aires.
- (1996): “Práctica del trabajo social, nuevas formas de la pobreza, crisis y administración de recursos”, Centro de Documentación de Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos.
- (1997): “Los aspectos sociales de la intervención en las instituciones psiquiátricas”, *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 10.
- (1999a): *Seminario de adicciones*, Universidad Nacional de Entre Ríos, publicado en *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 15.
- (1999b): “Algunos interrogantes acerca de la prevención en drogadicción”, *Posiciones*, año 1, n° 1, diciembre.
- (2000a): “Hacia una genealogía de la praxis”, *Desde el Fondo*, Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos.
- (2000b): *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata.
- (2001): *Crónicas de Buenos Aires*, mimeo.
- (2002): *La intervención en lo social*, Buenos Aires, Paidós.
- (2007): *Escuchar las prácticas*. Buenos Aires, Espacio.
- (2008): *Los cuerpos fragmentados*, Buenos Aires, Paidós.
- Carballeda, A. J. y otros (2001): *La familia en los albores del nuevo milenio*, Espacio Editorial, Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Castel, R. (1980): *El orden psiquiátrico*, Madrid, La Piqueta.

Bibliografía

- Chartier, R. (1996): *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial.
- Clausewitz, K. von: *De la guerra*, citado por D. Scavino (1993): *Barcos sobre la Pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Clayton, R. (1989): citado en Carballeda, Alfredo (1991).
- Constant, B. (1819): "La libertad de los antiguos comparada con la libertad de los modernos", en *Curso de derecho constitucional*, Burdeos, Imprenta de Lawalle Joven, 1823, t. III.
- De Ipola, E. (1997): *Las cosas del creer*, Buenos Aires, Ariel.
- Domínguez, M. y A. J. Carballeda (1998): *El impacto de la nueva cuestión social en la emergencia psiquiátrica. Un estudio de casos*, mimeo.
- Donzelot, J. (1991): "La invención de lo social", en R. Castel (1988): "De la integración social al estallido de lo social: emergencia, apogeo y retirada del control social", en AA.VV., *El espacio institucional*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1991.
- (1993): *La policía de las familias*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Durkheim, É. (1986): *La división del trabajo social*, Madrid, Planeta de Agostini.
- Edelman, M. (1993): *La construcción del espectáculo político*, Buenos Aires, Manantial.
- Fabri, P. (1999): citado en A. J. Carballeda, "Algunos interrogantes acerca de la prevención en drogadicción", *Posiciones*, año 1, n° 1, diciembre.
- Fernández, A. y A. del Cueto (1985): "El dispositivo grupal", en *Lo grupal 2*, Buenos Aires, Búsqueda.
- Finkelkraut, A. (1987): *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- Foucault, M. (1963): *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 1986.
- (1964): *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 1967.

- (1975): *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1993.
- (1979): *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1980): *La verdad y las formas jurídicas*, Madrid, Gedisa.
- (1990): *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta.
- (1994): *La vida de los hombres infames*, Montevideo, Altamira/Nordan/Comunidad.
- (1997): *La hermenéutica del sujeto*, Madrid, La Piqueta.
- Friedman, M. (1966): *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp.
- García Delgado, D. (1994): *Estado y sociedad*, Buenos Aires, Tesis/Norma.
- Geertz, C. (1983): *Conocimiento local*, Barcelona, Paidós, 1994.
- (1989): *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós.
- Guéhenno, J.-M. (1995): *El fin de la democracia*, Barcelona, Paidós.
- Goffman, E. (1961): *Internados*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- (1987): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez, A. y M. Olcese (1999): “Con el colchón afuera” (Ateneo clínico), *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 13 (otoño).
- Guattari, F. (1981): *La intervención institucional*, México, Folios.
- Habermas, J. (1986): *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Hammersley, M. y P. Atkinson (1983): *Etnografía*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Hobbes, T. (1651): *Leviatán*, México, FCE, 1985.
- Lipovetsky, G. (1994): *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama.
- Magrassi, G. (1985): “La unidad de juego y trabajo en el pasado aborigen de América”, en G. Scheines (comp.): *Los juegos de la vida cotidiana*, Buenos Aires, Eudeba.

Bibliografía

- Marx, K. (1986): "El Rey de Prusia y la reforma social por un prusiano", 7 y 10 de agosto de 1844, en Francois Furet (1992): *Marx y la Revolución Francesa*, México, FCE (publicado originalmente en *Vorwärts*).
- Pellicani, L. (1995): "Individualismo metodológico", *Tellos*, n° 104, Nueva York. Traducción de Felisa Santos, publicado en la revista *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1998.
- Ponzone, J. (1998): "Quiero escapar de mí" (Ateneo clínico), *Margen. Revista de Trabajo Social*, n° 11.
- Portantiero, J. C. (1997): "Gramsci y la crisis cultural del 900", *Sociedad*, n° 11, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Puig, M. (1969): *Boquitas pintadas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Rivas, N. (2001): *La intervención del trabajo social desde la perspectiva de los actores en un programa de autoconstrucción y ayuda mutua*, tesis de maestría presentada y aprobada por la Pontificia Universidad Católica de San Pablo (mimeo).
- Rosanvallon, P. (1997): *La nueva cuestión social*, Buenos Aires, Manantial.
- Rousseau, J.-J. (1755): *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, México, Porrúa, 1992.
- Scheines, G. (comp.) (1985): *Los juegos de la vida cotidiana*, Buenos Aires, Eudeba.
- Schroeder, G. (2001): "Para la izquierda, la familia también es importante", *Clarín*, Buenos Aires, 17 de abril.
- Sissa, G. (1998): *El placer y el mal, Filosofía de la droga*, Buenos Aires, Manantial.
- Sontag, S. (1977): *La enfermedad y sus metáforas*, Madrid, Taurus, 1996.
- (1989): *El sida y sus metáforas*, Barcelona, Muchnik.
- Varela, J. y F. Álvarez Uría (1997): *Genealogía y sociología*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Waldenfels, B. (1997): *De Husserl a Derrida*, Barcelona, Paidós.

Alfredo J. Carballada

- Weber, M. (1904): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- (1985): *Ensayos de sociología contemporánea I*, Madrid, Planeta de Agostini.
- (1986): *Economía y sociedad*, México, FCE.
- Wolf, M. (1979): *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1994.

Nuevos interrogantes se abren hoy frente a las siempre complejas relaciones entre el Estado y la sociedad. Fragmentación social, ruptura de los lazos comunitarios y, en definitiva, distintas formas de malestar asoman en un contexto en el que el Estado ha abdicado de sus funciones reguladoras, restringiendo las políticas públicas a su mínima expresión. Pero precisamente por ello es menester replantear la agenda pública y examinar las diversas modalidades de intervención en el ámbito social y las nuevas coordenadas que van de la mano de cambios socioeconómicos estructurales.

Este libro analiza la intervención del Estado en el ámbito social, por un lado pasando revista a su construcción histórica –en la que se destaca la influencia del pensamiento de Thomas Hobbes, Jeremy Bentham y Michel Foucault–, y por otro atendiendo a las cuestiones sociales de la más estricta actualidad. La aparición de nuevas demandas hacia las instituciones y de nuevas problemáticas –precarización laboral, violencia urbana, drogadicción, delitos ecológicos, entre otros– revela la insuficiencia de las herramientas clásicas de intervención. Por ello, a partir de la experiencia en el área del trabajo social, pero estableciendo puentes con otros campos disciplinarios como la medicina o la psicología, este libro apuesta a nuevas formas de intervención en lo social que contemplen la articulación entre el Estado, el mercado y las modalidades actuales que asume la ciudadanía.

Alfredo J. Carballeda, magíster en Trabajo Social, es docente en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad Nacional de Entre Ríos. Se desempeña como investigador universitario y es consultor y evaluador de proyectos sociales. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas, y entre sus libros se cuentan *La farmacodependencia en América latina* (1994) y *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad* (2000).



www.planetadelibros.com • www.paidosargentina.com.ar

PAIDÓS TRAMAS SOCIALES 14